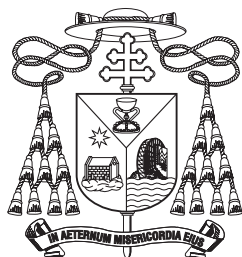


Boletín oficial del



Arzobispado de Burgos

Arzobispado de Burgos



Tomo 156 – Núm. 1
Enero 2014

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Dirección y Administración
RESIDENCIA ARZOBISPAL

El Arzobispo

Homilías



I

DOMINGO I DE ADVIENTO

(Misa retransmitida
por Radio María desde la Catedral)

Con esta Eucaristía del primer domingo de adviento nos dispone al encuentro con Cristo. La liturgia celebra año tras año todo el ciclo del misterio de Cristo pero nuestra vida no vuelve atrás, nuestra vida es todo un caminar hacia el encuentro de Cristo. Él viene y nos encontrará si nosotros estamos dispuestos a acogerle. Él viene como don pero no será don para aquellos que no le acogerán: “vino a los suyos, nos recuerda el Evangelio de Juan, pero tantos

de ellos no lo recibieron”. Estamos en un ambiente que va concluyendo el año, se acortan los días, hace frío, hay dificultades, complicaciones, parece negativo, final de año.

Más pesimista es el clima que se respira en el ambiente. Todo el mundo habla de la crisis económica y tantísimos sufren en sus propias carnes sus consecuencias. Los ancianos se ven como una carga. Los niños que llaman a la puerta para nacer son fácilmente eliminados si vienen con alguna deficiencia. Eliminados antes o después de nacer. Una ola de pesimismo lo envuelve todo: las conversaciones, los medios de comunicación social, las tertulias radiofónicas y televisivas. Los mismos hechos de la excarcelación de los terroristas y delincuentes inquieta y hace sufrir especialmente a los que han sido víctimas de sus crímenes.

Sin embargo, el clima que nos ofrece la liturgia de hoy es completamente distinto: comienza el año nuevo de la Iglesia, comienza el adviento, disponiendo nuestro corazón al encuentro con Cristo. Se acerca la Navidad y, con ella, el triunfo definitivo del bien sobre el mal. Todo nos habla, por tanto, de futuro, de horizontes optimistas, de triunfo y de victoria.

Ante este contraste, cabe preguntarnos si el mensaje de la liturgia no será un mensaje ingenuo, superficial, sin los pies en la tierra, que desconoce la realidad. Las lecturas que hemos proclamado nos dicen que no es ingenuo, que la liturgia está en lo cierto, que su optimismo no es fruto de la superficialidad o de la falta de realismo sino que brota de su fe y de sus convicciones.

La liturgia y la Iglesia parten de una gran convicción: este mundo tiene salvación, tiene remedio, el bien triunfará sobre el mal, las espadas se convertirán en arados y las lanzas en podaderas... porque no es la fatalidad y el destino quienes la rigen. El protagonista (de la historia) es Dios. Él está presente en medio de nosotros con su Palabra, con sus sacramentos, con sus santos, con sus inspiraciones, con su ayuda. La coexistencia del trigo con la cizaña puede desconcertarnos y hacer que no percibamos esta acción de Dios. Pero Dios está en medio de nosotros. Y, al final, hará que el bien se imponga al mal.

Pero él cuenta con nosotros. Nosotros no podemos desentendernos; no nos encontraremos con Cristo sin hacer nosotros nada por encontrarle. También nosotros hemos escuchado y nos desentendemos como se desentendieron los hombres del tiempo de Noé, o algunos de los primeros cristianos que no fueron fieles y se entregaron a las borracheras, desenfrenos y pasiones. Es la posibilidad de cada uno de nosotros. Al contrario hemos de estar vigilantes, en una vigilancia amorosa por la llegada de Cristo; no dormidos, dedicados a hacer triunfar el bien sobre el mal. Porque no da to-

do lo mismo. Al final del mundo, unos serán acogidos en la gloria del Padre y otros desechados, porque no quisieron acoger la salvación misericordiosa que se les acercaba y ofrecía acogiendo al Señor ya en la tierra.

Una pregunta pues y una llamada: ¿estamos dormidos o despiertos?, ¿estamos zambullidos en el pecado o dedicados a hacer el bien? Y la llamada: Jesús nos da una nueva oportunidad: él viene de nuevo para ser nuestro Salvador. No dudemos en abrirle la puerta de nuestro corazón de par en par.

Ahora una palabra sobre la corona de adviento que tenéis delante del altar. El color es verde, en señal de esperanza: esperamos a Cristo Salvador, que vendrá pronto en Navidad y un día, al final de los tiempos, para llevarnos con él. La forma (de esta corona): es redonda. Simboliza la eternidad. Dios, desde siempre, decidió hacernos hijos suyos en Jesucristo. Finalmente, las cuatro velas, corresponden a cada una de las semanas de adviento.

Cada semana iremos prendiendo una, manifestando que el adviento avanza. Hoy hemos prendido la morada, como señal de Penitencia, de austeridad, de dejar lo que no construye para estar disponibles al encuentro con el Señor. El Adviento nos reclama que dispongamos nuestra alma, con la conversión y la penitencia, para acoger al Mesías Redentor.

María es el mejor camino para encontrarnos con Cristo Jesús. Ha sido ella el camino que Dios ha elegido para enviarnos al Salvador. María ruega por nosotros pecadores ahora, en el tiempo de este adviento que nos prepara para el encuentro definitivo con Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. Amén.



II

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

(Catedral, 8-12-2013)

El 28 de agosto de 1963, Martin Luther Kung pronunció un discurso memorable desde las escalinatas del Monumento a Lincoln, durante la

marcha –en “Washington– por el trabajo y la libertad. En ese discurso pronunció unas palabras que hoy ya son históricas: “Yo tengo un sueño”. El sueño de que nuestros hijos y nuestras esposas vean un país en el que los chicos blancos y negros convivan sin ningún tipo de prejuicio. Hay que terminar con la situación actual en la que los negros no podemos ir a los hoteles ni podemos votar.

Al terminar su discurso despidió a los participantes en la marcha, diciéndoles que volvieran tranquilos a sus lugares, que siguiesen luchando, pero sin violencia, y que tuviesen la absoluta confianza de que el cambio iba a llegar. Poco después una bala asesina acabó con la vida de Luther Kung. Pero no pudo matar su sueño. Y hoy, los negros americanos no sólo pueden ir a los hoteles y votar, sino que el Presidente de los Estados Unidos es de su raza.

Dios también tuvo un sueño en su eternidad: el sueño de crear un mundo maravilloso y dárselo a los hombres para que lo disfrutaran. Los hombres no sólo serían seres racionales y libres sino que les elevaría a la categoría de hijos suyos. Y creó el mundo que conocemos y creó también al hombre. Pero un día el demonio, enemigo acérrimo suyo y de su obra, destruyó el sueño: engañó al hombre para que quisiera hacerse Dios y le desobedeciera. En ese mismo instante, el hombre perdió su condición de hijo y amigo de Dios y quedó sometido al imperio del demonio.

Sin embargo, ocurrió como en el caso de Luther Kung, sólo que corregido y aumentado. Inmediatamente después del pecado del hombre, Dios le sale al encuentro y le asegura que su sueño se realizará: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la tuya y ella te aplastará la cabeza cuando tú quieras herirla en el talón”. Esa mujer era la Inmaculada. Dios derrotó en ella al demonio de tal manera, que no le permitió que la poseyese ni una milésima de segundo. En el mismo instante en que fue concebida por sus padres –como lo hemos sido todos–, la santificó, la hizo exclusivamente suya, la hizo toda santa y toda llena de gracia.

Con Ella, el sueño eterno de Dios volvió a ponerse en marcha. Y, de tal modo, que nada ni nadie volvería a interrumpirlo. María sería concebida sin pecado original porque sería la Madre de su Hijo Unigénito. De hecho, el sueño de Dios, además de la creación del mundo y la elevación del hombre a la condición de hijo suyo, incluía también que su Hijo Eterno, el Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hiciera hombre sin dejar de ser Dios, para que el hombre, sin dejar de ser hombre, se hiciera Dios, quedara divinizado.

Por eso, cuando llegó la plenitud de los tiempos, es decir, cuando llegó el momento en el que Dios realizaría la salvación de modo perfecto y uni-

versal, envió a su ángel Gabriel a revelar a María tanto su condición de Inmaculada –llena de gracia– como la razón de ese singularísimo privilegio: “Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, será grande, se llamará hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, y su reino no tendrá fin”. Y cuando María dijo “sí”, “hágase” lo que Dios quiere, el Verbo se hizo hombre y comenzó la restauración del género humano: ¡¡la realización definitiva y plena del sueño eterno de Dios!! Dios había triunfado de su enemigo.

La Inmaculada nos llena de confianza y esperanza. Nosotros no somos como Ella, porque estamos manchados desde el seno de nuestra madre. “Pecador me concibió mi madre”, canta el salmista. El Bautismo nos limpió de esa mancha y nos hizo verdaderos hijos de Dios. Pero hemos manchado muchas veces el vestido blanco que nos pusieron inmediatamente después de bautizarnos, y hemos apagado con frecuencia el cirio encendido que entregaron a nuestros padres y padrinos para que nos ayudaran a conservar su luz hasta la muerte. No obstante, Dios ha seguido realizando en nosotros su plan salvador, mediante el sacramento de la Penitencia, la comunión sacramental de su Cuerpo y un incontable número de gracias. Más aún, como somos sus hijos, Dios no se cansa de limpiarnos, de perdonarnos, de ayudarnos a volvernos inmaculados una y otra vez.

Una última consideración. El Bautismo, además de hacernos hijos de Dios, nos hacemos miembros de la Iglesia. Todos los bautizados somos Iglesia; más aún, somos la Iglesia, unidos a nuestra Cabeza, Cristo. Por eso, no puede extrañarnos que –si a nivel personal nos manchamos con tanta frecuencia– el rostro que entre todos damos a la Iglesia sea un rostro sucio, manchado. Es verdad que los santos de todos los tiempos, también los de ahora, ponen una nota de santidad que deja traslucir el rostro hermoso de la Iglesia; pero tantas veces los pecados de quienes no somos santos, afea el rostro de la Esposa de Cristo.

No perdamos la esperanza. Llegará también un día en el que el rostro de la Iglesia aparecerá limpiísimo, hermosísimo. La Inmaculada es la mejor prueba de esa realidad. Porque Ella es parte de la Iglesia, su miembro más eminente. Por eso, lo que en Ella “ya” ha tenido lugar, “un día” tendrá lugar en la Iglesia.

Ahora bien, esta realidad no puede ser una invitación a la indolencia y a la irresponsabilidad. Al contrario, como buenos hijos de tan excelente Madre, hemos de pedir a Dios nuestra conversión y la de todos nuestros hermanos. El Papa Francisco nos está urgiendo a esta conversión desde el comienzo de su Pontificado. Ahora lo ha hecho con una fuerza especial en la Exhortación “La alegría del Evangelio”, donde esta conversión es más que un ruego: ¡¡es un mandato!!

Oigamos su voz con docilidad, pues es la voz del mismo Jesucristo, de quien el Papa es Vicario en la tierra. Ahora que estamos esperando nuevamente la venida del Salvador, purifiquemos nuestra alma con una buena confesión y con un verdadero cambio de vida. No pongamos obstáculos para que el sueño de Dios se realice ahora en la Iglesia, para que Ella sea en verdad luz que ilumine el camino que recorren las naciones y los pueblos; y, de este modo, vaya preparando la venida definitiva del reino de Jesucristo.



III

PROFESIÓN SOLEMNE EN LAS TEATINAS

(Madrid, 8-12-2013)

1. Nos hemos reunido esta tarde para un acontecimiento que llena de gozo a la Iglesia, a la comunidad de hermanas Teatinas y a dos miembros de la misma, junto con sus padres, familiares y amigos: la profesión solemne de dos hermanas de esta comunidad. ¡No cabe duda que se pueden tomar las palabras de la Santísima Virgen para exultar de gozo en el Señor y proclamar las maravillas que ha realizado con nosotros!

Estas dos hermanas van a dar un paso decisivo en su vida. Lo entenderéis particularmente bien los que habéis unido vuestras vidas con el sacramento del matrimonio. Después de un tiempo, más o menos prologado de noviazgo, un día os acercasteis al altar de Dios para ratificar ante él que os amareis en la salud y en la enfermedad, en la juventud y en la vejez, en las alegrías y en las penas. Os prometisteis fidelidad plena y para siempre, convirtiendo vuestro amor conyugal en algo propio y exclusivo vuestro. Esa unión ha sido tan fuerte e íntima que os habéis entregado hasta el punto de “no ser ya dos sino una sola carne”. De esa unión han nacido los hijos, con la misma naturalidad y hermosura con la que un rosal produce flores olorosas. Esa entrega ha sido para vosotros tan decisiva, que vuestra vida se divide en dos mitades: hasta el matrimonio y desde el matrimonio.

2. Estas hermanas no vinieron a esta familia Teatina porque fueran desamoradas o porque hubieran tenido un fracaso sentimental. Vinieron porque habían comenzado a enamorarse de Jesucristo. Eran una especie de

novias de Jesús. Con el paso del tiempo, les ha pasado como a los que estáis casados: que ese enamoramiento se ha confirmado y acrecentado, hasta el extremo de considerar que su vida y la de Jesucristo tienen que estar unidas para siempre y de modo total y exclusivo. Hoy, de modo público y solemne, quieren ratificar este amor y donarse a Jesucristo en matrimonio. Quieren que Jesucristo sea el dueño de toda su persona y su vida. Se entregan en cuerpo y alma a Jesucristo, y se entregan para que su amor esponsal sea fecundo en nuevos hijos que le nacen a la Iglesia. A ellas se les puede aplicar al pie de la letra las palabras de san Pablo: “Todo es vuestro. Vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”.

Este enamoramiento no es una entelequia ni un sentimentalismo vacío de contenido. Lo sería si Jesucristo fuese una idea o un ser del pasado. Pero Jesucristo vive y posee una humanidad real y verdadera, si bien glorificada. Jesús manifestó a sus discípulos la realidad de su pasión y muerte: “El hijo del hombre será entregado y muerto”. Pero añade “al tercer día resucitará de entre los muertos”. Nuestra fe nos asegura que ambas realidades se han cumplido. Lo confesamos en el Credo: “padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado y al tercer día resucitó de entre los muertos”. Jesucristo, por tanto, vive. Y vive como Dios pero también como hombre verdadero. La resurrección no ha destruido su santa humanidad: aquel mismo cuerpo, vivificado por su alma, ha sido ahora por la resurrección transformado, trasfigurado y glorificado.

Los santos han hablado con frecuencia del amor y la devoción a la Santísima Humanidad del Cristo. Entre los ejemplos más emblemáticos en vivirlo y recomendarlo está Santa Teresa de Jesús. Por eso, cuando se habla de los desposorios entre Cristo Jesús y sus íntimos, no es un modo de decir, una metáfora, una consideración piadosa sin fundamento teológico. No. Es una realidad, un verdadero matrimonio; de orden espiritual y místico, pero verdadero. Desde hoy, ya no se pertenecen en nada: ni en su cuerpo ni en su alma, ni en sus pensamientos y deseos, ni en cada una de sus acciones. Son plenamente de Cristo en todo su ser.

3. ¿Cómo lo harán realidad? En la medida que hagan suyo el misterio nupcial de Cristo con su Iglesia. Refiriéndose a este misterio, dice el beato Isaac de Stella: “Al desposarse el Omnipotente con la débil, el Altísimo con la humilde, haciendo reina a la esclava, puso en su costado a la que estaba a sus pies. Porque brotó de su costado. En él, le otorgó las arras de su matrimonio. Y, del mismo modo que todo lo del Padre es del Hijo y todo lo de Hijo es del Padre, igualmente, el Esposo dio todo lo suyo a la esposa y la esposa dio todo lo suyo al Esposo, y así la hizo uno consigo mismo”.

Esta unión y vinculación entre Cristo y su Esposa, la Iglesia, es tal, que el mismo autor no duda en seguir afirmando: “el Esposo, que es uno con el

Padre y uno con la Esposa, hizo desaparecer de su esposa todo lo que halló en ella de impropio; lo clavó en la cruz y en ella expió todos los pecados de la Esposa. (...) Tomó, sobre sí, lo que era propio de la naturaleza de la Esposa y se revistió de ello; a su vez, le otorgó lo que era propio de la naturaleza divina. En efecto (...) tomó sobre sí lo que era humano y comunicó lo divino. Y así es del Esposo todo lo que es de la Esposa”.

La Iglesia, en efecto, es esposa de Cristo porque Cristo la ha amado tanto que ha muerto por ella, y la ha limpiado y purificado completamente. Se ha unido a ella de modo tan perfecto, que todo lo que la Iglesia tiene –la Palabra, los sacramentos, la caridad, es decir, su vida entera– es de Cristo y todo lo que Cristo tiene es de la Iglesia.

Queridas hijas, dentro de unos momentos, al finalizar las Letanías dirigiré a Dios esta oración: “Dios omnipotente y misericordioso: concede a estas hermanas nuestras... querer siempre lo que a Ti te agrada a fin de que, purificadas e iluminadas interiormente, e inflamadas por el fuego del Espíritu Santo, puedan vivir fielmente su consagración hasta la muerte”. Y un poco después, cada una haréis vuestra consagración

4. Pidamos a Cristo el Señor, que así como su Esposa, la Iglesia, vive *de y para* la Eucaristía, estas dos hermanas profesas encuentren en la Eucaristía el centro, el imán y la fuerza para vivir siempre su consagración esponsal, con la misma alegría y gozo de hoy, es decir, como verdaderas esposas enamoradas.

Así sea.



IV

75 ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA ONCE

(Catedral, 15-12-2013)

Hoy es tercer domingo de Adviento; tiempo que la Iglesia pone a nuestra disposición para que nos preparemos a la venida del Señor en la ya inminente Navidad. En este domingo siempre tienen un papel especial los ciegos, como hemos podido escuchar en la primera lectura y en el evange-

lio. Pero este año ese papel es mucho más destacado, porque la ONCE está de fiesta y ha querido festejar en la Catedral los 75 años de su creación y los 25 de la Fundación ONCE.

No podían encontrar un marco más adecuado que el de la Eucaristía para dar gracias a Dios por los innumerables actos de servicio que –con su ayuda– han podido realizar con muchos miles de personas discapacitadas. Y para pedirle su gracia para que estos servicios se puedan seguir prestando; más aún, mejorando y ampliando. Yo me uno con gusto a vuestra fiesta y ofreceré la misa que estoy celebrando por vosotros, por vuestras familias, por los socios fallecidos durante este año y para que la ONCE realice siempre sus proyectos en servicio de la dignidad humana de todos, y de modo especial, de sus miembros.

Pero el protagonismo de los ciegos en este domingo procede, especialmente, de que Dios ha querido que la curación de la ceguera fuera una profecía que anunciaba la llegada de un futuro Mesías y la prueba de que ya había llegado. La profecía la hemos escuchado en la primera lectura. En ella, el gran profeta Isaías consuela a su pueblo anunciándole un futuro mejor. Ese futuro llegaría con un enviado especial de parte de Dios. Ese Enviado –que luego resultaría ser su mismo Hijo–, realizará grandes obras. Entre otras, la de curar a los ciegos: “Se despegarán los ojos del ciego”. Es decir, los ciegos comenzarán a ver.

La prueba de que ese Mesías ya había llegado la hemos encontrado en el Evangelio. Juan el Bautista estaba en la cárcel, porque había reprendido a Herodes que viviese en concubinato con su cuñada Herodías, que era la mujer de su hermano. Y Herodes, que era el rey, no lo soportó, sobre todo a instancias de Herodías. Estando en la cárcel, el Bautista escucha maravillas sobre la predicación y milagros de Jesús. Y le vino la duda de si sería el Mesías, que él había anunciado y había preparado el camino invitando a la penitencia. Como no puede comprobarlo con sus propios ojos, al estar encarcelado, envía a dos discípulos con esta misiva: “¿Eres tú el Mesías o tenemos que esperar a otro?”.

Jesús no dice ni “sí” ni “no”. Pero responde sin irse por la tangente. Su respuesta es esta: “Id y decid a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los cojos andan y los ciegos recobran la vista”. Repite lo que había dicho Isaías, pero no con palabras sino con lo que hace. Juan tenía la respuesta: Jesús es el Mesías. Uno de los signos, de las señales para identificar al Mesías, a Jesucristo, es que los ciegos ven. Es, pues, evidente que los ciegos han jugado un papel especial en los planes de Dios.

Queridos hermanos: este mensaje tiene que llenaros de alegría y esperanza. Jesús está de vuestra parte, os quiere de modo especial. Él mismo

curó a muchos ciegos. Alguno de ellos se hizo tan famoso, que hoy los cristianos de todo el mundo sabemos su nombre: Bartimeo, el hijo de Timeo, el de Jericó. Cuando envió a predicar a sus apóstoles les dio este encargo: “curad a los enfermos, dad vista a los ciegos”.

Él mismo se presentó como la luz que viene a iluminar a este mundo, que camina a oscuras y no sabe de dónde viene, a dónde va y cuál es el sentido de la vida y de lo que hace. “Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas”. A sus discípulos nos ha dado esta misión: “Vosotros sois la luz del mundo”. Y nos aclaró en qué sentido lo somos: “No se enciende una lámpara para meterla debajo de la cama, sino para colocarla en el candelero y que alumbre a los que están en casa. Brille así vuestra vida, para que los hombres vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el Cielo”.

Las buenas obras son la mejor luz. Para verlas no hacen falta los ojos de la cara. Lo sabéis vosotros muy bien. Las buenas obras se perciben con otros ojos: los ojos del amor, los ojos de la necesidad asistida, los ojos de la compañía, los ojos de la ayuda pedida y recibida.

Ciertamente, Jesús no curó a todos los ciegos de su tiempo ni vino a este mundo para acabar con esa enfermedad. Tampoco le dio a la Iglesia esa misión. Pero Jesucristo quiere que sus discípulos nos comprometamos en ayudar a los ciegos. Más aún, que haya algunos que dediquen su talento y su esfuerzo a investigar todo lo que sea posible para realizar la curación de los ciegos. Hoy todavía no es posible. Pero el esfuerzo y el talento han hecho posibles muchas cosas que parecían imposibles. ¡Ojalá que esté cercano el día en que esto pueda ocurrir!

Queridos hermanos y amigos. Permitidme que os lea unas palabras que me escribió la directora de la ONCE de Burgos, cuando me pedía que presidiera esta Eucaristía. Decía en su carta: “Con el espíritu de colaboración y ayuda a los más necesitados que siempre ha tenido nuestra institución, en este aniversario se destinará la colecta que aportarán los afiliados, trabajadores y acompañantes, a la institución Cáritas, por la importancia que en estos momentos esta entidad está teniendo en la acción caritativa, ayudando a los más necesitados”. Hermoso gesto, que confirma lo que antes he dicho: hay cegueras más importantes que la física y hay luces que se perciben con otros ojos que los del cuerpo.

Enhorabuena, afiliados, trabajadores y acompañantes de la ONCE. Sentíos queridos y amados por Jesús. Sentíos queridos y amados por la Iglesia. Que el Señor bendiga vuestras ilusiones y proyectos de servicio. Y a todos los demás, nos abra los ojos del alma para descubrirle en cada hombre necesitado y en cada acontecimiento de nuestra vida. Así, todos nos iremos preparando al encuentro del Señor en la próxima Navidad.



El Sr. Arzobispo con la Coral de la ONCE



V

FELICITACIÓN NAVIDEÑA

(Capilla de la Facultad de Teología, 24-12-2013)

Muchas gracias, señor Vicario, por las palabras que me ha dirigido en nombre suyo y en el de los sacerdotes, religiosos y seglares de la diócesis. Muchas gracias, especialmente, por encomendarme al Señor y desear seguir colaborando amorosamente en el cuidado pastoral de esta diócesis de Burgos.

A sus palabras quiero, por mi parte, añadir otras dos: una de gratitud y otra de deseo. En el año que está concluyendo Dios ha seguido derramando sus bendiciones sobre todos y cada uno de nosotros, sobre todas las personas de la diócesis y sobre todas nuestras tareas pastorales. Estas bendicio-

nes son tantas, que nos desbordan por los cuatro costados de nuestra vida. Si ahora nos fuera posible pasarlas en una rápida visión cinematográfica, quedaríamos sorprendidos por su número y calidad. Algo parecido ha ocurrido con toda la Iglesia. Por eso, os invito a uniros a mi agradecimiento al Señor por todos ellos y entonar un Te Deum, al menos interior, antes de concluir el año.

No obstante, quisiera subrayar algunas gracias especiales que Dios nos ha concedido durante este año 2013.

Ante todo, el Año de la Fe, que ha supuesto un paso decidido en el gozo de sentirnos discípulos del Señor y comunicar a los demás que Jesucristo es su único Salvador y el hombre en el cual todo hombre encuentra su plenitud. Sólo Dios conoce lo que ha supuesto en la diócesis, pero tengo la firme convicción de que ha sido una gran gracia.

Junto al Año de la fe, la renuncia del Papa Benedicto XVI a seguir pilotando la nave de Pedro, con el fin de que otro Pontífice pudiera encarar los problemas actuales de la Iglesia. Sólo una persona verdaderamente santa, humilde y generosa pudo dar un paso tan histórico como este. Máxime, tratándose de una persona tan extraordinariamente dotada y lúcida.

El Señor ha premiado su gran humildad y disponibilidad, dándonos un Papa que en nueve meses de Pontificado ha llevado el rostro positivo y amable de la Iglesia a las páginas y telediarios de todo el mundo. Hasta el punto de ser declarado por la revista americana *Time* “Hombre del Año”. Pidamos al Señor que ayude y proteja al Papa Francisco en la profunda reforma *vital* y *estructural* de la Iglesia que se ha propuesto y cuyas líneas maestras nos ha entregado ya en la exhortación *Evangelii gaudium* (La alegría del Evangelio). Pienso que todos tenemos la impresión de que en la Iglesia han entrado aires de renovación y esperanza gozosa. Demos, pues, gracias a Dios, de quien procede todo bien y toda bendición.

Junto a ella, quiero expresaros un deseo que ahora está particularmente presente en mi corazón de pastor. Me gustaría que todos y cada uno de nosotros abramos nuestra mente, nuestro corazón y nuestra acción pastoral y apostólica a los aires de renovación que nos está transmitiendo el Papa Francisco. Abrir nuestra mente implica leer sus escritos. Desde las homilías diarias en Santa Marta hasta la exhortación antes citada, pasando por las audiencias de los miércoles y las alocuciones del ángelus de cada domingo, y los discursos y mensajes en diversas circunstancias. Esta lectura ha de ser creyente y orante, escuchando en ella la voz del Buen Pastor. De este modo, iremos empapándonos de su talante y cambiando nuestros esquemas mentales.

Abrir el corazón implica acoger con docilidad, humildad y amor lo que el Papa nos vaya diciendo. Pero no de una forma meramente pasiva, sino con responsabilidad y creatividad, tratando de que el nuevo espíritu que el Papa transmite con su vida y palabras vaya moldeando la realidad concreta en la que cada uno estamos inmersos.

Finalmente, es preciso abrir toda nuestra acción pastoral a la radicalidad evangélica que postula el Papa. Esto implica que cada día pongamos más en el centro de nuestra vida y de nuestra actividad a la Persona de Jesucristo. Siendo conscientes de que Él y sólo Él es el Salvador y Redentor de los hombres y que a nosotros se nos pide estar plenamente dedicados a su servicio, en obediencia amorosa a su elección gratuita e inmerecida. A Jesucristo, lo sabemos bien, le encontramos en su Palabra, de modo eminentísimo en la Eucaristía celebrada y adorada, en el sacramento del perdón –recibido y dado–, y en el servicio de la caridad, especialmente de los más pobres.

Y todo ello, con gran alegría. La alegría es la característica de todo el Evangelio. Alegre fue el saludo del Ángel a María en la Anunciación; alegría llevó María a la casa de santa Isabel; alegría anuncian los ángeles a los pastores; alegría comunican estos a los habitantes de Belén; alegría causaban los apóstoles en todos los lugares donde fundaron iglesias después de la venida del Espíritu Santo; alegría vivía la primera comunidad cristiana cuando celebraba la Eucaristía y compartía sus bienes; alegría y esperanza necesita nuestro mundo.

No quiero concluir sin manifestaros mi profunda gratitud por vuestro servicio pastoral y apostólico. Sin él, sería imposible llegar a todos los lugares y situaciones que exige la atención a las almas en este momento. ¡Que Dios os premie vuestra entrega y la acreciente de día en día!

Seguid pidiendo al Señor que me ayude a ser el Pastor que Él espera de mí.

Terminemos el año 2013 y comencemos el 2014 bajo el manto de nuestra Madre, Santa María la Mayor, Estrella de la nueva evangelización en nuestra diócesis.



VI

MISA DE NOCHEBUENA

(Catedral, 25-12-2013)

También José y María, que eran de la familia de David, subieron a Belén”. Todos los poderosos de la tierra han soñado siempre con tener un censo lo más completo posible para cobrar los más impuestos posibles. El emperador Augusto no se libró de esta tentación y ordenó que todos los ciudadanos del Imperio se empadronasen en el lugar donde tenían sus bienes. José y María suben a la montaña de Judea, más concretamente a Belén, a cumplir con este requisito.

María se encuentra en avanzado estado de gestación y próxima a dar a luz. Entre Nazaret y Belén hay unos 140 km que hay que recorrer a pie por pésimos caminos, quizás ayudados por un animal doméstico: un burro o una mula. No protestan ante este edicto. Tampoco desobedecen. No se quejan a Dios de que no les libre de esta situación. Al contrario, obedecen y van a Belén. Saben ver allí la mano de Dios. Dios, en efecto, escribe derecho con líneas torcidas y es el que mueve los hilos de la historia. Con esta orden egoísta de un soberbio emperador, Dios iba a realizar lo que había prometido por el profeta Miqueas: “Y tú Belén, tierra de Judá, no serás la más pequeña de las ciudades de Israel, porque de ti nacerá el Salvador”. Esta sería, precisamente, la profecía que los sacerdotes recordaron a Herodes para que pudiera informar a los Magos, que preguntaban dónde había nacido el Rey de Israel.

“Dio a luz a su hijo y lo reclinó en un pesebre”. El acontecimiento más importante de todos los tiempos ha sido el Nacimiento de Dios en la tierra. No hay nada que se le pueda comparar ni de lejos. Así lo han percibido incluso los que no son cristianos, que han dividido la historia en dos mitades: antes de la venida de Cristo y después de su venida. Sin embargo, este acontecimiento es descrito con enorme sencillez, sin aparato alguno: en tres o cuatro líneas y con palabras tan sencillas y ordinarias como estas: “Y mientras se encontraban allí, le llegó a María el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio en la posada”.

José y María habían llamado a muchas puertas en Belén. Pero todas estaban cerradas. No es que sus parientes y amigos no quisieran darles acogida, pues los orientales eran muy hospitalarios. Es que materialmente no había sitio en sus casas, porque estaban llenas de gente que había venido a lo mismo que José y María. Además, María no podía dar a luz en una casa

en esas condiciones. Por eso, optaron por salir a las afueras y buscar un refugio frente al frío y las inclemencias. Y se refugiaron en un establo donde se guardaban los animales. Allí José, al menos, podía hacer lumbre y dar un poco de calor a María. Es lógico que colocara al Niño en el sitio mejor: un pesebre. Allí estaría libre de las humedades y podría preservarle mejor del frío del suelo. Pero, ¿verdad que todo esto impresiona? ¿Verdad que nos desconcierta que el Salvador del mundo nazca en un lugar tan inhóspito, tan solitario, tan diferente al que hemos tenido, incluso los que no somos ricos? Jesús dirá un día: “Las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza”. Dios ha iniciado su camino en la tierra en un establo y en pesebre.

¡Cuántas lecciones que aprender: de humildad, de anonadamiento, de sencillez, de pobreza verdadera! ¡Cómo contrasta todo esto con nuestro afán de sobresalir, con nuestro interés en llamar la atención, con nuestra vida burguesa!

Sigamos el relato. Dice el texto sagrado que había unos pastores que estaban pasando la noche al raso velando sus rebaños y que, de pronto, se les presentó un ángel, la gloria del Señor los envolvió y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: “No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo. Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”. No era solo una buena noticia ni una noticia alegre: era una gran noticia, más aún, la gran noticia que había esperado durante siglos el pueblo de Dios. LA NOTICIA DE QUE HABÍA NACIDO EL SALVADOR. Antes, muchos se habían presentado diciendo: “Yo soy la persona que necesitáis. Yo os conseguiré el paraíso. A vosotros os basta escucharme”. Hoy tampoco escasean este tipo de salvadores. Pero solo hay un Salvador: el que habían anunciado los profetas y había esperado la gente piadosa y buena de Israel.

Esta gran noticia –este notición– no se comunica al emperador Augusto, ni al Sumo sacerdote de Jerusalén, ni al Senado del pueblo de Israel, ni a los sabios escribas que enseñaban las escrituras a la gente. ¡Se comunica a unos pastores; gente iletrada e incluso poco observante de la ley; pero gente abierta a lo que Dios quiera comunicarles. Por eso, cuando les comunica que ha nacido el Salvador y que le encontrarán en un pesebre, no se ponen a discutir que eso no puede ser, que el Mesías no puede haber nacido en un establo. Aceptan el mensaje y se ponen en camino con prontitud. Y, efectivamente, cuando llegan encuentran las cosas tal y como les habían dicho.

Ellos se llenan de alegría. Y les falta tiempo para venir a Belén y comunicar a los vecinos la gran noticia. Siempre ocurre igual: cuando una persona encuentra personalmente a Jesucristo se llena de alegría. Más aún, la alegría es tan grande, que no le cabe en el pecho y siente la necesidad

de comunicársela a los demás. ¡¡Esta es la Iglesia con la que sueña el Papa Francisco y esta es la Iglesia que el mundo necesita: cristianos que se llenen de alegría y santo orgullo de ser discípulos de Jesús, y lo digan a todos los que caen en su radio de acción: familiares, amigos, conocidos!!

¿Tenemos nosotros el alma sencilla y apostólica de esos pastores o nos dedicamos a discutir, a darle vueltas, a buscar justificaciones para no poner en práctica de verdad el Evangelio?

Pero esta Noche no puede ser más que una Noche de alegría, de gozo y de paz. Porque los ángeles nos han comunicado a todos este maravilloso mensaje: “Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor”. Los ángeles no comunican la paz a los hombres de buena voluntad, sino la paz a los hombres que ama el Señor. La noticia no es que los hombres amemos a Dios, que tengamos buena voluntad. Lo verdaderamente importante es que, por encima de nuestra buena o mala voluntad, Dios nos ama, Dios nos acoge, Dios se acerca a nosotros para salvarnos. ¿Cómo no vamos a saltar de alegría y cómo no vamos a llenarnos de paz?

Como Pastor de la diócesis me alegra transmitir estos sentimientos, desearos unas Navidades llenas de alegría y paz, y pedir os que llevéis este mensaje a vuestras familias, especialmente a los que estén enfermos o impedidos y no puedan salir estos días. FELIZ NAVIDAD



VII

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

(Catedral, 25-12-2013)

1. Acabamos de escuchar unas palabras sobrecogedoras: “Y el Verbo se hizo carne, y acampó entre nosotros”. En ellas se encierra la verdad central de todo el tiempo de Navidad. El Hijo de Dios, un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo pero persona distinta del uno y del otro, se ha hecho hombre verdadero. Se ha hecho “carne”, es decir, se ha hecho uno de nosotros, con todas nuestras debilidades y limitaciones, menos el pecado. No es que sea “como si” fuera hombre, pero que en realidad no lo es, sino que se ha hecho hombre de verdad.

Ciertamente, él es el Creador del Cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible, todo fue creado por él y para él, es el centro de la creación, él es anterior a todo, en él reside la plenitud de la divinidad. Pero se ha hecho hombre. Por eso, estuvo nueve meses en el vientre de María, nació como hemos nacido todos: pequeño, desvalido y necesitado de todo, fue creciendo en edad y en sabiduría, sufrió con los desprecios y se alegró cuando la gente le acogía, se cansó cuando trabajaba, necesitaba comer, dormir y descansar, morir de verdad y resucitar. Todo esto es tan opuesto a nuestra concepción humana de lo divino, tan contrastante, tan inesperado, que fue la primera verdad que negaron los herejes. No negaron que Jesús fuera verdadero Dios sino que fuera verdadero hombre. La Iglesia reaccionó de inmediato, condenando esa posición y confesó que Jesús es verdadero hombre.

2. El Credo que profesamos todos los días festivos –hoy también lo haremos– nos da la clave para entender por qué es tan importante confesar que Jesucristo es verdadero hombre. “Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo y se encarnó y se hizo hombre”. Esta es la razón última por la que el Verbo se hizo hombre: porque ha venido a salvarnos, a redimirnos, a devolvernos la condición de hijos de Dios que perdimos con el pecado de nuestros primeros padres, cuando desobedecieron en el Paraíso. Si un hombre verdadero se había revelado contra Dios, un hombre verdadero tendría que reconciliarle con él. Por eso, de la verdad de la Encarnación depende la verdad de la Redención. Hemos sido realmente redimidos, porque Jesucristo se hizo verdadero hombre y murió por nosotros.

3. Efectivamente, así ha ocurrido: el Verbo Encarnado nos ha salvado y nos ha redimido y nos ha hecho hijos de Dios. Quienes le acogen como salvador y redentor, nos dice hoy san Juan, reciben la capacidad de nacer de nuevo, “no de carne y sangre ni de amor humano, sino de Dios”. Es decir, pueden convertirse en verdaderos hijos de Dios. Esto es lo que se ha realizado con todos nosotros el día en que recibimos el Bautismo. Ese día, nacimos por segunda vez en virtud del agua y del Espíritu Santo, y nos convertimos en verdaderos hijos de Dios. Fuimos hechos “hijos en el Hijo”, como profesa la fe de la Iglesia. Esta verdad tendría que llenar de gozo y alegría toda nuestra vida. ¡¡Somos hijos de Dios!! Y lo seremos siempre. Aunque queramos, no podemos dejar de serlo. Sucede lo mismo que en la generación humana: podremos ser malos hijos, renegar de nuestros padres, decir que no queremos que nos tengan como hijos suyos. Pero lo que no podremos nunca es dejar de ser sus hijos. No somos, pues, extraños, ni enemigos, ni indiferentes respecto a Dios. Somos sus hijos. Por eso, él siempre busca nuestro bien, siempre nos ayuda, siempre está dispuesto a perdonarnos, siempre cuida de nosotros, siempre nos mira bien, incluso aunque nos portemos mal con él.

4. Por gracia, no por nuestros méritos, nosotros ya somos hijos de Dios. A pesar de nuestras debilidades y limitaciones, a pesar de todos los pesares, hemos creído en Jesucristo, hemos aceptado su Persona y hemos sido introducidos en la familia de Dios. Con altibajos y pasos inciertos, seguimos conectados a la fe y a la práctica religiosa. Nuestra presencia aquí es la mejor prueba. Otros muchos no tienen tanta suerte. Unos, porque todavía no han tenido la oportunidad de conocer a Jesucristo; otros, porque le acogieron, pero luego se apartaron de él. Tantas veces no por mala voluntad, sino porque se escandalizaron ante el dolor, sobre todo, ante el dolor de los inocentes y las injusticias; o ante el mal ejemplo de algunos sacerdotes y obispos. Otras veces, se fueron enfriando poco a poco, hasta dejar de practicar y, más tarde, incluso de creer. Seguramente que todos tenemos familiares, amigos, colegas y conocidos que se encuentran en esta situación.

Nosotros no podemos quedarnos indiferentes ante ellos. Hemos de reaccionar. No para condenarlos, sino para reaccionar en positivo. En primer lugar, hemos de pedir al Señor, especialmente durante estos días, que les devuelva la alegría de la fe, la alegría de volver a la casa de Dios, la alegría de volver a la práctica religiosa.

Pero hemos de ir más lejos. Tenemos que perder el miedo a hablar con ellos de estas cosas. Dios no puede ser el gran ausente de nuestras conversaciones. Por desastrosa que pueda ser una situación, por irreversible que nos parezca un determinado estado de cosas, por alejadas de Dios que puedan estar, Dios siempre puede cambiar aquellas vidas. De hecho, todos los días se están acercando a Dios personas que se encontraban enfrentadas con él o alejadas de él desde hacía muchos años. Y todos tienen la misma experiencia: han reencontrado la alegría verdadera, esa alegría que sólo Dios puede dar.

Esta es la Iglesia que está reclamando el Papa. Una iglesia en la que todos y cada uno de los bautizados sea un misionero, un apóstol, alguien que anuncie con su testimonio y con su palabra la Buena Nueva del Evangelio. ¡El día en que hagamos esto, ese día cambiará el mundo!

Pidamos al Señor, que enseguida convertirá este altar en un nuevo portal de Belén, donde él se hará presente, que nos comunique su amor hacia todos los hombres, especialmente a los que están más alejados y necesitados de Él.



Mensajes

I

EL PAPA PUBLICA SU PROGRAMA PASTORAL

(Cope, 1-12-2013)

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por él, de intentarlo cada día sin descanso [...] Este es el momento para decirle a Jesucristo: “Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame, Señor, y acéptame una vez más entre tus brazos redentores”. Estas palabras son la clave de lectura de un largo documento que el Papa Francisco hizo público el martes pasado, con el título “La alegría del Evangelio”, en el cual traza las líneas maestras del ambicioso programa pastoral que propone llevar a cabo en su Pontificado. Programa que no es otro que una profunda renovación eclesial.

El Papa no piensa, en primer lugar, en las estructuras. Ciertamente habla de ellas y sin que le tiemble la mano, pues llega a decir que hay que renovar el mismo Pontificado, no en el sentido de cambiar la doctrina, pero sí en el modo de ejercerlo. Habla también de la renovación de las Conferencias episcopales, de las diócesis y de las parroquias. Pero está convencido de que “la propuesta cristiana no envejece”; porque “Jesucristo puede romper los esquemas aburridos en los cuales podemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina”.

Con esta lógica, el Papa puede decir que “cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio –postula-

do esencial de toda reforma que merezca ese nombre, añadido yo– brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual”. La verdadera reforma que la Iglesia necesita, y a la cual el Papa nos convoca, es una reforma que tiene como punto de referencia a Jesucristo. Como repitió Benedicto XVI en más de una ocasión, “los santos son los grandes reformadores”.

En esta línea se explica que los destinatarios de la reforma a la que Francisco nos convoca seamos todos los bautizados: desde el Papa al más humilde de los servidores del Evangelio. “Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide. Pero todos somos invitados a salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”.

En efecto, es imposible encontrarse con Jesucristo, renovarse y renovar las estructuras eclesiales sin anunciar el Evangelio con decisión y con alegría, con entusiasmo. Es vital que “hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie”. Por eso, el Papa no duda en afirmar: “Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están”.

El Papa pone especial énfasis en esta necesidad de dar pasos audaces y realmente renovadores. “La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del ‘siempre se ha hecho así’. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta línea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadoras de las propias comunidades”.

Se entiende que el Papa pueda abrirnos su corazón y darnos a conocer dónde lo tiene puesto: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en el sentido de que se vuelvan más misioneras”. El horizonte no puede ser más apasionante. Hagamos del sueño una realidad.



II

UNA NUEVA SENSIBILIDAD

(Cope, 8-12-2013)

Alguna vez he escrito en esta columna mi convicción de que el mejor comentario de un texto es la lectura reposada del mismo texto. La exhortación apostólica “La alegría del evangelio”, que acaba de publicar el Papa Francisco, es una prueba más en este sentido. De tal modo que, sin esa lectura, aunque se lean u oigan muchos comentarios, pienso que corremos el riesgo real de no entrar a fondo en lo que ella propone. Más en concreto, sobre lo que dice de la crisis actual, los bienes de este mundo, la solidaridad, el amor a los pobres y su promoción. Además, perderá la frescura y la fuerza de las palabras con las que el Papa se expresa. Por eso mi intención al dar hoy unas pinceladas sobre esos temas es, ante todo, animar a todos, sacerdotes y fieles a leer, meditar y sacar consecuencias a las palabras del Papa.

Para despertar el apetito, recojo algunas ideas. Refiriéndose a la crisis que nos agobia, el Papa no puede ser más tajante: “Así como el mandamiento ‘no matar’ pone un límite claro a asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir ‘no a una economía de la exclusión y de la inequidad’. Esta economía mata” (EG 53). ¿Por qué esta economía mata? Porque, por ejemplo, “no puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos de la bolsa”. O que “se tire comida cuando hay gente que pasa hambre”. Estas y otras mil cosas suceden porque “hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil”. Las consecuencias, como señala el Papa, no pueden ser más desastrosas: “Grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas, sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar”.

No menos contundente es el Papa Francisco cuando se refiere a los bienes de la tierra. “Hay que recordar siempre que el planeta es de toda la humanidad y para toda la humanidad, y que el solo hecho de haber nacido en un lugar con menores recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad” (EG 192). Sabedor de que esto se verifica en muchos países de África, Asia, América, etc. y que hay pueblos enteros que viven en una situación indigna del hombre, el Papa clama con voz profética: es un “imperativo escuchar el clamor de los pobres”. Escucharlos para “asegurar a todos la comida o un decoroso sustento”, pero sin

quedarse ahí. Porque se trata “de que tengan prosperidad sin exceptuar bien alguno. Esto implica educación, acceso al cuidado de la salud y especialmente al trabajo...El salario justo permite el acceso adecuado a los demás bienes que están destinados al uso común”.

Quizás alguno se pregunte si el Papa no estará exagerando. La respuesta se la da el mismo Papa en estas palabras sobre la solidaridad. “La solidaridad es una reacción espontánea de quien reconoce la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada”. La propiedad privada es un derecho natural de la persona humana, pero la “posesión privada de los bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común, por lo cual la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde”.

No cabe duda: necesitamos cambiar nuestros esquemas mentales y nuestras actitudes, pues solo si lo hacemos, abriremos camino a otras transformaciones estructurales que hagan posible vivir de hecho la solidaridad. El Papa está tan convencido de ello, que no duda en afirmar: “Un cambio de las estructuras sin generar nuevas convicciones y actitudes dará lugar a que esas mismas estructuras, tarde o temprano, se vuelvan corruptas e ineficaces” (EG 189).



III

“UNA SOLA FAMILIA HUMANA, ALIMENTOS PARA TODOS”

(Cope, 15-12-2013)

Una de cada ocho personas pasa hambre en el mundo. Hay suficientes alimentos para todos, pero muchos se destruyen y otros muchos se usan mal. Es un escándalo intolerable que hiere a quien tenga un mínimo de sensibilidad humana y nos urge a no mirar para otro lado, porque el problema no nos afecte directamente. Además, es mucho lo que podemos hacer, sobre todo si unimos fuerzas todos los creyentes y las personas de buena voluntad. El Papa Francisco ha lanzado una campaña mundial para que aumente la conciencia de que todos los hombres somos hijos de Dios y

formamos una sola familia y, en consecuencia, no podemos consentir que a nadie le falte lo indispensable para subsistir. “Invito a todas las instituciones del mundo, a toda la Iglesia y a cada uno de nosotros –dice el Papa– a dar voz a todas las personas que sufren silenciosamente el hambre, para que esta voz se vuelva un rugido capaz de sacudir el mundo”.

Ya se está haciendo mucho. Baste pensar, por ejemplo, lo que hacen las Caritas diocesanas y parroquiales. Caritas internacional, organismo de la Santa Sede, está empeñada en doscientos países y territorios del mundo. Pero todavía falta mucho.

Los cristianos, que desde nuestros orígenes nos hemos distinguido por la ayuda a los pobres, tenemos que seguir mirando a Jesús para sacar luces y fuerzas nuevas frente a este drama del hambre en el mundo. Él nunca se mostró indiferente ante la miseria humana. En la mente de todos está el recuerdo de la multiplicación de los panes y los peces, cuando estaba en un lugar descampado y la gente que le seguía estaba hambrienta. Pero en este milagro hay dos detalles de sumo interés para nosotros. Él no quiso hacerlo todo y partir de cero, sino quiso contar con lo disponible: cinco panes y dos peces. Fueron esos pocos panes y peces los que multiplicó. El otro detalle también tiene mucha importancia: después que la muchedumbre se había saciado, mandó recoger lo sobrante, para que nada se desperdiciase. Y, efectivamente, se recogieron doce cestos de pan. ¡Toda una lección para que no desperdiciemos, destruyamos o desechemos nada!

Pero más importante todavía es advertir que Él tomó partido por los que pasan hambre. Hasta el punto de identificarse con ellos: “Tuve hambre y me disteis de comer”, o, al contrario, “tuve hambre y no me disteis de comer”, nos dirá en el juicio final. Y cuando le preguntemos entonces cuándo lo hemos hecho o dejado de hacer, Él nos replicará: “Cuando lo hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos a Mi me lo hicisteis”.

Él nos mandó pedir el pan diario: “Danos hoy, nuestro pan de cada día”, nos lo enseñó en el Padre nuestro. Esta petición debe impulsarnos a compartir nuestro pan y a no seguir tolerando que las personas que nos rodean se vean privadas de alimento. Orar, como todos sabemos, no es repetir palabras huecas y sentimentales sino ponerse a la altura de Dios, acostumbrarse a hacer su voluntad. Y la voluntad de Dios es que todos sus hijos tengan lo necesario para vivir como tales. Que no sufran hambre de pan ni de justicia ni de respeto a su dignidad de personas.

Por otra parte, no podemos celebrar la Eucaristía sin sentirnos urgidos a vivir la caridad con los más necesitados, porque la Eucaristía es la expresión máxima de amor compasivo, misericordioso y redentor de Dios. Vivir la Eucaristía es una fuerza enorme para hacer de la opción preferencial por

los pobres no solo un simple slogan sino una realidad que nos involucre. Vivamos el Adviento y una Navidad con esta perspectiva y con la ilusión de compartir nuestros bienes con los que pasan hambre y necesidad.



IV

NAVIDAD, FIESTA DE ALEGRÍA Y PAZ

(Cope, 22-12-2013)

Hace unos días, el Papa Francisco concedió una entrevista al diario turinés La Stampa. Dada la proximidad de la Navidad, el periodista le preguntó: “¿Qué significa para usted la Navidad?” El Papa contestó: “Es el encuentro con Jesús. Dios siempre ha buscado a su pueblo, lo ha guiado, lo ha custodiado, ha prometido que estará siempre cerca de él”. Aquí está la clave para comprender y vivir la Navidad según el espíritu cristiano. Por eso, el Papa volvió a repetir en la audiencia del pasado miércoles: “Dios está con nosotros y confía todavía en nosotros. Dios viene a habitar con los hombres, elige la tierra como morada”.

En esta audiencia sacó una conclusión que puede sonar a desconcertante: “La tierra ya no es un valle de lágrimas, sino el lugar donde Dios ha puesto su tienda, el lugar de la solidaridad de Dios con el hombre”. Dios ha tomado partido por nosotros y lo ha hecho de modo radical, pues lo ha hecho de una vez para siempre. Esta presencia y toma de partido no elimina nuestra libertad ni nuestra responsabilidad. Esto explica que en la tierra sigan existiendo injusticias, hambre, guerras, conflictos. Pero que siga siendo posible la alegría. No, ciertamente, una alegría mundana sino la verdadera alegría, la que es capaz de convivir con el sufrimiento y el dolor. Sucede como con el parto de una mujer. No sólo hay dolor sino alegría, la inmensa alegría de traer un hijo al mundo.

Quizás nos parezca que esta alegría no es verdadera ni íntima sino superficial y sentimental. El periodista de La Stampa se hacía eco de esta dificultad en estos términos: “A menudo se presenta la Navidad como una fábula de ensueño. Pero Dios nace en un mundo en el que también hay mucho sufrimiento y miseria”. El Papa no se va por la tangente, sino que prefiere hablar

de lo que fue la primera Navidad. “Lo que leemos en los Evangelios es un anuncio de alegría. Los evangelistas describen una alegría. No hacen consideraciones sobre el mundo injusto, sobre cómo es posible que Dios naciera en un mundo así. Todo esto es fruto de nuestra contemplación: los pobres, el niño que nace en la precariedad. La Navidad no fue una denuncia de la injusticia social, de la pobreza, sino un anuncio de alegría... La Navidad es alegría, alegría religiosa, alegría de Dios, interior, de luz, de paz”.

¿No nos estará invitando el Papa a revisar si nuestra insistencia en hablar sobre la crisis económica, social y política se debe a que no sabemos bien qué es la alegría verdadera y dónde hay que ir a encontrarla? Quizás sí. Porque su respuesta concluía con estas palabras: “Cuando se está en una situación humana que no te permite comprender esta alegría, se vive la fiesta con alegría mundana. Pero entre la alegría profunda y la alegría mundana hay mucha diferencia”. Podrían confirmarlo quienes, por ejemplo, nadan en la abundancia económica o están en la cresta de la ola de la popularidad pero son profundamente desgraciados, porque no tienen paz en su casa o su corazón está comido por la envidia o la soberbia engreída y es incapaz de encontrar algo que realmente le satisfaga.

Por eso, quizás nos venga bien volver en estas Navidades al nacimiento de Jesús y verlo como realmente fue: expresión de la confianza de Dios con el hombre, manifestación del amor de Dios hacia nosotros. Es posible que así entendamos la hondura de las palabras de santa Teresa de Jesús: “Quien a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta”. Lo decía una persona que vivía profundamente pobre y, a la vez, poseía una alegría contagiosa. ¡FELIZ Y CRISTIANA NAVIDAD para todos los burgaleses, especialmente para los lectores de esta columna!



V

LA FRATERNIDAD, FUNDAMENTO Y CAMINO PARA LA PAZ

(Cope, 29-12-2013)

Todos los hombres somos hermanos. Todas las naciones de la tierra formamos una unidad y compartimos un destino común. Pese a la diversidad

de etnias, sociedades y culturas, cada día se percibe con más claridad que existe una semilla que nos impulsa a formar una comunidad de hermanos que se acogen mutuamente y se preocupan los unos de los otros.

Sin embargo, con frecuencia los hechos contradicen y desmienten esta vocación de fraternidad. Ahí están para testificarlo todas las guerras armadas y esas otras guerras, menos visibles, pero no menos crueles que se libran en el campo económico y financiero y que destruyen vidas, familias y empresas: la explotación laboral, el blanqueo ilícito de dinero, la prostitución, la trata de personas, la esclavitud, el trato inhumano de los emigrantes, la exclusión del no nacido y del anciano, la destrucción de alimentos mientras millones pasan hambre.

Esta dramática situación lleva a preguntarse a muchos si alguna vez lograremos un mundo en el que reine de verdad la fraternidad entre las personas y las sociedades y si algún día seremos capaces de vencer el odio, el egoísmo y la indiferencia. Algunos piensan que este ideal es inalcanzable y se contentan con aspirar a una convivencia regida por la tolerancia mutua y el pacto. De ahí que reclamen y privilegien como único camino para la paz, las leyes nacionales e internacionales.

Quienes tenemos fe en el Dios que nos presenta la Biblia y nos reveló Jesucristo, creemos que esas leyes y tratados son, ciertamente, importantes y hasta necesarios. Pero insuficientes, pues ellos no son el verdadero fundamento de la fraternidad. El fundamento verdadero de la fraternidad entre todos los hombres y mujeres es la paternidad de Dios. Dios es Padre de todos y no un Padre genérico y abstracto, sino un Padre que tiene un amor extraordinariamente concreto y puntual por cada ser humano. Si ese amor es acogido, se convierte en el agente más asombroso para transformar las relaciones de los unos con los otros y abre a los hombres a una verdadera y eficaz solidaridad y reciprocidad.

De esa paternidad universal fluye no sólo la fraternidad universal sino el imperativo y el instrumento adecuado para alcanzarla. Porque lleva necesariamente a una conversión continua de los corazones, que permite reconocer en el otro un hermano, no un extraño, ni adversario, ni enemigo. De esa conversión nace el auténtico espíritu de fraternidad que vence el egoísmo personal y colectivo que es, en el fondo, el manantial de todos los conflictos. Baste pensar que detrás de las actuales crisis económicas y financieras, de la corrupción capilar de las sociedades actuales, de todas las explotaciones siempre se encuentra un corazón egoísta, que mira a su propio provecho sin preocuparse de los demás. Más aún, que no duda en eliminarlos cuando les considera obstáculos que se interponen a sus pretensiones.

Por otra parte, a nadie se le oculta que todos estos desórdenes generan injusticias, desigualdades profundas, envidias y odio entre las personas y las clases. En otras palabras, conflictos armados o no, pero conflictos. Construir un mundo sobre esta realidad es tanto como situarlo sobre un potente y peligrosísimo polvorín que, más pronto o más tarde, explotará y producirá consecuencias devastadoras. En cambio, fundamentar la convivencia humana sobre la paternidad de Dios y la fraternidad entre sus hijos –todos los hombres y mujeres del mundo– es la mejor garantía para construir una sociedad en paz y prosperidad. Paz y prosperidad que todos anhelamos y que Dios es el más interesado en que las vivamos. La “Jornada Mundial de la paz” es una buena oportunidad para pensar y vivir que la fraternidad es el fundamento y el camino para la paz.



Agenda del Sr. Arzobispo

AGENDA DEL SEÑOR ARZOBISPO-MES DE DICIEMBRE

- Día 1: Preside la Santa Misa en la Catedral retransmitida por Radio María.
- Día 2: Recibe a la nueva delegada de Pastoral de la Salud.
- Día 3: Concede una entrevista para El Correo de Burgos.
- Día 4: Visitas.
- Día 6: Encuentro con el Delegado de Pastoral Obrera y miembros de la HOAC.
- Día 7: Por la noche preside la Vigilia de la Inmaculada en la parroquia de San Lesmes.
- Día 8: Celebra la Eucaristía de la Inmaculada Concepción en la Catedral. Por la tarde preside la profesión solemne de dos religiosas Teatinas en Pinto, diócesis de Getafe.
- Día 10: Visitas.
- Día 11: Reunión del Patronato de las Edades del Hombre en Valladolid. Por la tarde participa en la presentación de la Exhortación Apostólica del Papa Francisco *Evangelii Gaudium* en la Facultad de Teología.
- Día 12: Participa en la inauguración y bendición del Belén creado por los militares en el Palacio de Congresos Forum Evolución. Por la tarde preside el Rito de entrega del Padre Nuestro a la segunda comunidad del Camino Neocatecumenal de San Martín de Porres.

- Día 13: Visitas. Preside la Eucaristía a los sacerdotes que están realizando ejercicios espirituales en el seminario. Por la tarde participa en el concierto de El Mesías de Händel en el Forum Evolución.
- Día 14: Administra el sacramento de la confirmación a un grupo de adultos en la Catedral.
- Día 15: Preside la Eucaristía en la Catedral con motivo del 75 aniversario de la creación de la ONCE. Por la tarde saluda a los miembros de la Hospitalidad de Lourdes en la parroquia del Hermano San Rafael.
- Día 16: Consejo Presbiteral en el Seminario.
- Día 17: Consejo de Gobierno. Por la tarde, Consejo de Economía.
- Día 18: Rueda de prensa para la presentación de la campaña de Caritas de Navidad. Visitas. Por la tarde preside las exequias del sacerdote D. Bruno González González en la parroquia de Santa Águeda.
- Día 19: Visitas. Saludo en el Claustro de profesores de la Facultad de Teología. Por la tarde preside la Eucaristía a los seminaristas en el Seminario con motivo de la Navidad.
- Día 20: Reunión sobre el local donde se ubicará el nuevo archivo. Comisión Permanente del Consejo Episcopal de Gobierno. Visitas. Por la tarde reunión en el Seminario con los candidatos que se preparan para recibir el diaconado permanente y sus familias.
- Día 21: Administra el sacramento de la confirmación en Lerma. Por la tarde participa en el acto “la luz de la paz de Belén” organizado por el movimiento Scout en el Espolón.
- Día 22: Eucaristía y bendición de niños Jesús en la parroquia de La Real y Antigua de Gamonal. Por la tarde encuentro con miembros de la Asociación Santa María Madre de la Iglesia.
- Día 23: Reunión de los obispos de la Provincia Eclesiástica en Vitoria. Por la tarde reza un responso en el tanatorio por el ex presidente de la Diputación Vicente Orden Vigara y saluda a los familiares.
- Día 24: Visitas. Celebración de la Palabra y felicitación de la Navidad en la Facultad de Teología. Por la tarde visita sacerdotes enfermos. Bendice la cena en la Residencia de Barrantes y en las

Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Felicita la Navidad a los sacerdotes en la Casa Sacerdotal. Preside la Eucaristía de medianoche en la Catedral.

Día 25: Preside la Eucaristía de Navidad en la Catedral.

Día 27: Visitas. Firma los nuevos estatutos del Cabildo-Catedral.

Día 28: Visitas. Recibe al Obispillo de los Pueri Cantores de la Catedral.

Día 29: Preside la Eucaristía con motivo de la fiesta de la Sagrada Familia en la parroquia de la Sagrada Familia con asistencia de matrimonios que este año han cumplido sus bodas de oro o plata.



Curia Diocesana

Secretaría General

I

NOMBRAMIENTOS

- Con fecha 3 de diciembre de 2013, el Sr. Arzobispo ha nombrado Delegada de Pastoral de la Salud, por tiempo de tres años, a Sor Feli Pozo Ramos, Hija de la Caridad.
- Con fecha 3 de diciembre de 2013, el Sr. Arzobispo ha nombrado Consiliario de la Delegación de Pastoral de la Salud al Rvdo. D. Ezequiel Rodríguez Miguel.
- Con fecha 19 de diciembre de 2013, el Sr. Arzobispo ha encargado la Capellanía de las Monjas Cistercienses de Villamayor de los Montes y las Parroquias de Villamayor de los Montes, Madrigalejo del Monte, Villahizán y Zael, al Rvdo. D. Bonaventure Nshimirimana.
- Con fecha 19 de diciembre de 2013, el Sr. Arzobispo ha encargado la Capellanía de las Monjas Clarisas de Castrojeriz y las Parroquias de Villasilos, Castrillo Matajudíos, Irero del Castillo y Villaveta, al Rvdo. D. Dismas Habarugira.



II

JUBILACIÓN DENTRO DEL SISTEMA DE LA SEGURIDAD DEL CLERO

Con fecha 6 de enero de 2014, el Sr. Arzobispo ha aceptado la solicitud del Rvdo. D. Ángel Gutiérrez Sebastián para acogerse al sistema de la seguridad social del clero.

* * *

III

JUBILACIÓN POR EDAD

Con fecha 28 de diciembre de 2013, el Sr. Arzobispo ha aceptado la renuncia presentada por razones de edad de Mons. José Luis del Rincón Cibrián.

* * *

IV

APROBACIÓN DE ESTATUTOS

Con fecha de 5 de diciembre de 2013 el Sr. Arzobispo ha aprobado los estatutos de la Cofradía de la Virgen de las Viñas, perteneciente a la Párrroquia de Santa María de Aranda de Duero.

* * *

V

NUEVA GUÍA DIOCESANA

La mayoría de los sacerdotes habréis recibido ya, a través del Arcipreste, la nueva guía diocesana. El importe se os descontará en la nómina de febrero. Los religiosos-as y cuantos deseen adquirirla, pueden hacerlo en la librería de la Casa de la Iglesia.



VI

EN LA PAZ DEL SEÑOR

1) *Rvdo. D. BRUNO GONZÁLEZ GONZÁLEZ*

Sacerdote Diocesano

D. Bruno nació en Vallarta de Bureba el 15 de agosto de 1934. Cursó estudios en los Seminarios Menor y Mayor de Burgos. Fue ordenado sacerdote en Burgos el 20 de septiembre de 1958. Inició su andadura sacerdotal siendo párroco de Yudego y Villandiego. Después fue párroco de Alcocero de Mola, Cueva Cardiel y Villamóndar. En 1972 fue nombrado Capellán de las Clarisas de Briviesca. Sirvió también las parroquias de Valdazo y Reinoso, Bañuelos de Bureba, Carrias y Castil de Carrias, Quintanilla San García, Barrios de Bureba, Cameno. En 2005 se le concedió la jubilación de actividad pastoral. Los últimos años los ha pasado en la Casa sacerdotal y Barrantes. Su salud fue deteriorándose poco a poco pero siempre conservó lo fundamental, la gratitud a los que le atendían, la sonrisa ante cualquier caricia... Falleció el 17 de diciembre de 2013. Las Exequias se celebraron en la Parroquia de Santa Agueda y fueron presididas por el Sr. Arzobispo. Sacerdotes del curso, de la Casa sacerdotal y del presbiterio diocesano quisieron expresarle el afecto con un “hasta pronto”. Querido Bruno, para ti nuestro afecto hecho oración: descansa en paz.



Administración diocesana

I

PRESUPUESTOS PARA EL AÑO 2014

INGRESOS

1. Aportación fieles y sacerdotes	846.687,24
a) Colectas	220.315,73
b) Donativos y ofrendas	35.000,00
c) Suscripciones	37.750,50
e) Cuenta Seminario	125.191,24
f) Aportaciones FCD	303.481,60
g) Aport.Sacerdotes Fondo S.	124.948,17
2. Aportaciones por Asignación Tributaria	5.239.730,52
a) Diócesis	4.595.529,00
b) Arzobispo	17.500,00
c) Facultad de Teología	282.940,44
d) Centro Penitenciario	5.280,00
e) Seguridad Social (patronal)	338.481,08
3. De Patrimonio y otras actividades	610.667,53
a) Rendimientos del Capital	580.650,83
b) Intereses Fundaciones	30.016,70
4. Ingresos diversos	317.087,64
a) Subvenciones	600,00
b) Servicios	70.719,02
c) Convenios de asistencia religiosa	241.268,62
e) Ingresos varios	4.500,00
TOTAL INGRESOS ORDINARIOS	7.014.172,94

5. Ingresos Extraordinarios	3.000,00
a) Venta casas	3.000,00
b) Venta de fincas rústicas	0,00

TOTAL GENERAL	7.017.172,94
----------------------	---------------------

GASTOS

1. Actividades pastorales y asistenciales	244.252,28
a) Delegaciones pastorales	62.038,16
b) Colectas entregadas	45.500,00
c) Actividades Curia	136.714,11
2. Retribución del Clero	4.014.547,36
a) Retribución de los Sacerdotes	3.767.075,60
b) Fondo de sustentación	247.471,76
3. Retribución de otro Personal	93.058,41
a) Salarios	93.058,41
4. Aportación a los Centros de Formación	594.161,18
a) Seminario	227.880,94
b) Facultad de Teología	357.780,24
c) Estudios en Roma	8.500,00
5. Conservación de edificios y g.funcionam.	771.414,48
a) Mantenimiento de edificios	510.000,00
b) Seguro Umas, notaría, registros	261.414,48
6. Otros gastos	142.636,58
a) Impuestos	68.845,95
b) Gastos varios: campañas, publicaciones	73.790,63

TOTAL GASTOS ORDINARIOS	5.860.070,29
--------------------------------	---------------------

7. Gastos Extraordinarios	1.157.102,65
a) Construcciones Templos, Casas, Centros	0,00
b) Grandes reformas	1.157.102,65

TOTAL GENERAL	7.017.172,94
----------------------	---------------------

II

RETRIBUCIÓN DE LOS SACERDOTES PARA EL AÑO 2014

Se establece para el año 2014 un mínimo de 13.510,00 € anuales distribuidos de la siguiente forma:

Sacerdotes en activo

Base	694,00 € mensuales x 14 =	9.716,00 €
Suplemento a la base	271,00 € mensuales x 14 =	3.794,00 €
Total	955,00 € mensuales x 14 =	13.510,00 €

Sacerdotes pensionistas¹

Pensión de la Seg. Social	632,90 € mensuales x 14 =	8.860,60 €
Suplemento Diocesano	332,10 € mensuales x 14 =	4.649,40 €
Total	955,00 € mensuales x 14 =	13.510,00 €

El porcentaje señalado por la Comisión Gestora del Fondo para determinar el cómputo del suplemento o complemento a la nómina base durante el año 2013 es de **1,20 €** habitante/año.

Las dietas por “Servicios” serán a **6,00 €**

Retribución del Servicio Religioso en Centros no dependientes del Presupuesto Diocesano:

a) Con obligación exclusiva de celebración de la Eucaristía diaria:

271,00 € mensuales x 14 mensualidades

b) Además de la Eucaristía diaria, obligación de otra función distinta y en horario separado:

340,00 € mensuales x 14 mensualidades.

Los capellanes tendrán derecho a un mes de vacaciones retribuidas, siendo los propios Centros los que gratifiquen al sustituto.

¹ Si variase la cuantía que se reciba de la SS, variaría en la misma proporción el suplemento diocesano.

TABLA DE APORTACIÓN DE LOS SACERDOTES AL FONDO DE SUSTENTACIÓN DURANTE EL AÑO 2014

La aportación de los sacerdotes al Fondo de sustentación se regirá por las siguientes TABLAS:

Desde 0,01 euros hasta 13.510 euros año	el 2,00 %
Desde 0,01 euros hasta 13.946 euros año	el 2,25 %
Desde 0,01 euros hasta 14.382 euros año	el 2,50 %
Desde 0,01 euros hasta 14.818 euros año	el 2,75 %
Desde 0,01 euros hasta 15.254 euros año	el 3,00 %
Desde 0,01 euros hasta 15.690 euros año	el 3,25 %
Desde 0,01 euros hasta 16.126 euros año	el 3,50 %
Desde 0,01 euros hasta 16.562 euros año	el 3,75 %
Desde 0,01 euros hasta 16.998 euros año	el 4,00 %
Desde 0,01 euros hasta 17.434 euros año	el 4,25 %
Desde 0,01 euros hasta 17.870 euros año	el 4,50 %
Desde 0,01 euros hasta 18.306 euros año	el 4,75 %
Desde 0,01 euros hasta 18.742 euros año	el 5,00 %
Desde 0,01 euros hasta 19.178 euros año	el 5,25 %
Desde 0,01 euros hasta 19.614 euros año	el 5,50 %
Desde 0,01 euros hasta 20.050 euros año	el 5,75 %
Desde 0,01 euros hasta 20.486 euros año	el 6,00 %
Desde 0,01 euros hasta 20.922 euros año	el 6,25 %
Desde 0,01 euros hasta 21.358 euros año	el 6,50 %
Desde 0,01 euros hasta 21.794 euros año	el 6,75 %
Desde 22.230 euros año en adelante	el 7,00 %

TABLAS DE APORTACIÓN DEL FONDO A LOS SACERDOTES

Ingresos externos al año	% a percibir del Fondo
Hasta 7.450 euros al año	100%
Desde 7.450 euros hasta 8.300 euros	80%
Desde 8.300 euros hasta 9.150 euros	72%
Desde 9.150 euros hasta 10.000 euros	64%
Desde 10.000 euros hasta 10.850 euros	56%
Desde 10.850 euros hasta 11.700 euros	48%
Desde 11.700 euros hasta 12.550 euros	40%
Desde 12.550 euros hasta 13.400 euros	32%
Desde 13.400 euros hasta 14.250 euros	24%
Desde 14.250 euros hasta 15.100 euros	16%
Desde 15.100 euros hasta 15.950 euros	8%
Desde 15.950 euros en adelante	50,00 € mensuales

Esta aportación según escala se entiende desde el primer céntimo de euro que se perciba por cualquier concepto, excepto los estipendios de Misas y los gastos derivados de desplazamientos. Se debe restar en todo caso la aportación que ya se ingresa en la administración diocesana en la liquidación de la asignación de la diócesis, teniendo en cuenta que **sólo se deduce el 2 %** de la nómina.

A todos los pensionistas en “activo” con ministerio en parroquias de más de 4.000 habitantes, así como a sacerdotes del Seminario, Cabildo, Facultad y Capellanías se les abonará un complemento suficiente hasta alcanzar la suma total de 955,00 € mensuales. De no ser así que lo comuniquen a la Junta Gestora del Fondo de Sustentación del Clero.



III

BOLETIN OFICIAL DEL ARZOBISPADO

Advertencias

- 1.^a) Es el órgano oficial de la Diócesis, que publica los documentos e intervenciones del Arzobispo, en su función de Magisterio, y los decretos o disposiciones referentes a la acción pastoral, de gobierno y administración, así como los Comunicados de la Santa Sede, Conferencia Episcopal y Legislación Civil, que afectan a la vida de la comunidad eclesial.
- 2.^a) Están obligados a recibirlo la Catedral, las Parroquias con Párroco residente, los Centros eclesiales de formación, los Colegios diocesanos, las Comunidades Religiosas, los Rectores de Iglesias y los Organismos diocesanos.
- 3.^a) Las entidades citadas deberán ponerlo a disposición de los sacerdotes, vicarios parroquiales, capellanes, miembros de las Comunidades, residentes, etc. y, **encuadrados los ejemplares de cada año**, se guardarán en los Archivos correspondientes.
- 4.^a) Se recomienda la suscripción a todos los sacerdotes, aunque no tengan cura de almas, y a las Asociaciones y Movimientos Apostólicos.
- 5.^a) El Boletín está abierto para publicar en sus páginas las informaciones, crónicas, noticias de interés general o particular, relacionadas con las Zonas, Arciprestazgos, Parroquias, Comunidades Religiosas, Asociaciones, etc. para lo cual **se ruega** a los responsables de dichas Entidades el envío de la información pertinente al Director del Boletín.
- 6.^a) El importe de la suscripción de este año es el siguiente:

<i>Instituciones y Parroquias</i>	50 €
<i>Particulares</i>	52 €
- 7.^a) El abono de las suscripciones de las Parroquias se efectuará mediante descuento, en el mes de febrero, de la asignación del Párroco, que podrá reintegrarse de los fondos de Fábrica. El de las Instituciones y Particulares **se efectuará en la 1ª semana de febrero**, mediante transferencia o abono a una de las dos cuentas siguientes, a nombre del ARZOBISPADO DE BURGOS:

Cajacírculo: C/c 2086-7091-59-0700266305

Caja de Burgos: C/c 2018-0000-69-3000054469, indicando el nombre del suscriptor.

Para facilitar el pago y evitar omisiones y olvidos que dificultan la administración, se *puede domiciliar* el pago anual facilitando a la Administración General del Arzobispado el número de cuenta bancario (20 dígitos)

La Dirección-Administración

* * *

Sección Pastoral e información

Consejo de Pastoral

CRÓNICA DE LA SESIÓN ORDINARIA

(Seminario Diocesano, 21-9-2013)

El 21 de septiembre de 2013, en el Seminario San José, se reunió en sesión ordinaria el Consejo pastoral diocesano, presidido por el Sr. Arzobispo. Participaron 56 de los 75 miembros. En esta ocasión había una nueva incorporación al Consejo: Rafael Casado García, delegado diocesano de Catequesis. Después de la oración, preparada por el arciprestazgo de Ubierna-Urbel, D. Francisco saludó a los presentes y tuvo palabras de agradecimiento para quienes en nombre de la diócesis habían trabajado durante el verano preparando el Plan diocesano. Recordó la insistencia del papa Francisco en salir y llegar a quienes necesitan la esperanza en Cristo, y pidió finalmente que las aportaciones que se hicieran durante la sesión al borrador de Plan pastoral tuvieran un tono positivo, aun siendo críticas si fuera preciso.

Fue aprobada el acta de la reunión anterior (15 de junio) tras incorporar algunas pequeñas correcciones recibidas. A continuación el Vicario pastoral presentó la jornada y recordó brevemente el proceso seguido desde la anterior reunión: se reunió la Permanente y propuso una serie de personas, de entre las cuales se eligió un equipo de ocho encargados de la redacción del Plan pastoral diocesano. Este equipo se ha reunido varias veces a lo largo del verano, ha pedido y recibido propuestas en primer lugar de las delegaciones y organismos y luego de los miembros del Consejo, y finalmente presenta al Consejo un borrador de Plan.

1. Presentación del borrador de Plan pastoral diocesano 2013-2016

José Manuel Madruga, miembro del equipo redactor del Plan, fue presentando el sentido y las diversas partes en que se estructura: el título, la introducción (no partimos de cero), la primera parte (análisis de la realidad desde la mirada de Dios sobre el mundo, más una clarificación de qué es la evangelización), el objetivo general (impulsar la nueva evangelización), las ocho líneas pastorales y sus correspondientes acciones (en dos grandes procesos: de la vida a la fe y de la fe a la vida), y un último apartado sobre el acompañamiento y la formación como claves para retroalimentar la acción pastoral.

Completó la presentación el Vicario pastoral, Máximo Barbero, que se centró en las diversas acciones propuestas en el borrador de Plan. Antes señaló que el esfuerzo principal ha de ser llegar a quienes no han oído el anuncio cristiano, o peor, lo han oído y no lo siguen.

Terminada la presentación, se abrió un diálogo en la asamblea, con numerosas intervenciones sobre la insistencia en la educación en el amor antes de los cursillos prematrimoniales, la convivencia posterior que puede acompañar a las eucaristías del domingo, la petición de incorporar en el Plan el V Centenario de Santa Teresa de Jesús (2015), la necesidad de orientaciones para las personas que acompañan a los padres de catequesis y una cierta organización diocesana, la incorporación expresa de la Doctrina Social de la Iglesia en la formación de adultos, la petición de introducir un proceso de reflexión al interior de la Iglesia para ver cómo mejorar su imagen y su presencia evangelizadora, la especificidad de las diversas acciones de Cáritas, la necesidad de precisar cómo se va a evaluar el Plan, el planteamiento en torno al Atrio de los Gentiles, la concreción de cómo las parroquias han de plasmar este Plan en sus respectivas programaciones, la falta de una reflexión sobre la Acción Católica General, la inclusión de la ideología de género en el análisis inicial...

Alguien planteó también que si realmente se quiere que sea un proyecto común, ha habido poco tiempo para aportar a la redacción del Plan. El secretario del Consejo recordó entonces el proceso seguido y las oportunidades que instituciones, delegaciones y miembros del Consejo han tenido para aportar. También el Arzobispo intervino para decir que es mejor no retrasar más la aprobación del Plan. El Vicario general dijo que el Consejo iba a votar la globalidad del Plan, pero que después habría que incorporar al texto algunas de las sugerencias y aportaciones hechas en la sesión.

Concluido el tiempo y el diálogo, se pasó a realizar la votación del borrador de Plan, por escrito, con la siguiente pregunta: “En conjunto, ¿cree usted que responde a lo pedido por el Consejo en su sesión de junio y a las

necesidades y posibilidades pastorales de la diócesis en este momento?” El resultado de la votación fue: 46 sí, 2 no, 2 en blanco. Se dio paso así al descanso.

2. Diálogo en grupos sobre los diversos objetivos y puesta en común

Tras la pausa para el café, se pasó a trabajar en grupos, uno por línea del Plan pastoral, libremente elegidos por cada miembro del Consejo. Se pedían a cada grupo dos cosas: compartir algunas experiencias que puedan ser significativas, y dar pistas de cómo desarrollar las acciones ahí propuestas, además de cómo presentar el Plan. Salieron grupos para todas las líneas excepto la última, la octava.

Terminado el trabajo en grupos se volvió al pleno para la puesta en común. De entre todas las aportaciones que se recogieron, destacan algunas sugerencias:

– 1ª línea: Anunciar la Buena Noticia en tiempo de crisis

Comunicar todos los gestos a la Delegación de Medios de Comunicación, para que se publiquen en los medios diocesanos. Aprovechar la celebración del Corpus para explicar los proyectos por los que Cáritas quiere apostar: Mundo rural, Empresa de inserción, Plan de apoyo a la vivienda. Acercar la formación de Cáritas a otros centros o localidades de la provincia, sobre todo Aranda y Miranda. Y a la hora de presentar y poner en marcha este Plan Diocesano, además del formato papel, elaborar algún elemento audiovisual para hacer llegar esta planificación a todos, hacer presentaciones no solo para sacerdotes sino para todos, pedir un compromiso de incorporación de la parte correspondiente de este plan a las planificaciones parroquiales, arciprestales, de delegaciones y movimientos, y poner en valor no solo las acciones sino también las introducciones de las líneas que pueden dar pistas para trabajar.

– 2ª línea: Prepararnos y dar pasos para el primer anuncio

El testimonio de vida, el ejemplo con el tú a tú. La familia es fundamental en el primer anuncio. Cuidar la acogida a los padres que se acercan a pedir el Bautismo. Además del testimonio individual, el testimonio público de la Iglesia: concentraciones, comunicados... Y para difundir este Plan, por un lado presentarlo a las delegaciones, movimientos, parroquias, y por otro, popularizarlo (esquemas, marcapáginas, powerpoint, dos o tres escritos a través de la hoja *Sembrar*, la radio y la página web...).

- *3ª línea: Crear sensibilidad y ámbitos propicios para un encuentro y diálogo con la sociedad y la cultura*

Creación de un grupo de formadores para utilización de las redes sociales y medios de comunicación. Posibilitar un espacio no estrictamente religioso sino de intercambio personal y experiencias de vida, destinado a personas creyentes, más allá de las misas. Impulsar un cambio de concepción de las parroquias con proyección evangelizadora hacia el exterior; salir a las calles. Aprovechar la exposición *Las Edades del Hombre* en Aranda para la evangelización, con materiales didácticos, visitas guiadas y promoción desde las parroquias. Que se aproveche la catedral como elemento evangelizador. Una agenda diocesana semanal en la nueva página web.

- *4ª línea: Completar los itinerarios de iniciación cristiana*

Insistir en la unidad de criterios diocesanos y en los arceprestazgos. Aclarar bien cuántos años son necesarios para la Confirmación en el proceso continuo. Diferenciar bien en la iniciación cristiana lo rural y lo urbano. Dar a conocer los criterios sobre el Bautismo no solo a través del Boletín, sino con carteles, trípticos...Reforzar el equipo del itinerario 6 A. Pensar cómo mejorar la inserción en la parroquia de los que se confirman de adultos.

- *5ª línea: Cuidar la pastoral de adolescentes y jóvenes*

Crear puentes entre parroquias y centros educativos. Evitar el descuelgue en 1º de ESO. Generar experiencia en los adolescentes. Lugares para estudiar en las parroquias. Algo de oración y espiritualidad en torno a Santa Teresa.

- *6ª línea: Caminar hacia unas parroquias evangelizadoras*

Dada la movilidad entre el ámbito urbano y rural, plantear un refuerzo pastoral en las comunidades rurales en verano. Que las cosas no dependan de cada sacerdote; necesidad de que haya proyectos de diócesis que no vayan ligados a la actuación concreta de un cura determinado. Facilitar plataformas o lugares de encuentro que refuercen a aquellas personas que trabajan más en soledad en el mundo rural. Reestructurar el culto en las parroquias urbanas, dada la descoordinación y el amontonamiento de misas en algunas ocasiones. Acercamiento y acogida, conocer a quienes se acercan por primera vez, crear vínculos para la participación en las celebraciones. ¿Misa de niños o misa familiar? Celebraciones sosegadas, ayudar a interiorizar, favorecer el encuentro personal. Dar su puesto al pá-

rroco, que deje de ser un “multiusos”. Que en la página web de la diócesis aparezcan las normas diocesanas y los horarios actualizados de misas.

– *7ª línea: Potenciar los elementos evangelizadores de la religiosidad popular*

Van 14 encuentros diocesanos de cofradías, con resultados positivos: los curas se integran, participan unas 400 personas... Desde la Delegación de Liturgia están a disposición de las parroquias y ofrecen material actualizado de novenas, vía crucis... Los santuarios tienen fuerza, aunque también hay elementos negativos o de superstición; hay que conciliar los aspectos oracional, litúrgico, penitencial y solidario. Por el Camino de Santiago pasan muchas personas con motivaciones diversas; es importante que en los albergues cristianos se sientan acogidos, escuchados y queridos. En las fiestas patronales y entierros participan muchas personas, que en general son receptivas: cuidar esos encuentros, que sean originales y no caer en la rutina. En los entierros se valora positivamente el acompañamiento, la solidaridad. Respecto a los inmigrantes, se reúnen para celebrar las fiestas de su país; también se les ve con curiosidad ante nuestras celebraciones, pero hay que ayudarles a integrarse.

Para terminar este punto, el Vicario pastoral planteó quién, cómo y cuándo hacer la redacción última del Plan, recogiendo las aportaciones de esta reunión. El Sr. Arzobispo propuso que fuera el mismo equipo redactor del borrador, y que luego lo pasara a la Permanente para una última revisión. Asimismo el Vicario pastoral recordó que hay que ir proponiendo temas importantes del Plan para que sean tratados en las reuniones de estos tres cursos.

3. Informaciones. Ruegos y preguntas

- Jornada pastoral diocesana y Fiesta de la fe: el Vicario pastoral explicó por qué se habían unido las dos en un mismo día e invitó a animar a la participación. Los talleres previstos van en la línea del Plan aprobado. En la fiesta de la tarde habrá cinco testimonios, y la misa la preparará la Delegación de Apostolado Seglar.
- Clausura del Año de la fe: Carlos Izquierdo Yusta recordó que el 20 de octubre en la catedral a las 6 de la tarde tendrá lugar la misa de acción de gracias por la beatificación de los mártires del siglo XX, un buen número de ellos burgaleses. Y que el sábado 23 de noviembre se celebrará la clausura diocesana del Año de la fe a las 5 de la tarde en la iglesia del Carmen.

- Encuentro diocesano de catequistas: Rafael Casado informó que esa misma mañana del 23 en el Seminario tendrá lugar el Encuentro de catequistas.
- Recogida de firmas en favor de la vida: M^a Antonia Díez recordó que el 1 de noviembre concluye la recogida de firmas para la iniciativa legislativa europea, y que en los próximos días se puede relanzar la campaña en las parroquias.
- Peregrinación arciprestal de Amaya: Enrique Alonso pasó un comunicado informando que el 28 de septiembre tendrá lugar en la catedral la peregrinación arciprestal del Año de la fe.
- Agenda diocesana: Máximo Barbero informó que ya existe una agenda diocesana semanal en la actual página web, pero que es necesario enviar los datos de actividades para que puedan figurar.

Concluyó la reunión D. Francisco con unas palabras de agradecimiento por la participación, en especial de los que habían permanecido hasta el final de la sesión. Se terminó a las 14'45 rezando el Ángelus y una oración por el eterno descanso de la hija de Paz Molinero, miembro del Consejo.

José Luis Lastra Palacios
Secretario del Consejo



Delegación de Caritas Diocesana

CARTA A LOS SACERDOTES

Querido compañero:

Inmersos en la celebración de los 50 Años de la Constitución Jurídica de Cáritas Diocesana, me gustaría agradecerte los desvelos y trabajos en favor de los últimos, los más necesitados, que estáis haciendo desde las comunidades parroquiales. Sois esas “ALMAS DE CONSTRUCCIÓN MASIVA” que hemos querido reflejar en nuestro lema del aniversario.

A la vez, te presento los materiales que marcan este curso nuestra campaña institucional. Seguimos con el mismo lema: “VIVE SENCILLAMENTE PARA QUE OTROS, SENCILLAMENTE, PUEDAN VIVIR”.

La tarea de sensibilizar a la comunidad cristiana es una labor gota a gota. No nos podemos permitir el desaliento, pues sólo desde la comunicación enraizada en nuestra acción caritativa, conseguiremos implicar a toda la comunidad y lograremos transmitir los ideales evangélicos, en especial el de la esperanza, que centra el tema de la campaña que te adjuntamos. En este primer momento, planteamos el Adviento y la Navidad como TIEMPO DE ESPERANZA, y más adelante, en el Corpus, propondremos CONSTRUIR ESPACIOS DE ESPERANZA.

Estamos cansados de recibir mensajes de crisis y de malestar, y es posible que estos discursos mediáticos calen en nuestro ánimo, imposibilitando la esperanza necesaria para cambiar la realidad de las personas y de las estructuras injustas. Nosotros volvemos la mirada al Señor y recordamos que sus seguidores tenemos el reto de dar razón de nuestra esperanza. (cfr. 1 Pe 3,15). ¿Cómo podemos dar hoy razón de la esperanza ante las dificultades tan sangrantes que están pasando muchos hermanos en exclusión? Apostando por la acción socio-caritativa que acompaña, cura, alivia, apo-

ya y confía en que las personas pueden salir adelante. Porque la esperanza cristiana no es espera pasiva del futuro, ni resignación conformista, ni tampoco se reduce a un ingenuo optimismo. La esperanza mira más lejos que la espera, amplía el espacio de la responsabilidad, dilata el horizonte y nos invita a mirar hacia adelante (cfr. Lumen Fidei, 57). Tenemos que animar a nuestras comunidades a que sean como “hospitales de campaña tras una batalla”, siguiendo la imagen del Papa Francisco.

Junto a la acción, y porque estamos ahí, junto a los que sufren, podemos alentar cambios que favorezcan mejores condiciones de vida para aquellos que están en el límite de la exclusión. Porque nuestra esperanza no es individualista, no nos encierra en nosotros mismos, sino comunitaria. La salvación es una realidad comunitaria (Cfr. Spe salvi 14), porque el amor que experimentamos y que nos hace estar profundamente unidos a Jesús de Nazareth, nos compromete a favor de los demás, nos hace sentirnos responsables del otro, nuestro prójimo y hermano. Su suerte es nuestra suerte (Cfr. Spe salvi 28).

Os animo a vosotros y a toda la Cáritas Diocesana para que seamos soporte de esperanza para muchas personas vulnerables, y recibamos la fuerza de su lucha, para seguir nosotros también alentando nuestro trabajo y así poder presentarlo en la mesa del Altar donde celebramos la Eucaristía con la comunidad.

Un saludo.

Oscar Moriana López de Silanes



Pregón de Navidad



PREGÓN DE LA NAVIDAD DEL AÑO 2013

LUZ Y PASTORES

Antes de nada, gracias por ofrecerme la oportunidad de anunciar públicamente que las fechas en que recordamos la venida del Hijo de Dios al mundo, un año más han llegado; y por poder hacerlo en una tribuna del prestigio y la tradición de la que ahora me honro en ocupar.

Desde que en 1969 la Asociación Belenista burgalesa dio comienzo a esta iniciativa, muchos y brillantes han sido los encargados de llevarla a cabo: obispos, arzobispos, catedráticos, rectores de universidad, periodistas de fama nacional, religiosos, investigadores; he de decir sin falsa humildad que todos y cada uno de ellos me supera en ciencia y conoci-

miento, para del mismo modo afirmar, a renglón seguido, que aunque me igualen, no creo que ninguno de ellos mejore mi amor por estas fechas de la Navidad.

Por fortuna hoy, más de cincuenta años después, sigo siendo el niño al que cuando llegaban los primeros días de diciembre se le aceleraba el corazón de alegría y de esperanza; el que insistía a su padre para que sobre dos grandes mesas situadas al efecto en una de las salas de su casa, instalase una plataforma todavía mayor, para empezar a montar el Nacimiento; el que año tras año el día de Santa Lucía, acompañado por su abuelo, acudía a la plaza episcopal de la ciudad en la que entonces vivía, para comprar en la feria recién inaugurada pastores, ovejas, lavanderas, ángeles y campesinos, que transportaba gozoso y se apresuraba a colocar sobre los campos de musgo y los caminos de serrín; el niño que la noche de Reyes se dormía rápido y se despertaba todavía más presuroso, con la absoluta certeza de que los magos no le iban a defraudar.

Con la misma expectación que millones de niños a lo largo de la historia esperaban algún presente navideño, generaciones de judíos de todas clases y condiciones habían confiado en la llegada de un Mesías que les salvase y les redimiese de la opresión en que vivían. Hace dos mil años llevaban ya siglos en esa *“ansiosa espera”* de la que habla el evangelista San Lucas, estaban preparados para esa gloriosa venida, que imaginaban envuelta en pompa y majestad; pero las cosas no iban a desarrollarse como imaginaban.

Podemos suponer que María y José sencillos aldeanos del pequeño y escasamente relevante Nazaret, participaban en plenitud de estas ideas de sus antepasados y de sus coetáneos, de ahí la magnitud de la sorpresa que se les avecinaba.

El mensajero Gabriel encontraría a una niña de 13 o 14 años, que era la edad en la que se desposaban las mujeres galileas de la época, realizando las tareas domésticas cotidianas, que no se turbó por su presencia, sino por sus palabras: *“Has hallado gracia delante de Dios. Mira, vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David, reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin”* (Lc 1, 30-33).

Probablemente la humilde María no comprendió en su plenitud lo que el ángel le decía, pero lo aceptó sin reservas, y antes de contestarle: *“He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”*, se acordaría de las palabras del profeta Isaías que sin duda tantas veces habría escuchado en la sinagoga: *“El pueblo que caminaba entre tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló”* (Isaías, 9, 1).

La figura de José queda un tanto desdibujada en los Evangelios, en el tiempo del gran Misterio que se avecinaba sería todavía un hombre joven, aunque no tanto como María, en torno a los 25 años; un trabajador de Nazaret que realizaba arreglos con la madera, probablemente no tantos como desearía, en un pueblo con escasas 50 familias, y cualquier otra tarea que pudiera proporcionar un honesto sustento a su familia. Sin duda en una localidad tan pequeña María y José se conocerían de antiguo, aunque siguiendo la costumbre serían sus padres los que concertarían su boda. En la Palestina de la época el enlace se acostumbraba a celebrar en dos tiempos: el compromiso y el matrimonio propiamente dicho, sería en los doce meses que solían transcurrir entre uno y otro cuando José se daría cuenta de la gestación de María.

Mateo nos dice que José era *“justo”* (Mt 1, 19), es decir un estricto cumplidor de la ley, por lo que se le plantearía un desgarrador dilema, si denunciaba a María la condenaba a la lapidación, si callaba manchaba con la ilegitimidad a la casa de David, ¿qué hacer? cualquier solución era mala. Por segunda vez un mensajero del Señor acudió para explicar el hecho y tranquilizar a José.

Las semanas siguientes serían apacibles, el embarazo de María iría progresando con normalidad, en la serenidad del quehacer diario, cuando de nuevo un hecho externo vino a complicar las cosas. El emperador de Roma decidió efectuar un censo de todos los habitantes de sus dominios, aunque la costumbre romana era realizarlo en donde se residía, el evangelista nos dice que en esta ocasión se ordenó hacerlo en el lugar de origen familiar, al estilo judío.

María casi estaba fuera de cuentas, pero el mandato era taxativo, y José determinó ponerse en camino hacia Belén. Es verosímil que dado el estado de María y los 150 km. de distancia se ayudasen de un borriquillo, tardarían no menos de cuatro días en llegar a Jerusalén, luego siguiendo hacia el sur Belén ya estaba cerca, a tan sólo 8 km. Era invierno, anochecía pronto, para cualquier cristiano Belén es una meta y un símbolo, pero no debemos imaginarnos que el Belén de hace dos mil años era como el que probablemente muchos de nosotros conocemos, sería un pueblo algo más grande que Nazaret, de unas 200 casas rodeadas de higueras y de olivos, con una sinagoga y una posada.

“No había sitio” nos dice Lucas. Hay que entender a los albergues orientales como lo que aun son hoy, patios cuadrados más o menos amplios, con un pozo, y arcadas bajo las que se refugian los viajeros, junto con mercancías y animales; podemos imaginar que allí se asomó José y se dio cuenta enseguida que ese no era el sitio para acoger a María y a su futuro hijo, no porque no hubiera un espacio material, porque como muy bien reflexiona

Martín Descalzo: *“Amontonándose con los demás, siempre cabe uno nuevo. Lo que no había era sitio adecuado para una mujer que estaba a punto de dar a luz. A José no le molestaba la pobreza, ni tan siquiera el hedor, pero si aquella horrible promiscuidad. Su pudor se negaba a meter a María en aquel lugar donde todo se hacía al aire libre, sin reserva alguna”*.

Quedaban pocas alternativas, en Belén no tenían parientes, José se vería en la necesidad de acogerse al abrigo de alguna de las muchas grutas abandonadas que se usaban para guarecer al ganado de la lluvia y del sol; y *“estando allí, se cumplieron los días de su parto”* (Lc 2,5), esta frase de Lucas parece indicarnos que no ocurrió de inmediato, sino algunos días después de llegar a Belén, los suficientes para que José tuviese la oportunidad de arreglar un poco la cueva, para hacerla ya que no confortable, al menos un poco habitable.

Los partos eran siempre un acontecimiento gozoso en los pueblos palestinos, las mujeres acudían a la casa de la futura madre, ponían amuletos en la cama y en las puertas para ahuyentar a los demonios, y recitaban oraciones. Nada de todo esto, a lo que estaban acostumbrados María y José, iba a suceder, la ley prohibía rigurosamente que el padre estuviera en el cuarto de la parturienta cuando fuese a dar a luz; hemos de imaginar a José fuera de la cueva, calentándose junto a un fuego y paseando nervioso, como cualquier padre en este trance, hasta que oiría un llanto fuerte y comprendería que el Hijo de Dios, el Salvador del mundo ya había llegado.

Entraría y vería a un niño, como todos los recién nacidos, pequeñito, arrugado, con la cara un poco hinchada y enrojecida, envuelto en pañales y acostado en un pesebre, y a María fresca y serena, pues como afirmó San Jerónimo: *“Jesús se desprendió de ella como el fruto maduro se separa de la rama que le ha comunicado su sabia, sin esfuerzo, sin angustia, sin agotamiento”*. Como cualquier otro bebé era un ser totalmente desvalido, que necesitaba de manera absoluta a su padre y a su madre para sobrevivir, que tenía frío, que ensuciaba los pañales, al que le gustaba que le abrazaran y le hicieran carantoñas, que lloraba cuando tenía hambre; porque como dijo San León Magno *“no por ser el nacimiento maravilloso, fue en su naturaleza distinto de nosotros”*, salvo naturalmente en el pecado; y así lo reconoció el concilio de Lyon recordando que Cristo es *“Dios verdadero y hombre verdadero, propio y perfecto en una y otra naturaleza, no adoptivo, ni fantástico”*.

De esta realidad profundamente humana se hicieron también eco en bellísimos versos muchos de nuestros poetas a lo largo de la historia, así Juan de Timoneda canta en pleno siglo XVI: *“Dadle la teta, Virgen gloriosa, / porque no lllore, / y en vuestro pecho, como amorosa, / Él se enamore. / Mamad, Niño. No lloréis vos, / ánima mía, / pues en nacer hoy entre nos / dais alegría”*.

Años más tarde Lope de Vega rememora que el Nacimiento se produjo en diciembre: *“Mañanicas floridas / del frío invierno / recordad a mi Niño / que duerme al hielo. / Mañanicas dichasas / del frío diciembre, / aunque el cielo os siembre / de flores y rosas, / pues sois rigurosas / y Dios es tierno, / recordad a mi Niño / que duerme al hielo”*.

Ya a finales del siglo XIX Eduardo Marquina centra su *Canción de Navidad* en las dificultades que tenía María para que el Niño se durmiese: *“La virgen María / penaba y sufría / Jesús no quería / dejarse acostar / ¿No quieres? / No quiero / Cantaba un jilguero, / sabía a romero / y a luna el cantar. / La Virgen María / probó si podría / del son que venía / la gracia copiar. / La Virgen María / cantaba y reía, / Jesús se dormía / de oírla cantar. / Tan bien se ha dormido / que el día ha venido, / inútil ha sido / gritarle y llamar”*.

Los pastores eran uno de los grupos profesionales de peor reputación en la sociedad palestina de la época, su falta de aseo, su vida solitaria, siempre en compañía de los animales que cuidaban, les había ido desprestigiando, hasta el punto que los fariseos aconsejaban que no se les comprase leche, ni lana, por el temor de que fuese robada; tampoco los tribunales solían aceptar su testimonio como válido en los juicios. Pues es precisamente a ellos a los que Cristo escoge como testigos primeros y privilegiados de su nacimiento, y ellos no dudan de lo que el ángel les dice, confían en su mensaje, acuden rápidos a adorar al Niño, y a su regreso lo cuentan maravillados a cuantos quieren oírles.

Por eso en la tradición cristiana de la Navidad los pastores han sido vistos con ternura y tenido siempre un papel importante, que los poetas han sabido resaltar. Juan de la Encina compuso a finales del siglo XV estas enternecedoras estrofas: *“Anda acá, Minguillo, / deja tu ganado, / toma el caramillo, / zurrón y cayado. / Vamos sin temor / a ver al Redentor. No nos acerquemos / sin llevar presente; / mas, ¿qué llevaremos? / Dilo tú Llorente. / ¿Qué será lo mejor / para el Redentor? Yo quiero llevarle / leche y mantequillas / y para abrigarle / algunas mantillas / para ir con amor / a ver al Redentor. Con aquel cabrito / de la cabra mocha / le daré un quesito / y una miga cocha / que tendrá sabor, / sabor al Redentor. No piense que vamos / su madre graciosa / sin que le ofrezcamos / más alguna cosa, / que es de gran valor. / Madre del redentor”*.

Del mismo modo que los poetas, el pueblo llano en sus canciones, romances y villancicos, supo, desde el principio, glosar el papel trascendente de los pastores en aquellas primeras horas de la llegada al mundo de Jesús Niño. Burgos, provincia especialmente rica en cantos populares, posee desde las Merindades a la Ribera, desde la Sierra a las tierras de Villadiego y Castrojeriz, bellísimos ejemplos de esta simpatía popular por los pastores.

Como muestra de todos ellos, estos entrañables versos que se entonaban en el pueblo ribereño de Campillo de Aranda: *“Como al punto que has nacido / de pastor señas nos das, / los pastores los primeros / ya te vienen a obsequiar; / no deseches las ofertas / que vienen a tributar. Yo te ofrezco, vida mía, / un hermoso recental, / los candores del armiño / su blancura envidiarán; el misterio de la oferta / no lo puedes tu dudar. Pastorcito de los cielos, / yo te vengo a regalar / con una blanca paloma, / que es regalo singular; / allá, Niño, en los cantares / el misterio le hallarás. Una rosca yo te ofrezco, / pero te la doy con tal, / que me libres, Niño mío, / de tanto pelafustán / que hacen la rosca del galgo / por querernos enroscar. Yo te ofrezco unas manzanas / muy dulces al paladar, / porque quites la esperanza / de la manzana de Adán; / no receles al tomarlas, / porque no te amargarán. Pastorcito, Niño hermoso, / no dudo perdonarás / de los simples pastorcillos / su mucha sinceridad; / el ganado, ay, nos llama, / adiós, Niño, queda en paz”*.

Y entre cada una de las estrofas el coro repetía: *“¡Ay qué lindo, ay qué bello, / ay qué hermoso, ay, ay, ay!, / que el amor a tus ovejas / del cielo te hizo bajar”*.

Junto con los pastores los magos son otros de los grandes protagonistas de estas jornadas de la Navidad. No sabemos con exactitud, ni cuántos eran, ni de dónde venían, ni cómo se llamaban, Mateo sólo nos dice que *“en los días del rey Herodes llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos”* (Mt 2, 1); pero intuimos que sus almas estaban llenas de esperanza, y fue esta espera las que les puso en camino siguiendo la estrella. San Juan Crisóstomo lo dice con audaz perfección: *“No se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino”*.

Y cuando al fin llegaron a Belén no encontraron al Niño en un palacio majestuoso, arropado en sedas y damascos, sino una cueva pobre, unos padres humildes, un recién nacido indefenso y balbuciente. Luis Cernuda ha descrito perfectamente el desconcierto que muy probablemente sintieron: *“Esperamos un Dios, una presencia / radiante e imperiosa, cuya vista es la gracia / y cuya privación idéntica a la noche / del amante celoso sin la amada. / Hallamos una vida como la nuestra, humana, / gritando lastimosa, cuyos ojos miraban / dolientes, bajo el peso del alma / sometida al destino de las almas, / cosecha que la muerte a de segar”*.

Pero la sonrisa del Niño venció todas sus reservas, cayeron de rodillas y le adoraron.

Estoy seguro de que a todos los que estamos aquí nos hubiera gustado tener la maravillosa oportunidad de ser uno de los pastores o de los ma-

gos que hace más de 2000 años acudieron a Belén en una noche fría de diciembre para postrarse ante el Niño Dios que acababa de nacer, y poder besarle y abrazarle; quizá no nos damos cuenta con la suficiente intensidad que todos aquellos que llegan de fuera atribulados, sufrientes y agotados, y otros que están junto a nosotros sin que apenas les demos importancia, más que nunca en esta época de dificultades por las que atravesamos, deben poder reconocernos como a verdaderos pastores y a verdaderos magos, que con nuestros presentes, nuestra compañía, nuestra amistad, nuestra simpatía, nuestra ayuda en definitiva, puedan mejorar, o al menos aliviar su situación de penuria, soledad y tristeza; cada uno de nosotros podemos y debemos intentarlo.

Los judíos que tanto tiempo llevaban esperando la venida del Mesías, no supieron reconocerlo cuando vino, porque esperaban el poder y vino la pobreza, esperaban al Dios de los ejércitos y llegó un chiquillo, esperaban la cólera destructora de los enemigos y vino la gran misericordia; este es el riesgo que todos podemos correr, el de no reconocer al Niño que llega cada año por estas fechas, tratemos de evitarlo con todas nuestras fuerzas.

El reconocido teólogo alemán Helmut Golwilzer, en uno de sus sermones afirmó que la Navidad es *“una fiesta que nos dice a voces que hemos sido objeto de un regalo maravilloso, que vamos al encuentro de un gran aguinaldo, que debemos alegrarnos por ello y mostrar nuestra alegría a todos y ayudarles en la misma alegría, que debemos convertirnos de hombres que han sido objeto de un regalo, en hombres que regalan”*. El cristiano debería ser por ello el hombre que obsequia, que se abre hacia los demás en un permanente regalo de su vida y de su amor, y nunca más, ni mejor que estas fechas de la Navidad.

No me sustraigo a finalizar este pregón con una hermosísima estrofa de Luis de Góngora: *“Caído se le ha un clavel / hoy a la Aurora del seno; / ¡qué glorioso que está el heno / porque ha caído sobre él!”*. Muchas gracias.

José Manuel López Gómez



Noticias de interés

NOTICIAS DIOCESANAS

- El día 11 de diciembre, y con gran interés por parte del público, se presentó en el Aula Magna de la Facultad de Teología la Exhortación Apostólica del Papa Francisco “EVANGELII GAUDIUM”. Intervinieron en el acto el Sr. Arzobispo, D. Roberto Calvo, D. Fernando García Cadiñanos y D. Martín Ángel Rodríguez Miguel.
- El día 24 de diciembre de 2013, como ya viene siendo habitual, en la Capilla de la Facultad de Teología, se celebró la felicitación navideña. Por parte de la diócesis fue el Vicario de pastoral el encargado de manifestar al Sr. Arzobispo los mejores deseos para estas fiestas. A renglón seguido fue el Sr. Arzobispo quien, dirigiéndose a los presentes, felicitó la navidad a todos los diocesanos.
- El día 28, a mediodía, el Sr. Arzobispo recibió en el salón de actos de la Casa de la Iglesia al Obispillo y su séquito. Discursos, felicitaciones, buenos deseos de uno para con otro y de los dos para todos. Es un acto sencillo pero lleno de cercanía y de alegría para el numeroso grupo de personas que lo presenciaron.



Comunicados eclesiales

Conferencia Episcopal Española

I

ESPOSO Y ESPOSA, PADRE Y MADRE POR LA GRACIA DE DIOS

Nota de los obispos para la Jornada de la Sagrada Familia

Con el lema “*Esposo y esposa, padre y madre por la gracia de Dios*”, los obispos de la Subcomisión Episcopal de la Familia y Defensa de la Vida queremos llamar la atención de todos los fieles cristianos ante la situación preocupante del momento que vivimos en nuestra sociedad.

Asistimos perplejos a un cambio sustancial en nuestra legislación que afecta gravemente a la familia. Este cambio viene promovido por la irrupción de la llamada “ideología de género”, que toma carta de ciudadanía en nuestro ordenamiento jurídico. Esta forma de pensar utiliza un lenguaje propio con términos de gran contenido ideológico que llevan a una verdadera deformación lingüística con la consiguiente disolución de significados –parece perderse el sentido o significado original y auténtico de los términos–; tal es el caso de la utilización del término “progenitor” en lugar de los de “padre madre”. Esta ideología pretende impregnar todo el ámbito social, especialmente el educativo, para llevar a la sociedad a una situación de permisivismo radical; en último término a una *cultura que no genera la vida* y que vive la tendencia cada vez más acentuada de convertirse en una *cultura de muerte*¹.

¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar*, (26.1v. 2012), n. 57.

«La legislación actualmente vigente en España ha ido aún más allá. La Ley de 1 de julio de 2005, que modifica el Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio, ha redefinido la figura jurídica del matrimonio. Este ha dejado de ser la institución del consorcio de vida en común entre un hombre y una mujer en orden a su mutuo perfeccionamiento y a la procreación y se ha convertido en la institución de la convivencia afectiva entre dos personas, con la posibilidad de ser disuelta unilateralmente por alguna de ellas, solo con que hayan transcurrido tres meses desde la formalización del contrato de “matrimonio” que dio inicio a la convivencia. El matrimonio queda así transformado legalmente en la unión de dos ciudadanos cualesquiera para los que ahora se reserva en exclusiva el nombre de “cónyuges” o “consortes”. De esa manera se establece una «insólita definición legal del matrimonio con exclusión de toda referencia a la diferencia entre el varón y la mujer. Es muy significativa al respecto la terminología del texto legal. Desaparecen los términos “marido” y “mujer” “esposo” y “esposa”, “padre” y “madre”. De este modo, los españoles han perdido el derecho de ser reconocidos expresamente por la ley como “esposo” o “esposa” y han de inscribirse en el Registro Civil como “cónyuge A” o “cónyuge B”»².

Esto nos obliga a considerar las consecuencias de esta situación para nuestra sociedad y nuestra responsabilidad, ya no solo como creyentes, sino también como ciudadanos, pues *asistimos a la destrucción del matrimonio por vía legal*³. Dado que los términos suprimidos en las leyes promulgadas hacen referencia a los papeles del hombre y la mujer en el matrimonio y la familia, no pueden ser superados ni sustituidos dichos papeles sin afectar esencialmente a estas instituciones, incluso al nivel meramente natural, así como al bien común de la sociedad.

Desde el punto de vista de la fe es importante reflexionar sobre el lema de esta Jornada, *“Esposo y esposa, padre y madre por la gracia de Dios”*, reconociendo el profundo significado que tienen en la Sagrada Escritura los términos de “esposo” y “esposa” a modo de parangón, a las relaciones que mantiene Dios con su Pueblo, con su Iglesia. De igual modo los términos relativos a la paternidad, “padre” y “madre”, evocan, en un paralelismo intrínseco –propio de su ser–, a las relaciones que Dios mantiene con los hombres desde el principio. Sin esta referencia al significado profundo que estos términos tienen quizás no se acierte a reconocer el enorme calado del efecto que en la cultura y en la sociedad puede derivarse de la aplicación de estos cambios.

El término “esposos” que originalmente no significaba “casados”, sino “prometidos”, deriva del latín *sponsus*, del verbo *spondere*, que significa “prometer”.

² *Ibid.*, n. 109.

³ *Ibid.*, n. 111.

Sponsus y sponsa (esposo y esposa) eran quienes habían realizado la *sponsalia*, es decir, la ceremonia de esponsales. Se trataba de un ritual mediante el cual el novio pedía la mano de su amada, y estos, en ese momento, tenían permiso para comenzar a verse. En este sentido es muy sugerente y orientativa del contenido amoroso de los términos “esposos” la lectura del Cantar de los Cantares.

La palabra cónyuge viene del latín *coniux-coniugis*, que designa a cualquiera de los dos miembros de un matrimonio en su relación jurídica para con el otro. La utilización del término “cónyuge” para ambos miembros del “matrimonio”, además de llevar a utilizar el mismo término para ambos, induciendo a entender que son indiferentes los sexos de cada uno, se utiliza como un vocablo que se refiere fundamentalmente a la unión y a la relación jurídica entre ambos.

Análoga consecuencia se deriva de la utilización del término “progenitor” en lugar de los de “padre” y “madre”, teniendo el término “progenitor” un contenido esencialmente biológico. Los ideólogos de género saben que la familia con padre y madre infunde a los hijos la noción –tan natural, por lo demás– de que hombres y mujeres somos diferentes. Toda paternidad procede de Dios.

«Cuando, junto con el Apóstol, doblamos las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad y maternidad (cf. Ef 3, 14-15), somos conscientes de que ser padres es el evento mediante el cual la familia, ya constituida por la alianza del matrimonio, se realiza “en sentido pleno y específico”. La maternidad implica necesariamente la paternidad y, recíprocamente, la paternidad implica necesariamente la maternidad: es el fruto de la dualidad, concedida por el Creador al ser humano desde “el principio”»⁴.

Esta relación de hijo y la filiación en último extremo del Padre Dios se muestra plásticamente en el cuadro de Jerónimo Jacinto de Espinosa, que hemos propuesto como cartel de la Jornada, donde se presenta en primer término al Niño Jesús rodeado por san Joaquín y santa Ana, los padres de la Virgen, además de estar san José en un segundo plano; y por encima de todo el Padre Eterno infundiendo su espíritu sobre ellos y el mundo en general.

La genealogía de la persona está, pues, unida, ante todo y en primer lugar, con la eternidad de Dios, y, en segundo término, con la paternidad y maternidad humana, que se realiza en el tiempo. Desde el momento mismo de la concepción el hombre está ya ordenado a la eternidad en Dios⁵. De

⁴ JUAN PABLO II, *Carta a las familias* (1994), n. 7.

⁵ *Ibid.*, n. 9.

esta manera se expresa con estos términos la profunda intensidad del amor de Dios a los hombres y nos permite también descubrir que la gracia de Dios ayuda, en el matrimonio, a los esposos a vivir y fortalecer su vocación al amor.

Pidamos a santa María, la Virgen, Esposa y Madre, que nos ilumine, ayude y fortalezca para que desde el puesto de cada uno en la sociedad defendamos y promovamos el matrimonio y la familia y su adecuado tratamiento por las leyes.



II

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL PARA SANTIAGO DE COMPOSTELA

*El sacerdote Jesús Fernández González ha sido nombrado
Obispo Auxiliar de Santiago de Compostela*



La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española (CEE) que a las 12,00 horas de hoy, martes 10 de diciembre, la Santa Sede ha hecho público que el Papa **Francisco** ha nombrado Obispo Auxiliar de la Archidiócesis de Santiago de Compostela al sacerdote **Jesús Fernández González**, asignándole la sede titular de Rotdon.

Jesús Fernández González nació en Selga de Ordás (León) el 15 de septiembre de 1955. Cursó estudios en el Seminario menor y mayor de León. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1980. Posteriormente obtuvo la Licenciatura en Filosofía por la Universidad Pontificia de Salamanca

(1990-1992). Entre los años 2000 y 2001 realizó los cursos de Doctorado en Filosofía.

Su ministerio sacerdotal lo ha desarrollado en la diócesis de León. Su primer destino, de 1980 a 1982, fue como ecónomo de Senra y Lazado. Desde 1984 hasta 1986 fue miembro del equipo sacerdotal de la Parroquia de Villaquilambre, una labor pastoral que compaginó con la dirección del periódico diocesano “Iglesia en León”, entre 1985 y 1987, cuando fue nombrado Rector del Seminario Menor, cargo que desempeñó hasta 1990. Tras cursar estudios en Salamanca, regresó, en 1992, al Seminario Menor como Formador y Profesor, hasta el año 1997, en el que pasó a ser Formador del Seminario Mayor “San Froilán”, Párroco de Cuadros y Administrador parroquial de Valsemana, hasta el año 2003. Desde entonces y hasta 2010 fue el Vicario Episcopal de Pastoral y del Clero.

En la actualidad, es Vicario General y Moderador de la Curia, desde 2010; Profesor ordinario del Centro Superior de Estudios Teológicos; Profesor del Instituto Superior de Ciencias Religiosas “San Froilán”; colaborador en el Secretariado para las Vocaciones; miembro del Consejo Presbiterial, y miembro del Colegio de Consultores. Además es Consultor de la Comisión Episcopal de Pastoral de la Conferencia Episcopal Española.



III

MENSAJE DE LOS OBISPOS DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE RELACIONES INTERCONFESIONALES

¿Es que Cristo está dividido? (1 Cor.1,1-17)

Los materiales para la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos 2014 han sido preparados inicialmente por un grupo ecuménico de Canadá, procedentes de varias partes del país y pertenecientes a distintas Iglesias y comunidades eclesiales, a saber, la Iglesia Unida de Canadá, la bautista, la presbiteriana, la ortodoxa y la católica. Este grupo se reunió por invitación del Centro Canadiense para el Ecumenismo y el Centro para el Ecumenismo La Prairie y su propuesta fue estudiada, adaptada y aprobada por el Comité Internacional nombrado por la Comisión Fe y

Constitución del Consejo Mundial de Iglesias y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, para que pudiera servir a los cristianos del mundo entero para orar por la unidad visible de todos los creyentes en Cristo. Este modo de proceder, que parte de una propuesta elaborada por un grupo ecuménico local, se viene siguiendo desde 1975 y nos permite enriquecernos con las aportaciones que surgen de un determinado contexto socio-cultural y eclesial, haciendo nuestros sus anhelos y preocupaciones, pero también sus dones espirituales y ecuménicos. Así, el año pasado, los materiales nos invitaban a orar por la unidad teniendo presente la situación de la India con la injusticia social tan terrible hacia los *dalits*, que constituyen la gran mayoría de la población cristiana del país. Este año es la riqueza cultural de Canadá la que da el tono a la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Canadá es el segundo Estado más grande del mundo, extendiéndose desde Estados Unidos hasta el Polo Norte, y desde el océano Atlántico al Pacífico. Es un país rico en recursos naturales y poblado por gentes diversas, desde los pueblos indígenas y los descendientes de los primeros colonos franceses e ingleses hasta los inmigrantes actuales provenientes de todas las partes del mundo. Esta riqueza natural, social y cultural que caracteriza a Canadá, cuyas ciudades son entre las más multiculturales y multirreligiosas del mundo, se manifiesta también en las distintas expresiones de la fe cristiana, y es el punto de partida para los materiales de este año. En ellos se nos invita a apreciar, agradecer y recibir los dones espirituales y de fe presentes en otras Iglesias y comunidades eclesiales, incluso ahora en medio de nuestras divisiones, y a seguir trabajando y orando juntos para la unidad visible de los cristianos.

El texto bíblico elegido está tomado de la Primera Carta de san Pablo a los Corintios: 1 Cor 1, 1-17. En este texto el apóstol habla de la comunidad cristiana que se reúne en esa ciudad como auténtica iglesia de Dios, plena expresión del único pueblo de Dios y no una porción local de él, pero que está unida a “todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo Señor suyo y nuestro” (1 Cor 1,2). Pablo da gracias a Dios por los muchos dones con los que ha enriquecido sobremanera a los cristianos de esa comunidad y les invita a la “concordia, a recuperar la armonía pensando y sintiendo lo mismo” (cf 1 Cor.1, 10). “Los de Cloe”, ejerciendo una función de denuncia profética, habían informado al apóstol de divisiones en la comunidad, y Pablo exhorta a los cristianos a darse cuenta de lo que les hace tales, que es su común-unión con Cristo, con su cruz, a través del bautismo. Por lo tanto, como se afirma en la introducción al tema de este año en los materiales, “enraizados en Cristo, estamos llamados a dar gracias por los dones de Dios que otros fuera de nuestro grupo aportan a la misión común de la Iglesia. Honrar los dones de los demás nos acerca en

la fe y la misión y nos conduce hacia esa unidad por la que rezó Cristo con respeto hacia una auténtica diversidad de adoración y vida”.

Un acontecimiento ecuménico de primer orden que ha tenido lugar el año pasado ha sido la X Asamblea del Consejo Mundial de Iglesia celebrada en Busán, República de Corea, del 30 de octubre al 8 de noviembre de 2013, bajo el lema “Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz». Este organismo, surgido en Ámsterdam en 1942, que se autodefine como «una comunidad de Iglesias que confiesan al Señor Jesucristo como Dios y Salvador», agrupa actualmente a 349 de ellas y es la expresión más importante del movimiento ecuménico, ya que todas ellas persiguen a través de él “la unidad visible en una sola fe y una comunión eucarística”. La Iglesia católica no es miembro del Consejo Mundial de Iglesias por motivos eclesiológicos y prácticos de momento insalvables, pero mantiene con él estrechas relaciones y participa en todas sus reuniones y organismos. A lo largo de esta X Asamblea se ha renovado el Comité Central y se ha elegido su moderador, que por primera vez es una mujer oriunda de África, en la persona de la Dra. Agnes Abuom, de la Iglesia anglicana de Kenia. A ella expresamos nuestro sincero reconocimiento y deseo de trabajar juntos por la unidad de los cristianos. En esta Asamblea también se han aprobado importantes declaraciones; entre ellas una sobre la misión que lleva por título *Juntos por la Vida: misión y evangelización en contextos cambiantes*. Este documento, que está llamado a orientar la labor misionera de las Iglesias pertenecientes a este Consejo durante los próximos años, invita a discernir la acción del Espíritu dador de vida en el mundo y a unirse a esta acción reconociendo el protagonismo del Señor en la obra evangelizadora de la Iglesia. Propone además un nuevo paradigma para la misión, que ya no sería “hacia los márgenes”, o “en los márgenes”, sino “desde los márgenes”. Las asambleas del Consejo Mundial de Iglesias que se celebran cada siete u ocho años siempre han constituido momentos importantes en el camino hacia la unidad de los cristianos y oramos para que esto sea así también para la que acaba de tener lugar en Corea.

En esta X Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias también se ha puesto de relieve la importancia del diálogo interreligioso desde la perspectiva ecuménica y misionera. En esta línea, se editó el año pasado por parte de EDICE, a petición de la Comisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales de la CEE, el documento *Testimonio cristiano en un mundo multirreligioso: recomendaciones de conducta*, que ha sido elaborado conjuntamente por el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, el Consejo Mundial de Iglesias y la Alianza Mundial Evangélica. Recomendamos que se dé la mayor difusión posible a estas útiles y sencillas orientaciones de conducta que la gran mayoría de Iglesias y comunidades eclesiales nos hemos dado para llevar a cabo nuestra misión evangelizadora. También

se ha vuelto a editar el año pasado el *Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el ecumenismo*, cuya edición anterior se había agotado. Los obispos de esta Comisión Episcopal confiamos en que la edición de estos importantes documentos ayude a los católicos españoles a proseguir en el compromiso ecuménico por la unidad de todos los cristianos y en el empeño por un diálogo interreligioso sincero.

Dentro del ámbito del diálogo interreligioso se celebró en Madrid en el mes de octubre del año pasado un importante encuentro entre la Iglesia católica y la comunidad judía internacional, la XXII Reunión del Comité de Enlace Judeo-Católico, que es el órgano oficial de contacto entre la Iglesia y el mundo judío surgido a raíz de la declaración conciliar *Nostra aetate*. Estas reuniones, junto a lo que significan para el diálogo entre la iglesia y el pueblo de la alianza, constituyen también una oportunidad para renovar las relaciones de amistad con la comunidad judía internacional y local. En relación a esto la visita que se realizó el último día a la sede de la Comunidad Judía de Madrid y a su sinagoga fue uno de los momentos más significativos de este encuentro.

A finales de noviembre del año pasado se clausuraba el Año de la fe, convocado por Benedicto XVI con la carta apostólica *Porta fidei* y ratificado por el papa Francisco. A lo largo de este año hemos tenido ocasión de rehacer el camino de la fe, de profundizar en el acto de creer y en sus contenidos. Comenzó el 11 de octubre de 2012, 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y todos sabemos lo que ha significado este acontecimiento eclesial para el ecumenismo y el diálogo intrerreligioso. Tendremos ocasión en este año y el siguiente de celebrar el aniversario de los documentos conciliares fundamentales relacionados con la labor de esta Comisión Episcopal, como son el decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio* (21-XI-1964), el decreto sobre las religiones no cristianas *Nostra aetate* (28-X-1965), y el dedicado a la libertad religiosa *Dignitatis humanae* (7-XII-1965), como también recordaremos el encuentro de Pablo VI con el patriarca Atenágoras y la creación del Secretariado para los no cristianos en enero y mayo de 1964 respectivamente. Han sido acontecimientos de gracia, y el hacer memoria de ellos nos da fuerzas para seguir sin resignarnos en la senda que señalaron a toda la Iglesia.

En la carta apostólica *Porta fidei* se hacía mención del motivo que llevaba a convocar el Año de la fe, que no era otro que la profunda crisis de fe que vive nuestra sociedad. Esa crisis, que hace mella también dentro de nuestras comunidades, debe llevarnos a las Iglesias y comunidades eclesiales a unirnos más, también para combatir los efectos tan nefastos de la secularización y para defender los valores fundamentales que compar-

timos, como los relacionados con la familia, la vida y la justicia social y ecológica. Nos alegra mucho que esto ya está teniendo lugar con algunas Iglesias como la del Patriarcado de Moscú, al que también nos une el gran testimonio de fe que dieron los mártires del siglo pasado. Esta defensa y promoción de los valores fundamentales también debemos hacerla junto con los miembros de otras religiones que comparten nuestra preocupación por la paz, la justicia y la salvaguardia de la creación.

En este año que comienza también nos llegan noticias de una posible visita del papa Francisco a Tierra Santa y de un encuentro con el Patriarca Ecuménico y quizás con el de Moscú. Nos alegramos mucho de ello y rezamos para que todo esto pueda dar mucho fruto para la unidad de los cristianos y la comprensión y colaboración entre las religiones.

Los obispos de la Comisión de Relaciones Interconfesionales queremos terminar este mensaje para la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos 2014, como ya hicimos el año pasado, manifestando nuestra cercanía a los muchos cristianos que por causa de su fe sufren persecución y discriminación en todo el mundo, especialmente en Oriente Medio, Africa y Asia. A la larga lista de países en los que no se respeta el derecho fundamental a la libertad religiosa, varios de mayoría musulmana, como Pakistán, Nigeria, Sudán, etc, se ha unido en este año Siria, donde la guerra civil está causando verdaderos estragos en las comunidades cristianas, con muchos hermanos nuestros obligados a dejar sus casas y trabajos. También nos preocupa mucho la situación de los cristianos en Irak y Egipto. Estos hechos no nos pueden dejar indiferentes. ¡Que la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos 2014, junto a impulsar a todos los cristianos hacia la unidad visible tan deseada por el Señor, nos lleve también a una solidaridad efectiva y afectiva con tos hermanos nuestros que sufren persecución a causa de su fe y a comprometernos con ellos por la libertad y la paz!



IV

MENSAJE PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2014

“EMIGRANTES Y REFUGIADOS: HACIA UN MUNDO MEJOR”

1. Cien años al servicio de las migraciones

En el año 1914, durante el pontificado de Benedicto XV se celebraba la primera Jornada Mundial de Migraciones. El papa Francisco, al igual que sus predecesores, nos alumbra y estimula para la Jornada de este año 2014, que hace el número cien, con un mensaje de aliento y de esperanza titulado: «Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor». En España hemos querido resaltar dicha efeméride y el servicio que ha prestado y sigue prestando al respecto nuestra Iglesia con la frase: «Con los emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor». Con ellos y al servicio de ellos ha estado nuestra Iglesia durante estos cien años. Y con ellos queremos seguir estando, compartiendo *sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias*, acogiendo sus dones, ofreciéndoles el amor y el dinamismo liberador que nacen de Jesucristo y de su Evangelio.

El papa Francisco va delante y nos estimula en nuestro empeño no solo con sus luminosas palabras, sino con el testimonio de su vida. Fue muy significativo que una de sus primeras salidas del Vaticano fuera para visitar la isla de Lampedusa, ese lugar que es el icono más expresivo de la reiterada tragedia de tantos emigrantes que dejan su vida en el mar o en los caminos. A la vez que elevaba su oración por los fallecidos, quiso, con su palabra y sus gestos, tan significativos, sacudir la conciencia de Europa y de toda la humanidad.

Las costas del sur de España saben también de esas tragedias, como lo saben el desierto del Sahara, Arizona y tantos otros lugares donde van quedando enterradas tantas esperanzas, las esperanzas de los más pobres y sus luchas por la supervivencia. No es extraño que la compasión y la misericordia se convierta, con frecuencia, en gritos de indignación y vergüenza ante tales tragedias. En un mundo rico, que se defiende impidiendo la entrada de los pobres, se necesitan, más que las “valladas”, la solidaridad, la acogida, la fraternidad y la comprensión. «Emigrantes y refugiados no son peones sobre el tablero de la humanidad. Se trata de niños, mujeres y

hombres que abandonan o son obligados a abandonar sus casas por muchas razones, que comparten el mismo deseo legítimo de conocer, de tener, pero sobre todo de ser “algo más”».

2. La emigración, realidad global y dinámica

La transformación de nuestra tierra en la “aldea global” tendría que ser la manifestación más elocuente del avance de los pueblos en camino para constituir, más allá de sus múltiples identidades y riquezas culturales, la gran familia de los hijos de Dios: «Todos unidos formando un solo pueblo, el pueblo que en la Pascua nació», dice la canción. Pero por ello nuestro mundo tendría que estructurarse en daves de solidaridad y de bien común. La lógica egoísta del interés tendría que ir dejando paso a la lógica de la comunión y del don. Sin embargo, las cosas no discurren así. A los inmigrantes les abrimos las puertas cuando los necesitamos y se las cerramos cuando su presencia choca con nuestros intereses. Da la impresión de que incluso en la Unión Europea, la adelantada de los derechos humanos, las políticas migratorias ponen el acento en el control de fronteras con medidas de protección y seguridad cada vez más duras y costosas. Las vallas cortantes, que en otros gobiernos fueron presentadas como elementos disuasorios para la inmigración ilegal, han vuelto a estar de actualidad. En este mundo de la globalización, ¿caeremos en «la globalización de la indiferencia», como dijo el papa en Lampedusa?

No estamos por una inmigración incontrolada. Pero las solas medidas de control no están dando resultados. Como decía un inmigrante rescatado de las aguas, «el hambre no conoce fronteras». Sabemos que la solución al fenómeno migratorio es muy compleja. Permítasenos abogar por las medidas más generosas posibles y, sobre todo, por un compromiso de los países desarrollados en favor de los países pobres, con los que, en no pocos casos, ha habido vínculos históricos fuertes.

3. Las migraciones y las nuevas formas de esclavitud

Es un hecho evidente la relación de la emigración con la pobreza en sus múltiples manifestaciones. El santo padre, al hacerse eco de esta realidad, manifiesta la relación *con las nuevas formas de esclavitud humana, que empujan especialmente a mujeres y niños a la prostitución y al trabajo ilegal*. La emigración no tendría por qué discurrir en ningún caso por estos derroteros, pero la pobreza y los engaños de quienes aprovechan la pobreza para traficar con las personas son hoy, como dice el papa, «moneda corriente». Es este otro frente ante el que ha de sensibilizarse la sociedad.

Nuestra Iglesia, presente en este campo mediante diversas congregaciones religiosas y otras instituciones, como Cáritas, Justicia y Paz, etc., reitera la denuncia de esta indigna explotación de las personas e invita a sus fieles y a sus organizaciones a seguir trabajando en este empeño y denunciando estas lamentables situaciones. Publicaciones como la reciente guía pedagógica para la educación y prevención de esta esclavitud el siglo XXI que es la prostitución pueden ser un buen medio para sensibilizar y prevenir.

4. Del recelo a la acogida

Se ha avanzado mucho en las actitudes de los ciudadanos ante la inmigración. Cada vez son más numerosas las personas conscientes de la aportación que los inmigrantes han supuesto y siguen suponiendo para nuestro país. Bastaría fijarse en quiénes son los cuidadores de muchos de nuestros ancianos. Sin embargo, en situaciones como la actual, de un paro tan fuerte, no es raro que haya ciudadanos que vean a los inmigrantes como un problema, «los que nos quitan el trabajo», y que ello pueda dar lugar a que afloren actitudes racistas o xenófobas. La misma denominación de “ilegales” no favorece una actitud positiva hacia los inmigrantes. La Doctrina Social de la Iglesia, que nos recuerda los múltiples rostros de la emigración, refugiados, familias, menores, nos invita a ir más allá de una visión puramente economicista de la persona humana. «Se necesita –en palabras del papa–, el paso de una actitud defensiva y recelosa, de desinterés o de marginación –que, al final, corresponde a la “cultura del rechazo”– a una actitud que ponga como fundamento la “cultura del encuentro”, la única capaz de construir un mundo más justo y fraterno, un mundo mejor».

5. La emigración, ocasión para la nueva evangelización

«Las migraciones –dice el papa Francisco–, pueden dar lugar a posibilidades de nueva evangelización, a abrir espacios para que crezca una nueva humanidad, preanunciada en el misterio pascual, una humanidad para la cual cada tierra extranjera es patria y cada patria es tierra extranjera».

Este año, de nuevo, un buen número de agentes pastorales, religiosos y obispos pudimos hacer una “Peregrinación entre las dos orillas del Estrecho”. En Marruecos pudimos comprobar el ejemplar trabajo de la Iglesia con muchos de los hermanos migrantes que sueñan con venir a España a pesar de nuestra crisis. El testimonio de estas Iglesias fortalece nuestros empeños y nuestras esperanzas para –como quiere el papa– «ayudar a los otros a ver en el emigrante y en el refugiado no solo un problema que debe ser afrontado, sino un hermano y una hermana que deben ser acogidos,

respetados y amados, una ocasión que la Providencia nos ofrece para contribuir a la construcción de una sociedad más justa, una democracia más plena, un país más solidario, un mundo más fraterno y una comunidad cristiana más abierta, de acuerdo con el Evangelio».

Lo mejor que puede ofrecer nuestra Iglesia a los hombres es Jesucristo y su Evangelio. En unas ocasiones lo hará con un lenguaje explícito. En otras, tendrá que dejar que hable el amor, que, cuando es verdadero, habla siempre de Dios, y, por eso, es evangelizador.

El plan de Dios para la humanidad es un plan de comunión. Deseamos que palabras como *integración o comunión* no sean unas palabras más. Ofrecemos, por eso, algunas sugerencias para avanzar por este surco prometedor

6. Vías de comunión

- Que nuestras parroquias procuren la existencia de grupos interculturales para que el que viene de fuera pueda ser acompañado respetuosamente en su proceso de adaptación, primero, y de comunión e integración, después. Una comunidad identificada con Cristo, misionera y creativa, no excluye a nadie; es más cercana a los que tienen más difícil la integración. Los espacios comunes como la escuela, el barrio o las asociaciones son unos ámbitos cotidianos que ningún cristiano debe desaprovechar.
- El ámbito parroquial, el de la vida religiosa, el de los movimientos y cofradías son ámbitos muy adecuados para la acogida de personas –incluso dentro de sus propios espacios– y para la integración armónica no solo de expresiones devocionales nuevas, sino sobre todo para la fraternidad. El conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia es un medio muy importante para afinar la sensibilidad, promover la corresponsabilidad y velar por la protección de los derechos de las personas (trabajo, sanidad, vivienda, etc.), así como para denunciar, si fuera necesario, la violación de los mismos. Como dijo el beato Juan Pablo II: «La catolicidad no se manifiesta solamente en la comunión fraterna de los bautizados, sino también en la hospitalidad brindada al extranjero, cualquiera que sea su pertenencia religiosa, en el rechazo de toda exclusión o discriminación racial, y en el reconocimiento de la dignidad personal de cada uno, con el consiguiente compromiso de promover sus derechos inalienables»¹.

¹ Juan Pablo II, *Mensaje en la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 1999* (2 de febrero de 1999), 6.

- Que la sociedad española contribuya con el Gobierno a la promoción de acciones de cooperación y desarrollo, de paz y de democracia, en los países de donde provienen muchos de nuestros inmigrantes. La solidaridad de Europa puede ser decisiva para la mejora social y política en los países de origen de los inmigrantes.
- Construir una sociedad mejor en nuestro territorio es solo una parte de la solución. Se ha de trabajar por un orden económico internacional que no genere pobreza sobre pobreza, sino que ayude a superarla. Ello implica invertir con sentido social en el sur, especialmente en África, para crear medios de vida allí, y no solo para lograr beneficios a su costa aquí.
- Seguir abogando para que no se niegue el auxilio y la asistencia a los inmigrantes en situaciones de peligro para la vida, para que no se llegue a penalizar la asistencia humanitaria a los mismos, para que sean tratados siempre con el debido respeto, para que nunca se den detenciones arbitrarias, para que se busquen alternativas más dignas a los Centros de Internamiento, y para que los internos gocen de la atención social y religiosa necesaria.
- Que aquellos españoles, que ahora se ven obligados a emigrar por la falta de trabajo, sepan que encontrarán siempre abiertas las puertas de nuestras misiones católicas en Europa, como lo hicieron en otros momentos.

7. Con María, nuestra Madre

Reconozcamos en los emigrantes, aunque hablen otro idioma, sean de otro color o tengan otros rasgos faciales, el rostro de Cristo, el rostro de un hermano. Que la pluralidad de sus identidades culturales no sea motivo de división, sino de enriquecimiento para nuestra sociedad y para nuestra Iglesia, que deseamos que sea, cada vez más, lugar de acogida y comunión para los mil rostros de Cristo. Y que María, emigrante forzada en Egipto, nos ayude a hacerlo realidad e interceda por nosotros.

Los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones

Santo Padre



I

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 27-11-2013)

¡Buenos días y felicidades porque sois valientes con este frío en la plaza! ¡Muchas felicidades!

Deseo llevar a término las catequesis sobre el «Credo», desarrolladas durante el Año de la fe, que concluyó el domingo pasado. En esta catequesis y en la próxima quisiera considerar el tema de la resurrección de la carne, tomando dos aspectos tal como los presenta el Catecismo de la Iglesia católica, es decir, nuestro morir y nuestro resucitar en Jesucristo. Hoy me centro en el primer aspecto, «morir en Cristo».

Entre nosotros, por lo general, existe un modo erróneo de mirar la muerte. La muerte nos atañe a todos, y nos interroga de modo profundo, especialmente cuando nos toca de cerca, o cuando golpea a los pequeños, a los indefensos, de una manera que nos resulta «escandalosa». A mí siempre me ha impresionado la pregunta: ¿por qué sufren los niños?, ¿por qué mueren los niños? Si se la entiende como el final de todo, la muerte asusta, aterroriza, se transforma en amenaza que quebranta cada sueño, cada perspectiva, que rompe toda relación e interrumpe todo camino. Esto sucede cuando consideramos nuestra vida como un tiempo cerrado entre dos polos: el nacimiento y la muerte; cuando no creemos en un horizonte que va más allá de la vida presente; cuando se vive como si Dios no existiese. Esta concepción de la muerte es típica del pensamiento ateo, que interpreta la existencia como un encontrarse casualmente en el mundo y

un caminar hacia la nada. Pero existe también un ateísmo práctico, que es un vivir sólo para los propios intereses y vivir sólo para las cosas terrenas. Si nos dejamos llevar por esta visión errónea de la muerte, no tenemos otra opción que la de ocultar la muerte, negarla o banalizarla, para que no nos cause miedo.

Pero a esta falsa solución se rebela el «corazón» del hombre, el deseo que todos nosotros tenemos de infinito, la nostalgia que todos nosotros tenemos de lo eterno. Entonces, ¿cuál es el sentido cristiano de la muerte? Si miramos los momentos más dolorosos de nuestra vida, cuando hemos perdido una persona querida –los padres, un hermano, una hermana, un cónyuge, un hijo, un amigo–, nos damos cuenta que, incluso en el drama de la pérdida, incluso desgarrados por la separación, sube desde el corazón la convicción de que no puede acabarse todo, que el bien dado y recibido no fue inútil. Hay un instinto poderoso dentro de nosotros, que nos dice que nuestra vida no termina con la muerte.

Esta sed de vida encontró su respuesta real y confiable en la resurrección de Jesucristo. La resurrección de Jesús no da sólo la certeza de la vida más allá de la muerte, sino que ilumina también el misterio mismo de la muerte de cada uno de nosotros. Si vivimos unidos a Jesús, fieles a Él, seremos capaces de afrontar con esperanza y serenidad incluso el paso de la muerte. La Iglesia, en efecto, reza: «Si nos entristece la certeza de tener que morir, nos consuela la promesa de la inmortalidad futura». Es ésta una hermosa oración de la Iglesia. Una persona tiende a morir como ha vivido. Si mi vida fue un camino con el Señor, un camino de confianza en su inmensa misericordia, estaré preparado para aceptar el momento último de mi vida terrena como el definitivo abandono confiado en sus manos acogedoras, a la espera de contemplar cara a cara su rostro. Esto es lo más hermoso que nos puede suceder: contemplar cara a cara el rostro maravilloso del Señor, verlo como Él es, lleno de luz, lleno de amor, lleno de ternura. Nosotros vayamos hasta este punto: contemplar al Señor.

En este horizonte se comprende la invitación de Jesús a estar siempre preparados, vigilantes, sabiendo que la vida en este mundo se nos ha dado también para preparar la otra vida, la vida con el Padre celestial. Y por ello existe una vía segura: prepararse bien a la muerte, estando cerca de Jesús. Ésta es la seguridad: yo me preparo a la muerte estando cerca de Jesús. ¿Cómo se está cerca de Jesús? Con la oración, los sacramentos y también con la práctica de la caridad. Recordemos que Él está presente en los más débiles y necesitados. Él mismo se identificó con ellos, en la famosa parábola del juicio final, cuando dice: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vi-

nisteis a verme... Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 35-36.40). Por lo tanto, una vía segura es recuperar el sentido de la caridad cristiana y de la participación fraterna, hacernos cargo de las llagas corporales y espirituales de nuestro prójimo. La solidaridad al compartir el dolor e infundir esperanza es prólogo y condición para recibir en herencia el Reino preparado para nosotros. Quien practica la misericordia no teme la muerte. Pensad bien en esto: ¡quien practica la misericordia no teme la muerte! ¿Estáis de acuerdo? ¿Lo decimos juntos para no olvidarlo? Quien practica la misericordia no teme a la muerte. ¿Por qué no teme a la muerte? Porque la mira a la cara en las heridas de los hermanos, y la supera con el amor de Jesucristo.

Si abrimos la puerta de nuestra vida y de nuestro corazón a los hermanos más pequeños, entonces incluso nuestra muerte se convertirá en una puerta que nos introducirá en el cielo, en la patria bienaventurada, hacia la cual nos dirigimos, anhelando morar para siempre con nuestro Padre Dios, con Jesús, con la Virgen y con los santos.



II

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS CON LA PARTICIPACIÓN DE LOS UNIVERSITARIOS ROMANOS

(Basilica Vaticana, 30-11-2013)

Se renueva hoy la tradicional cita de Adviento con los estudiantes de las Universidades de esta diócesis, a quienes se unen los rectores y profesores de los ateneos romanos e italianos. Saludo a todos cordialmente: al cardenal vicario, a los obispos, al alcalde, a las diversas autoridades académicas e institucionales, a los asistentes de las capellanías y de los grupos universitarios. Saludo en especial a vosotros, queridos universitarios y universitarias.

El deseo que san Pablo dirige a los cristianos de Tesalónica, para que Dios los santifique hasta la perfección, demuestra, por una parte, su preocupación por su santidad de vida que está en peligro, y, por otra, una gran confianza en la intervención del Señor. Esta preocupación del Apóstol vale

también para nosotros, cristianos de hoy. La plenitud de la vida cristiana que Dios realiza en los hombres, en efecto, está siempre asechada por la tentación de ceder al espíritu mundano. Por ello Dios nos dona su ayuda, con la cual podemos perseverar y preservar los dones que el Espíritu Santo nos ha dado, la vida nueva en el Espíritu que Él nos da. Custodiando esta «savia» saludable de nuestra vida, todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserva irrepreensible e intachable. Pero ¿por qué Dios, después de darnos sus tesoros espirituales, debe intervenir aún para mantenerlos íntegros? Ésta es una pregunta que debemos plantearnos. Porque somos débiles –todos nosotros lo sabemos–, nuestra naturaleza humana es frágil y los dones de Dios se conservan en nosotros como en «vasijas de barro» (cf. 2 Co 4, 7).

La intervención de Dios en favor de nuestra perseverancia hasta el final, hasta el encuentro definitivo con Jesús, es expresión de su fidelidad. Es como un diálogo entre nuestra debilidad y su fidelidad. Él es fuerte en su fidelidad. Y Pablo dirá, en otro pasaje, que él –él, Pablo mismo– es fuerte en su debilidad. ¿Por qué? Porque está en diálogo con la fidelidad de Dios. Y esta fidelidad de Dios nunca decepciona. Él es fiel ante todo a sí mismo, por lo tanto la obra que inició en cada uno de nosotros, con su llamada, la conducirá a cumplimiento. Esto nos da seguridad y gran confianza: una confianza que se apoya en Dios y solicita nuestra colaboración activa y valiente, ante los desafíos del momento presente. Vosotros sabéis, queridos jóvenes universitarios, que no se puede vivir sin mirar a los desafíos, sin responder a los desafíos. Quien no mira los desafíos, quien no responde a los desafíos, no vive. Vuestra voluntad y vuestras capacidades, unidas al poder del Espíritu Santo que habita en cada uno de vosotros desde el día del Bautismo, os permiten ser no espectadores, sino protagonistas de los hechos contemporáneos. Por favor, no miréis la vida desde el balcón. Implicaos allí donde están los desafíos, que os piden ayuda para llevar adelante la vida, el desarrollo, la lucha en favor de la dignidad de las personas, la lucha contra la pobreza, la lucha por los valores y tantas luchas que encontramos cada día.

Son diversos los desafíos que vosotros, jóvenes universitarios, estáis llamados a afrontar con fortaleza interior y audacia evangélica. Fortaleza y audacia. El contexto socio-cultural en el cual estáis insertados, a veces está cargado de mediocridad y aburrimiento. ¡No hay que resignarse a la monotonía del vivir cotidiano, sino cultivar proyectos de amplio respiro, ir más allá de lo ordinario: ¡no os dejéis robar el entusiasmo juvenil! Sería un error también dejarse aprisionar por el pensamiento débil y por el pensamiento uniforme, el que homologa, así como por una globalización entendida como homologación. Para superar estos riesgos, el modelo a seguir no es la esfera. El modelo que hay que seguir en la globalización auténtica

–que es buena– no es la esfera, en la que se nivela cada relieve y desaparece cada diferencia; el modelo, en cambio, es el poliedro, que incluye una multiplicidad de elementos y respeta la unidad en la variedad. Al defender la unidad, defendemos también la diversidad. Por el contrario esa unidad no sería humana.

El pensamiento, de hecho, es fecundo cuando es expresión de una mente abierta, que discierne, siempre iluminada por la verdad, por el bien y por la belleza. Si no os dejáis condicionar por la opinión dominante, sino que permanecéis fieles a los principios éticos y religiosos cristianos, encontraréis la valentía de ir también a contracorriente. En el mundo globalizado, podréis contribuir a salvar la peculiaridad y las características propias, pero tratando de no bajar el nivel ético. En efecto, la pluralidad de pensamiento y de individualidad refleja la multiforme sabiduría de Dios cuando se acerca a la verdad con honestidad y rigor intelectual, cuando se acerca a la bondad, cuando se acerca a la belleza; así cada uno pueda ser un don en beneficio de todos.

Que el empeño de caminar en la fe y de comportaros de manera coherente con el Evangelio os acompañe en este tiempo de Adviento, para vivir de modo auténtico la conmemoración del Nacimiento del Señor. Os puede ayudar el hermoso testimonio del beato Pier Giorgio Frassati, que decía –un universitario como vosotros–, decía: «Vivir sin una fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener en una lucha continua la verdad, no es vivir sino ir tirando. Nosotros no debemos nunca ir tirando, sino vivir». (Carta a I. Bonini) 27.II.1925. ¡Gracias y buen camino hacia Belén!



III

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 4-12-2013)

Hoy vuelvo una vez más a la afirmación «Creo en la resurrección de la carne». Se trata de una verdad no sencilla y para nada obvia, porque, viviendo inmersos en este mundo, no es fácil comprender las realidades futuras. Pero el Evangelio nos ilumina: nuestra resurrección está estrecha-

mente relacionada con la resurrección de Jesús. El hecho de que Él resucitó es la prueba de que existe la resurrección de los muertos. Desearía, entonces, presentar algunos aspectos referidos a la relación entre la resurrección de Cristo y nuestra resurrección. Él resucitó, y porque Él resucitó también nosotros resucitaremos.

Ante todo, la Sagrada Escritura misma contiene un camino hacia la fe plena en la resurrección de los muertos. Ésta se expresa como fe en Dios creador de todo el hombre –alma y cuerpo–, y como fe en Dios liberador, el Dios fiel a la alianza con su pueblo. El profeta Ezequiel, en una visión, contempla los sepulcros de los deportados que se vuelven a abrir y los huesos secos que vuelven a vivir gracias a la infusión de un espíritu vivificante. Esta visión expresa la esperanza en la futura «resurrección de Israel», es decir, en el renacimiento del pueblo derrotado y humillado (cf. Ez 37, 1-14).

Jesús, en el Nuevo Testamento, conduce a su realización esta revelación, y vincula la fe en la resurrección a su persona y dice: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11, 25). En efecto, será Jesús Señor quien resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él. Jesús vino entre nosotros, se hizo hombre como nosotros en todo, menos en el pecado; de este modo nos tomó consigo en su camino de regreso al Padre. Él, el Verbo encarnado, muerto por nosotros y resucitado, dona a sus discípulos el Espíritu Santo como anticipo de la plena comunión en su Reino glorioso, que esperamos vigilantes. Esta espera es la fuente y la razón de nuestra esperanza: una esperanza que, si se cultiva y se custodia, –nuestra esperanza, si nosotros la cultivamos y la custodiamos– se convierte en luz para iluminar nuestra historia personal y también la historia comunitaria. Recordémoslo siempre: somos discípulos de Aquél que vino, que viene cada día y vendrá al final. Si lográsemos tener más presente esta realidad, estaremos menos cansados de lo cotidiano, menos prisioneros de lo efímero y más dispuestos a caminar con corazón misericordioso por el camino de la salvación.

Otro aspecto: ¿qué significa resucitar? La resurrección de todos nosotros tendrá lugar el último día, al final del mundo, por obra de la omnipotencia de Dios, quien restituirá la vida a nuestro cuerpo reuniéndolo con el alma, en virtud de la resurrección de Jesús. Ésta es la explicación fundamental: porque Jesús resucitó, nosotros resucitaremos; nosotros tenemos la esperanza en la resurrección porque Él nos abrió la puerta a esta resurrección. Y esta transformación, esta transfiguración de nuestro cuerpo se prepara en esta vida por la relación con Jesús, en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía. Nosotros, que en esta vida nos hemos alimentado con su Cuerpo y con su Sangre, resucitaremos como Él, con Él y por medio de Él. Como Jesús resucitó con su propio cuerpo, pero no volvió a una vida terre-

na, así nosotros resucitaremos con nuestros cuerpos que serán transfigurados en cuerpos gloriosos. ¡Esto no es una mentira! Esto es verdad. Nosotros creemos que Jesús resucitó, que Jesús está vivo en este momento. ¿Pero vosotros creéis que Jesús está vivo? Y si Jesús está vivo, ¿pensáis que nos dejará morir y no nos resucitará? ¡No! Él nos espera, y porque Él resucitó, la fuerza de su resurrección nos resucitará a todos nosotros.

Un último elemento: ya en esta vida tenemos en nosotros una participación en la Resurrección de Cristo. Si es verdad que Jesús nos resucitará al final de los tiempos, es también verdad que, en cierto sentido, con Él ya hemos resucitado. La vida eterna comienza ya en este momento, comienza durante toda la vida, que está orientada hacia ese momento de la resurrección final. Y ya estamos resucitados, en efecto, mediante el Bautismo, estamos integrados en la muerte y resurrección de Cristo y participamos en la vida nueva, que es su vida. Por lo tanto, en la espera del último día, tenemos en nosotros mismos una semilla de resurrección, como anticipo de la resurrección plena que recibiremos en herencia. Por ello también el cuerpo de cada uno de nosotros es resonancia de eternidad, por lo tanto, siempre se debe respetar; y, sobre todo, se ha de respetar y amar la vida de quienes sufren, para que sientan la cercanía del Reino de Dios, de la condición de vida eterna hacia la cual caminamos. Este pensamiento nos da esperanza: estamos en camino hacia la resurrección. Ver a Jesús, encontrar a Jesús: ¡ésta es nuestra alegría! Estaremos todos juntos –no aquí en la plaza, en otro sitio– pero gozosos con Jesús. ¡Éste es nuestro destino!



IV

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 11-12-2013)

Hoy quisiera iniciar la última serie de catequesis sobre nuestra profesión de fe, tratando la afirmación «Creo en la vida eterna». En especial me detengo en el juicio final. No debemos tener miedo: escuchemos lo que nos dice la Palabra de Dios. Al respecto, leemos en el Evangelio de Mateo: Entonces «cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con Él... serán reunidas ante Él todas las naciones. Él separará a

unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda... Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna» (Mt 25, 31-33.46). Cuando pensamos en el regreso de Cristo y en su juicio final, que manifestará, hasta sus últimas consecuencias, el bien que cada uno habrá realizado o habrá omitido realizar durante su vida terrena, percibimos encontrarnos ante un misterio que nos sobrepasa, que no logramos ni siquiera imaginar. Un misterio que casi instintivamente suscita en nosotros un sentido de temor, y tal vez también de ansia. Sin embargo, si reflexionamos bien sobre esta realidad, ella ensancha el corazón de un cristiano y constituye un gran motivo de consolación y de confianza.

Al respecto, el testimonio de las primeras comunidades cristianas resuena más sugestivo que nunca. Las mismas, en efecto, acompañaban las celebraciones y las oraciones con la aclamación *Maranathà*, una expresión formada por dos palabras arameas que, según como se silabeen, se pueden entender como una súplica: «¡Ven, Señor!», o bien como una certeza alimentada por la fe: «Sí, el Señor viene, el Señor está cerca». Es la exclamación en la que culmina toda la Revelación cristiana, al término de la maravillosa contemplación que nos ofrece el Apocalipsis de Juan (cf. Ap 22, 20). En ese caso, es la Iglesia-esposa que, en nombre de toda la humanidad y como primicia, se dirige a Cristo, su esposo, no viendo la hora de ser envuelta por su abrazo: el abrazo de Jesús, que es plenitud de vida y plenitud de amor. Así nos abraza Jesús. Si pensamos en el juicio en esta perspectiva, todo miedo y vacilación disminuye y deja espacio a la espera y a una profunda alegría: será precisamente el momento en el que finalmente seremos juzgados dispuestos para ser revestidos de la gloria de Cristo, como con un vestido nupcial, y ser conducidos al banquete, imagen de la plena y definitiva comunión con Dios.

Un segundo motivo de confianza nos lo da la constatación de que, en el momento del juicio, no estaremos solos. Jesús mismo, en el Evangelio de Mateo, anuncia cómo, al final de los tiempos, quienes le hayan seguido tendrán sitio en su gloria, para juzgar juntamente con Él (cf. Mt 19, 28). El apóstol Pablo, luego, al escribir a la comunidad de Corinto, afirma: «¿Habéis olvidado que los santos juzgarán el universo? (...) Cuánto más, asuntos de la vida cotidiana» (1 Cor 6, 2-3). Qué hermoso es saber que en esa circunstancia, además de Cristo, nuestro Paráclito, nuestro Abogado ante el Padre (cf. 1 Jn 2, 1), podremos contar con la intercesión y la benevolencia de muchos hermanos y hermanas nuestros más grandes que nos precedieron en el camino de la fe, que ofrecieron su vida por nosotros y siguen amándonos de modo indescriptible. Los santos ya viven en presencia de Dios, en el esplendor de su gloria intercediendo por nosotros que aún vivimos en la tierra. ¡Cuánto consuelo suscita en nuestro corazón

esta certeza! La Iglesia es verdaderamente una madre y, como una mamá, busca el bien de sus hijos, sobre todo de los más alejados y afligidos, hasta que no encuentre su plenitud en el cuerpo glorioso de Cristo con todos sus miembros.

Una ulterior sugestión nos llega del Evangelio de Juan, donde se afirma explícitamente que «Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. El que cree en Él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios» (Jn 3, 17-18). Entonces, esto significa que el juicio final ya está en acción, comienza ahora en el curso de nuestra existencia. Tal juicio se pronuncia en cada instante de la vida, como confirmación de nuestra acogida con fe de la salvación presente y operante en Cristo, o bien de nuestra incredulidad, con la consiguiente cerrazón en nosotros mismos. Pero si nos cerramos al amor de Jesús, somos nosotros mismos quienes nos condenamos. La salvación es abrirse a Jesús, y Él nos salva. Si somos pecadores –y lo somos todos– le pedimos perdón; y si vamos a Él con ganas de ser buenos, el Señor nos perdona. Pero para ello debemos abrirnos al amor de Jesús, que es más fuerte que todas las demás cosas. El amor de Jesús es grande, el amor de Jesús es misericordioso, el amor de Jesús perdona. Pero tú debes abrirte, y abrirse significa arrepentirse, acusarse de las cosas que no son buenas y que hemos hecho. El Señor Jesús se entregó y sigue entregándose a nosotros para colmarnos de toda la misericordia y la gracia del Padre. Por lo tanto, podemos convertirnos, en cierto sentido, en jueces de nosotros mismos, autocondenándonos a la exclusión de la comunión con Dios y con los hermanos. No nos cansemos, por lo tanto, de vigilar sobre nuestros pensamientos y nuestras actitudes, para pregustar ya desde ahora el calor y el esplendor del rostro de Dios –y está será bellísimo–, que en la vida eterna contemplaremos en toda su plenitud. Adelante, pensando en este juicio que comienza ahora, ya ha comenzado. Adelante, haciendo que nuestro corazón se abra a Jesús y a su salvación; adelante sin miedo, porque el amor de Jesús es más grande y si nosotros pedimos perdón por nuestros pecados Él nos perdona. Jesús es así. Adelante, entonces, con esta certeza, que nos conducirá a la gloria del cielo.



V

**MENSAJE PARA LA CELEBRACIÓN DE LA XLVII JORNADA
MUNDIAL DE LA PAZ**

(1-1-2014)

LA FRATERNIDAD, FUNDAMENTO Y CAMINO PARA LA PAZ

1. En este mi primer Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, quisiera desear a todos, a las personas y a los pueblos, una vida llena de alegría y de esperanza. El corazón de todo hombre y de toda mujer alberga en su interior el deseo de una vida plena, de la que forma parte un anhelo indeleble de fraternidad, que nos invita a la comunión con los otros, en los que encontramos no enemigos o contrincantes, sino hermanos a los que acoger y querer.

De hecho, la fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera. Y es necesario recordar que normalmente la fraternidad se empieza a aprender en el seno de la familia, sobre todo gracias a las responsabilidades complementarias de cada uno de sus miembros, en particular del padre y de la madre. La familia es la fuente de toda fraternidad, y por eso es también el fundamento y el camino primordial para la paz, pues, por vocación, debería contagiar al mundo con su amor.

El número cada vez mayor de interdependencias y de comunicaciones que se entrecruzan en nuestro planeta hace más palpable la conciencia de que todas las naciones de la tierra forman una unidad y comparten un destino común. En los dinamismos de la historia, a pesar de la diversidad de etnias, sociedades y culturas, vemos sembrada la vocación de formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros. Sin embargo, a menudo los hechos, en un mundo caracterizado por la “globalización de la indiferencia”, que poco a poco nos “habituá” al sufrimiento del otro, cerrándonos en nosotros mismos, contradicen y desmienten esa vocación.

En muchas partes del mundo, continuamente se lesionan gravemente los derechos humanos fundamentales, sobre todo el derecho a la vida y a la libertad religiosa. El trágico fenómeno de la trata de seres humanos, con

cuya vida y desesperación especulan personas sin escrúpulos, representa un ejemplo inquietante. A las guerras hechas de enfrentamientos armados se suman otras guerras menos visibles, pero no menos crueles, que se combaten en el campo económico y financiero con medios igualmente destructivos de vidas, de familias, de empresas.

La globalización, como ha afirmado Benedicto XVI, nos acerca a los demás, pero no nos hace hermanos¹. Además, las numerosas situaciones de desigualdad, de pobreza y de injusticia revelan no sólo una profunda falta de fraternidad, sino también la ausencia de una cultura de la solidaridad. Las nuevas ideologías, caracterizadas por un difuso individualismo, ego-centrismo y consumismo materialista, debilitan los lazos sociales, fomentando esa mentalidad del “descarte”, que lleva al desprecio y al abandono de los más débiles, de cuantos son considerados “inútiles”. Así la convivencia humana se parece cada vez más a un mero *do ut des* pragmático y egoísta.

Al mismo tiempo, es claro que tampoco las éticas contemporáneas son capaces de generar vínculos auténticos de fraternidad, ya que una fraternidad privada de la referencia a un Padre común, como fundamento último, no logra subsistir². Una verdadera fraternidad entre los hombres supone y requiere una paternidad trascendente. A partir del reconocimiento de esta paternidad, se consolida la fraternidad entre los hombres, es decir, ese hacerse «prójimo» que se preocupa por el otro.

«¿Dónde está tu hermano?» (Gn4,9)

2. Para comprender mejor esta vocación del hombre a la fraternidad, para conocer más adecuadamente los obstáculos que se interponen en su realización y descubrir los caminos para superarlos, es fundamental dejarse guiar por el conocimiento del designio de Dios, que nos presenta luminosamente la Sagrada Escritura.

Según el relato de los orígenes, todos los hombres proceden de unos padres comunes, de Adán y Eva, pareja creada por Dios a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26), de los cuales nacen Caín y Abel. En la historia de la primera familia leemos la génesis de la sociedad, la evolución de las relaciones entre las personas y los pueblos.

Abel es pastor, Caín es labrador. Su identidad profunda y, a la vez, su vocación, es ser hermanos, en la diversidad de su actividad y cultura, de

¹ Cf. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 19: AAS 101 (2009), 654-655.

² Cf. Francisco, Carta enc. *Lumen fidei* (29 junio 2013), 54: AAS 105 (2013), 591-592.

su modo de relacionarse con Dios y con la creación. Pero el asesinato de Abel por parte de Caín deja constancia trágicamente del rechazo radical de la vocación a ser hermanos. Su historia (cf. Gn 4,1-16) pone en evidencia la dificultad de la tarea a la que están llamados todos los hombres, vivir unidos, preocupándose los unos de los otros. Caín, al no aceptar la predilección de Dios por Abel, que le ofrecía lo mejor de su rebaño —«el Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda» (Gn 4,4-5)—, mata a Abel por envidia. De esta manera, se niega a reconocerlo como hermano, a relacionarse positivamente con él, a vivir ante Dios asumiendo sus responsabilidades de cuidar y proteger al otro. A la pregunta «¿Dónde está tu hermano?», con la que Dios interpela a Caín pidiéndole cuentas por lo que ha hecho, él responde: «No lo sé; ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). Después —nos dice el Génesis— «Caín salió de la presencia del Señor» (4,16).

Hemos de preguntarnos por los motivos profundos que han llevado a Caín a dejar de lado el vínculo de fraternidad y, junto con él, el vínculo de reciprocidad y de comunión que lo unía a su hermano Abel. Dios mismo denuncia y recrimina a Caín su connivencia con el mal: «El pecado acecha a la puerta» (Gn 4,7). No obstante, Caín no lucha contra el mal y decide igualmente alzar la mano «contra su hermano Abel» (Gn 4,8), rechazando el proyecto de Dios. Frustra así su vocación originaria de ser hijo de Dios y a vivir la fraternidad.

El relato de Caín y Abel nos enseña que la humanidad lleva inscrita en sí una vocación a la fraternidad, pero también la dramática posibilidad de su traición. Da testimonio de ello el egoísmo cotidiano, que está en el fondo de tantas guerras e injusticias: muchos hombres y mujeres mueren a manos de hermanos y hermanas que no saben reconocerse como tales, es decir, como seres hechos para la reciprocidad, para la comunión y para el don.

«Y todos vosotros sois hermanos» (Mt 23,8)

3. Surge espontánea la pregunta: ¿los hombres y las mujeres de este mundo podrán corresponder alguna vez plenamente al anhelo de fraternidad, que Dios Padre imprimió en ellos? ¿Conseguirán, sólo con sus fuerzas, vencer la indiferencia, el egoísmo y el odio, y aceptar las legítimas diferencias que caracterizan a los hermanos y hermanas?

Parafraseando sus palabras, podríamos sintetizar así la respuesta que nos da el Señor Jesús: Ya que hay un solo Padre, que es Dios, todos ustedes son hermanos (cf. Mt 23,8-9). La fraternidad está enraizada en la paternidad de Dios. No se trata de una paternidad genérica, indiferenciada e históricamente ineficaz, sino de un amor personal, puntual y extraordi-

nariamente concreto de Dios por cada ser humano (cf. Mt 6,25-30). Una paternidad, por tanto, que genera eficazmente fraternidad, porque el amor de Dios, cuando es acogido, se convierte en el agente más asombroso de transformación de la existencia y de las relaciones con los otros, abriendo a los hombres a la solidaridad y a la reciprocidad.

Sobre todo, la fraternidad humana ha sido regenerada en y por Jesucristo con su muerte y resurrección. La cruz es el “lugar” definitivo donde se funda la fraternidad, que los hombres no son capaces de generar por sí mismos. Jesucristo, que ha asumido la naturaleza humana para redimirla, amando al Padre hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. Flp 2,8), mediante su resurrección nos constituye en humanidad nueva, en total comunión con la voluntad de Dios, con su proyecto, que comprende la plena realización de la vocación a la fraternidad.

Jesús asume desde el principio el proyecto de Dios, concediéndole el primado sobre todas las cosas. Pero Cristo, con su abandono a la muerte por amor al Padre, se convierte en principio nuevo y definitivo para todos nosotros, llamados a reconocernos hermanos en Él, hijos del mismo Padre. Él es la misma Alianza, el lugar personal de la reconciliación del hombre con Dios y de los hermanos entre sí. En la muerte en cruz de Jesús también queda superada la separación entre pueblos, entre el pueblo de la Alianza y el pueblo de los Gentiles, privado de esperanza porque hasta aquel momento era ajeno a los pactos de la Promesa. Como leemos en la Carta a los Efesios, Jesucristo reconcilia en sí a todos los hombres. Él es la paz, porque de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando el muro de separación que los dividía, la enemistad. Él ha creado en sí mismo un solo pueblo, un solo hombre nuevo, una sola humanidad (cf. 2,14-16).

Quien acepta la vida de Cristo y vive en Él reconoce a Dios como Padre y se entrega totalmente a Él, amándolo sobre todas las cosas. El hombre reconciliado ve en Dios al Padre de todos y, en consecuencia, siente el llamado a vivir una fraternidad abierta a todos. En Cristo, el otro es aceptado y amado como hijo o hija de Dios, como hermano o hermana, no como un extraño, y menos aún como un contrincante o un enemigo. En la familia de Dios, donde todos son hijos de un mismo Padre, y todos están injertados en Cristo, hijos en el Hijo, no hay “vidas descartables”. Todos gozan de igual e intangible dignidad. Todos son amados por Dios, todos han sido rescatados por la sangre de Cristo, muerto en cruz y resucitado por cada uno. Ésta es la razón por la que no podemos quedarnos indiferentes ante la suerte de los hermanos.

La fraternidad, fundamento y camino para la paz

4. Teniendo en cuenta todo esto, es fácil comprender que la fraternidad es fundamento y camino para la paz. Las Encíclicas sociales de mis Predecesores aportan una valiosa ayuda en este sentido. Bastaría recuperar las definiciones de paz de la *Populorum progressio* de Pablo VI o de la *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II. En la primera, encontramos que el desarrollo integral de los pueblos es el nuevo nombre de la paz³. En la segunda, que la paz es *opus solidaritatis*⁴.

Pablo VI afirma que no sólo entre las personas, sino también entre las naciones, debe reinar un espíritu de fraternidad. Y explica: «En esta comprensión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos [...] actuar a una para edificar el porvenir común de la humanidad»⁵. Este deber concierne en primer lugar a los más favorecidos. Sus obligaciones hunden sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural, y se presentan bajo un triple aspecto: el deber de solidaridad, que exige que las naciones ricas ayuden a los países menos desarrollados; el deber de justicia social, que requiere el cumplimiento en términos más correctos de las relaciones defectuosas entre pueblos fuertes y pueblos débiles; el deber de caridad universal, que implica la promoción de un mundo más humano para todos, en donde todos tengan algo que dar y recibir, sin que el progreso de unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros⁶.

Asimismo, si se considera la paz como *opus solidaritatis*, no se puede soslayar que la fraternidad es su principal fundamento. La paz –afirma Juan Pablo II– es un bien indivisible. O es de todos o no es de nadie. Sólo es posible alcanzarla realmente y gozar de ella, como mejor calidad de vida y como desarrollo más humano y sostenible, si se asume en la práctica, por parte de todos, una «determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común»⁷. Lo cual implica no dejarse llevar por el «afán de ganancia» o por la «sed de poder». Es necesario estar dispuestos a «‘perderse’ por el otro en lugar de explotarlo, y a ‘servirlo’ en lugar de oprimirlo para el propio provecho. [...] El ‘otro’ –persona, pueblo o nación– no [puede ser considerado] como un instrumento cualquiera para explotar a bajo coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un ‘semejante’ nuestro, una ‘ayuda’»⁸.

³ Cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 87: AAS 59 (1967), 299.

⁴ Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 39: AAS 80 (1988), 566-568.

⁵ Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 43: AAS 59 (1967), 278-279.

⁶ Cf. *ibid.*, 44: AAS 59 (1967), 279.

⁷ Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 38: AAS 80 (1988), 566.

⁸ *Ibid.*, 38-39: AAS 80 (1988), 566-567.

La solidaridad cristiana entraña que el prójimo sea amado no sólo como «un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos», sino como «la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo»⁹, como un hermano. «Entonces la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, ‘hijos en el Hijo’, de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá –recuerda Juan Pablo II– a nuestra mirada sobre el mundo un nuevo criterio para interpretarlo»¹⁰, para transformarlo.

La fraternidad, premisa para vencer la pobreza

5. En la Caritas in veritate, mi Predecesor recordaba al mundo entero que la falta de fraternidad entre los pueblos y entre los hombres es una causa importante de la pobreza¹¹. En muchas sociedades experimentamos una profunda pobreza relacional debida a la carencia de sólidas relaciones familiares y comunitarias. Asistimos con preocupación al crecimiento de distintos tipos de descontento, de marginación, de soledad y a variadas formas de dependencia patológica. Una pobreza como ésta sólo puede ser superada redescubriendo y valorando las relaciones fraternas en el seno de las familias y de las comunidades, compartiendo las alegrías y los sufrimientos, las dificultades y los logros que forman parte de la vida de las personas.

Además, si por una parte se da una reducción de la pobreza absoluta, por otra parte no podemos dejar de reconocer un grave aumento de la pobreza relativa, es decir, de las desigualdades entre personas y grupos que conviven en una determinada región o en un determinado contexto histórico-cultural. En este sentido, se necesitan también políticas eficaces que promuevan el principio de la fraternidad, asegurando a las personas –iguales en su dignidad y en sus derechos fundamentales– el acceso a los «capitales», a los servicios, a los recursos educativos, sanitarios, tecnológicos, de modo que todos tengan la oportunidad de expresar y realizar su proyecto de vida, y puedan desarrollarse plenamente como personas.

También se necesitan políticas dirigidas a atenuar una excesiva desigualdad de la renta. No podemos olvidar la enseñanza de la Iglesia sobre la llamada hipoteca social, según la cual, aunque es lícito, como dice Santo Tomás de Aquino, e incluso necesario, «que el hombre posea cosas

⁹ Íbid., 40: AAS 80 (1988), 569.

¹⁰ Íbid.

¹¹ Cf. Carta enc. Caritas in veritate (29 junio 2009), 19: AAS 101 (2009), 654-655.

propias»¹², en cuanto al uso, no las tiene «como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás»¹³.

Finalmente, hay una forma más de promover la fraternidad –y así vencer la pobreza– que debe estar en el fondo de todas las demás. Es el desprendimiento de quien elige vivir estilos de vida sobrios y esenciales, de quien, compartiendo las propias riquezas, consigue así experimentar la comunión fraterna con los otros. Esto es fundamental para seguir a Jesucristo y ser auténticamente cristianos. No se trata sólo de personas consagradas que hacen profesión del voto de pobreza, sino también de muchas familias y ciudadanos responsables, que creen firmemente que la relación fraterna con el prójimo constituye el bien máspreciado.

El redescubrimiento de la fraternidad en la economía

6. Las graves crisis financieras y económicas –que tienen su origen en el progresivo alejamiento del hombre de Dios y del prójimo, en la búsqueda insaciable de bienes materiales, por un lado, y en el empobrecimiento de las relaciones interpersonales y comunitarias, por otro– han llevado a muchos a buscar el bienestar, la felicidad y la seguridad en el consumo y la ganancia más allá de la lógica de una economía sana. Ya en 1979 Juan Pablo II advertía del «peligro real y perceptible de que, mientras avanza enormemente el dominio por parte del hombre sobre el mundo de las cosas, pierda los hilos esenciales de este dominio suyo, y de diversos modos su humanidad quede sometida a ese mundo, y él mismo se haga objeto de múltiple manipulación, aunque a veces no directamente perceptible, a través de toda la organización de la vida comunitaria, a través del sistema de producción, a través de la presión de los medios de comunicación social»¹⁴.

El hecho de que las crisis económicas se sucedan una detrás de otra debería llevarnos a las oportunas revisiones de los modelos de desarrollo económico y a un cambio en los estilos de vida. La crisis actual, con graves consecuencias para la vida de las personas, puede ser, sin embargo, una ocasión propicia para recuperar las virtudes de la prudencia, de la tem-

¹² Summa Theologiae II-II, q.66, art. 2.

¹³ Conc. Eum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual, 69. Cf. León XIII, Carta enc. Rerum novarum (15 mayo 1891), 19: ASS 23 (1890-1891), 651; Juan Pablo II, Carta enc. Sollicitudo rei socialis (30 diciembre 1987), 42: AAS 80 (1988), 573-574; Pontificio Consejo «Justicia y Paz», Compendio de la Doctrina social de la Iglesia, n. 178.

¹⁴ Carta enc. Redemptor hominis (4 marzo 1979), 16: AAS 61 (1979), 290.

planza, de la justicia y de la fortaleza. Estas virtudes nos pueden ayudar a superar los momentos difíciles y a redescubrir los vínculos fraternos que nos unen unos a otros, con la profunda confianza de que el hombre tiene necesidad y es capaz de algo más que desarrollar al máximo su interés individual. Sobre todo, estas virtudes son necesarias para construir y mantener una sociedad a medida de la dignidad humana.

La fraternidad extingue la guerra

7. Durante este último año, muchos de nuestros hermanos y hermanas han sufrido la experiencia denigrante de la guerra, que constituye una grave y profunda herida infligida a la fraternidad.

Muchos son los conflictos armados que se producen en medio de la indiferencia general. A todos cuantos viven en tierras donde las armas imponen terror y destrucción, les aseguro mi cercanía personal y la de toda la Iglesia. Ésta tiene la misión de llevar la caridad de Cristo también a las víctimas inermes de las guerras olvidadas, mediante la oración por la paz, el servicio a los heridos, a los que pasan hambre, a los desplazados, a los refugiados y a cuantos viven con miedo. Además la Iglesia alza su voz para hacer llegar a los responsables el grito de dolor de esta humanidad sufriente y para hacer cesar, junto a las hostilidades, cualquier atropello o violación de los derechos fundamentales del hombre¹⁵.

Por este motivo, deseo dirigir una encarecida exhortación a cuantos siembran violencia y muerte con las armas: Redescubran, en quien hoy consideran sólo un enemigo al que exterminar, a su hermano y no alcen su mano contra él. Renuncien a la vía de las armas y vayan al encuentro del otro con el diálogo, el perdón y la reconciliación para reconstruir a su alrededor la justicia, la confianza y la esperanza. «En esta perspectiva, parece claro que en la vida de los pueblos los conflictos armados constituyen siempre la deliberada negación de toda posible concordia internacional, creando divisiones profundas y heridas lacerantes que requieren muchos años para cicatrizar. Las guerras constituyen el rechazo práctico al compromiso por alcanzar esas grandes metas económicas y sociales que la comunidad internacional se ha fijado»¹⁶.

Sin embargo, mientras haya una cantidad tan grande de armamentos en circulación como hoy en día, siempre se podrán encontrar nuevos pretextos

¹⁵ Cf. Pontificio Consejo «Justicia y Paz», Compendio de la Doctrina social de la Iglesia, n. 159.

¹⁶ Francisco, Carta al Presidente de la Federación Rusa, Vladimir Putin (4 septiembre 2013): L'Osservatore Romano, ed. semanal en lengua española (6 septiembre 2013), 1.

para iniciar las hostilidades. Por eso, hago mío el llamamiento de mis Predecesores a la no proliferación de las armas y al desarme de parte de todos, comenzando por el desarme nuclear y químico.

No podemos dejar de constatar que los acuerdos internacionales y las leyes nacionales, aunque son necesarias y altamente deseables, no son suficientes por sí solas para proteger a la humanidad del riesgo de los conflictos armados. Se necesita una conversión de los corazones que permita a cada uno reconocer en el otro un hermano del que preocuparse, con el que colaborar para construir una vida plena para todos. Éste es el espíritu que anima muchas iniciativas de la sociedad civil a favor de la paz, entre las que se encuentran las de las organizaciones religiosas. Espero que el empeño cotidiano de todos siga dando fruto y que se pueda lograr también la efectiva aplicación en el derecho internacional del derecho a la paz, como un derecho humano fundamental, pre-condición necesaria para el ejercicio de todos los otros derechos.

La corrupción y el crimen organizado se oponen a la fraternidad

8. El horizonte de la fraternidad prevé el desarrollo integral de todo hombre y mujer. Las justas ambiciones de una persona, sobre todo si es joven, no se pueden frustrar y ultrajar, no se puede defraudar la esperanza de poder realizarlas. Sin embargo, no podemos confundir la ambición con la prevaricación. Al contrario, debemos competir en la estima mutua (cf. Rm 12,10). También en las disputas, que constituyen un aspecto ineludible de la vida, es necesario recordar que somos hermanos y, por eso mismo, educar y educarse en no considerar al prójimo un enemigo o un adversario al que eliminar.

La fraternidad genera paz social, porque crea un equilibrio entre libertad y justicia, entre responsabilidad personal y solidaridad, entre el bien de los individuos y el bien común. Y una comunidad política debe favorecer todo esto con transparencia y responsabilidad. Los ciudadanos deben sentirse representados por los poderes públicos sin menoscabo de su libertad. En cambio, a menudo, entre ciudadano e instituciones, se infiltran intereses de parte que deforman su relación, propiciando la creación de un clima perenne de conflicto.

Un auténtico espíritu de fraternidad vence el egoísmo individual que impide que las personas puedan vivir en libertad y armonía entre sí. Ese egoísmo se desarrolla socialmente tanto en las múltiples formas de corrupción, hoy tan capilarmente difundidas, como en la formación de las organizaciones criminales, desde los grupos pequeños a aquellos que operan a escala global, que, minando profundamente la legalidad y la justicia, hie-

ren el corazón de la dignidad de la persona. Estas organizaciones ofenden gravemente a Dios, perjudican a los hermanos y dañan a la creación, más todavía cuando tienen connotaciones religiosas.

Pienso en el drama lacerante de la droga, con la que algunos se lucran despreciando las leyes morales y civiles, en la devastación de los recursos naturales y en la contaminación, en la tragedia de la explotación laboral; pienso en el blanqueo ilícito de dinero así como en la especulación financiera, que a menudo asume rasgos perjudiciales y demoledores para enteros sistemas económicos y sociales, exponiendo a la pobreza a millones de hombres y mujeres; pienso en la prostitución que cada día cosecha víctimas inocentes, sobre todo entre los más jóvenes, robándoles el futuro; pienso en la abominable trata de seres humanos, en los delitos y abusos contra los menores, en la esclavitud que todavía difunde su horror en muchas partes del mundo, en la tragedia frecuentemente desatendida de los emigrantes con los que se especula indignamente en la ilegalidad. Juan XXIII escribió al respecto: «Una sociedad que se apoye sólo en la razón de la fuerza ha de calificarse de inhumana. En ella, efectivamente, los hombres se ven privados de su libertad, en vez de sentirse estimulados, por el contrario, al progreso de la vida y al propio perfeccionamiento»¹⁷. Sin embargo, el hombre se puede convertir y nunca se puede excluir la posibilidad de que cambie de vida. Me gustaría que esto fuese un mensaje de confianza para todos, también para aquellos que han cometido crímenes atroces, porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 18,23).

En el contexto amplio del carácter social del hombre, por lo que se refiere al delito y a la pena, también hemos de pensar en las condiciones inhumanas de muchas cárceles, donde el recluso a menudo queda reducido a un estado infrahumano y humillado en su dignidad humana, impedido también de cualquier voluntad y expresión de redención. La Iglesia hace mucho en todos estos ámbitos, la mayor parte de las veces en silencio. Exhorto y animo a hacer cada vez más, con la esperanza de que dichas iniciativas, llevadas a cabo por muchos hombres y mujeres audaces, sean cada vez más apoyadas leal y honestamente también por los poderes civiles.

La fraternidad ayuda a proteger y a cultivar la naturaleza

9. La familia humana ha recibido del Creador un don en común: la naturaleza. La visión cristiana de la creación conlleva un juicio positivo sobre la licitud de las intervenciones en la naturaleza para sacar provecho de ello, a condición de obrar responsablemente, es decir, acatando aquella

¹⁷ Carta enc. *Pacem in terris* (11 abril 1963),34: AAS 55 (1963), 256.

“gramática” que está inscrita en ella y usando sabiamente los recursos en beneficio de todos, respetando la belleza, la finalidad y la utilidad de todos los seres vivos y su función en el ecosistema. En definitiva, la naturaleza está a nuestra disposición, y nosotros estamos llamados a administrarla responsablemente. En cambio, a menudo nos dejamos llevar por la codicia, por la soberbia del dominar, del tener, del manipular, del explotar; no custodiamos la naturaleza, no la respetamos, no la consideramos un don gratuito que tenemos que cuidar y poner al servicio de los hermanos, también de las generaciones futuras.

En particular, el sector agrícola es el sector primario de producción con la vocación vital de cultivar y proteger los recursos naturales para alimentar a la humanidad. A este respecto, la persistente vergüenza del hambre en el mundo me lleva a compartir con ustedes la pregunta: ¿cómo usamos los recursos de la tierra? Las sociedades actuales deberían reflexionar sobre la jerarquía en las prioridades a las que se destina la producción. De hecho, es un deber de obligado cumplimiento que se utilicen los recursos de la tierra de modo que nadie pase hambre. Las iniciativas y las soluciones posibles son muchas y no se limitan al aumento de la producción. Es de sobra sabido que la producción actual es suficiente y, sin embargo, millones de personas sufren y mueren de hambre, y eso constituye un verdadero escándalo. Es necesario encontrar los modos para que todos se puedan beneficiar de los frutos de la tierra, no sólo para evitar que se amplíe la brecha entre quien más tiene y quien se tiene que conformar con las migajas, sino también, y sobre todo, por una exigencia de justicia, de equidad y de respeto hacia el ser humano. En este sentido, quisiera recordar a todos el necesario destino universal de los bienes, que es uno de los principios clave de la doctrina social de la Iglesia. Respetar este principio es la condición esencial para posibilitar un efectivo y justo acceso a los bienes básicos y primarios que todo hombre necesita y a los que tiene derecho.

Conclusión

10. La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor dado por Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad.

El necesario realismo de la política y de la economía no puede reducirse a un tecnicismo privado de ideales, que ignora la dimensión trascendente del hombre. Cuando falta esta apertura a Dios, toda actividad humana se vuelve más pobre y las personas quedan reducidas a objetos de explotación. Sólo si aceptan moverse en el amplio espacio asegurado por esta apertura a Aquel que ama a cada hombre y a cada mujer, la política y la

economía conseguirán estructurarse sobre la base de un auténtico espíritu de caridad fraterna y podrán ser instrumento eficaz de desarrollo humano integral y de paz.

Los cristianos creemos que en la Iglesia somos miembros los unos de los otros, que todos nos necesitamos unos a otros, porque a cada uno de nosotros se nos ha dado una gracia según la medida del don de Cristo, para la utilidad común (cf. Ef 4,7.25; 1 Co 12,7). Cristo ha venido al mundo para traernos la gracia divina, es decir, la posibilidad de participar en su vida. Esto lleva consigo tejer un entramado de relaciones fraternas, basadas en la reciprocidad, en el perdón, en el don total de sí, según la amplitud y la profundidad del amor de Dios, ofrecido a la humanidad por Aquel que, crucificado y resucitado, atrae a todos a sí: «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros; como yo les he amado, ámense también entre ustedes. La señal por la que conocerán todos que son discípulos míos será que se aman unos a otros» (Jn 13,34-35). Ésta es la buena noticia que reclama de cada uno de nosotros un paso adelante, un ejercicio perenne de empatía, de escucha del sufrimiento y de la esperanza del otro, también del más alejado de mí, poniéndonos en marcha por el camino exigente de aquel amor que se entrega y se gasta gratuitamente por el bien de cada hermano y hermana.

Cristo se dirige al hombre en su integridad y no desea que nadie se pierda. «Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3,17). Lo hace sin forzar, sin obligar a nadie a abrirle las puertas de su corazón y de su mente. «El primero entre ustedes pórtese como el menor, y el que gobierna, como el que sirve» –dice Jesucristo–, «yo estoy en medio de ustedes como el que sirve» (Lc 22,26-27). Así pues, toda actividad debe distinguirse por una actitud de servicio a las personas, especialmente a las más lejanas y desconocidas. El servicio es el alma de esa fraternidad que edifica la paz.

Que María, la Madre de Jesús, nos ayude a comprender y a vivir cada día la fraternidad que brota del corazón de su Hijo, para llevar paz a todos los hombres en esta querida tierra nuestra.



VI

**MENSAJE CON OCASIÓN DE LA XXII JORNADA MUNDIAL
DEL ENFERMO 2014**

Fe y caridad: «También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3,16)

1. Con ocasión de la XXII Jornada Mundial del Enfermo, que este año tiene como tema Fe y caridad: «También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3,16), me dirijo particularmente a las personas enfermas y a todos los que les prestan asistencia y cuidado. Queridos enfermos, la Iglesia reconoce en vosotros una presencia especial de Cristo que sufre. En efecto, junto, o mejor aún, dentro de nuestro sufrimiento está el de Jesús, que lleva a nuestro lado el peso y revela su sentido. Cuando el Hijo de Dios fue crucificado, destruyó la soledad del sufrimiento e iluminó su oscuridad. De este modo, estamos frente al misterio del amor de Dios por nosotros, que nos infunde esperanza y valor: esperanza, porque en el plan de amor de Dios también la noche del dolor se abre a la luz pascual; y valor para hacer frente a toda adversidad en su compañía, unidos a él.

2. El Hijo de Dios hecho hombre no ha eliminado de la experiencia humana la enfermedad y el sufrimiento sino que, tomándolos sobre sí, los ha transformado y delimitado. Delimitado, porque ya no tienen la última palabra que, por el contrario, es la vida nueva en plenitud; transformado, porque en unión con Cristo, de experiencias negativas, pueden llegar a ser positivas. Jesús es el camino, y con su Espíritu podemos seguirle. Como el Padre ha entregado al Hijo por amor, y el Hijo se entregó por el mismo amor, también nosotros podemos amar a los demás como Dios nos ha amado, dando la vida por nuestros hermanos. La fe en el Dios bueno se convierte en bondad, la fe en Cristo Crucificado se convierte en fuerza para amar hasta el final y hasta a los enemigos. La prueba de la fe auténtica en Cristo es el don de sí, el difundirse del amor por el prójimo, especialmente por el que no lo merece, por el que sufre, por el que está marginado.

3. En virtud del Bautismo y de la Confirmación estamos llamados a configurarnos con Cristo, el Buen Samaritano de todos los que sufren. «En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3,16). Cuando nos acercamos con ternura a los que necesitan atención, llevamos la esperanza y la sonrisa de Dios en medio de las contradicciones del mundo. Cuando la entrega generosa hacia los demás se vuelve el estilo de nues-

tras acciones, damos espacio al Corazón de Cristo y el nuestro se inflama, ofreciendo así nuestra aportación a la llegada del Reino de Dios.

4. Para crecer en la ternura, en la caridad respetuosa y delicada, nosotros tenemos un modelo cristiano a quien dirigir con seguridad nuestra mirada. Es la Madre de Jesús y Madre nuestra, atenta a la voz de Dios y a las necesidades y dificultades de sus hijos. María, animada por la divina misericordia, que en ella se hace carne, se olvida de sí misma y se encamina rápidamente de Galilea a Judá para encontrar y ayudar a su prima Isabel; intercede ante su Hijo en las bodas de Caná cuando ve que falta el vino para la fiesta; a lo largo de su vida, lleva en su corazón las palabras del anciano Simeón anunciando que una espada atravesará su alma, y permanece con fortaleza a los pies de la cruz de Jesús. Ella sabe muy bien cómo se sigue este camino y por eso es la Madre de todos los enfermos y de todos los que sufren. Podemos recurrir confiados a ella con filial devoción, seguros de que nos asistirá, nos sostendrá y no nos abandonará. Es la Madre del crucificado resucitado: permanece al lado de nuestras cruces y nos acompaña en el camino hacia la resurrección y la vida plena.

5. San Juan, el discípulo que estaba con María a los pies de la Cruz, hace que nos remontemos a las fuentes de la fe y de la caridad, al corazón de Dios que «es amor» (1 Jn 4,8.16), y nos recuerda que no podemos amar a Dios si no amamos a los hermanos. El que está bajo la cruz con María, aprende a amar como Jesús. La Cruz es «la certeza del amor fiel de Dios por nosotros. Un amor tan grande que entra en nuestro pecado y lo perdona, entra en nuestro sufrimiento y nos da fuerza para sobrellevarlo, entra también en la muerte para vencerla y salvarnos... La Cruz de Cristo invita también a dejarnos contagiar por este amor, nos enseña así a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda» (Via Crucis con los jóvenes, Río de Janeiro, 26 de julio de 2013).

Confío esta XXII Jornada Mundial del Enfermo a la intercesión de María, para que ayude a las personas enfermas a vivir su propio sufrimiento en comunión con Jesucristo, y sostenga a los que los cuidan. A todos, enfermos, agentes sanitarios y voluntarios, imparto de corazón la Bendición Apostólica.



VII

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 18-12-2013)

Este encuentro nuestro tiene lugar en el clima espiritual del Adviento, que se hace más intenso por la Novena de la Santa Navidad, que estamos viviendo en estos días y que nos conduce a las fiestas navideñas. Por ello, hoy desearía reflexionar con vosotros sobre el Nacimiento de Jesús, fiesta de la confianza y de la esperanza, que supera la incertidumbre y el pesimismo. Y la razón de nuestra esperanza es ésta: Dios está con nosotros y Dios se fía aún de nosotros. Pero pensad bien en esto: Dios está con nosotros y Dios se fía aún de nosotros. Es generoso este Dios Padre. Él viene a habitar con los hombres, elige la tierra como morada suya para estar junto al hombre y hacerse encontrar allí donde el hombre pasa sus días en la alegría y en el dolor. Por lo tanto, la tierra ya no es sólo un «valle de lágrimas», sino el lugar donde Dios mismo puso su tienda, es el lugar del encuentro de Dios con el hombre, de la solidaridad de Dios con los hombres.

Dios quiso compartir nuestra condición humana hasta el punto de hacerse una cosa sola con nosotros en la persona de Jesús, que es verdadero hombre y verdadero Dios. Pero hay algo aún más sorprendente. La presencia de Dios en medio de la humanidad no se realiza en un mundo ideal, idílico, sino en este mundo real, marcado por muchas cosas buenas y malas, marcado por divisiones, maldad, pobreza, prepotencias y guerras. Él eligió habitar nuestra historia así como es, con todo el peso de sus límites y de sus dramas. Actuando así demostró de modo insuperable su inclinación misericordiosa y llena de amor hacia las creaturas humanas. Él es el Dios-con-nosotros; Jesús es Dios-con-nosotros. ¿Creéis vosotros esto? Hagamos juntos esta profesión: Jesús es Dios-con-nosotros. Jesús es Dios-con-nosotros desde siempre y para siempre con nosotros en los sufrimientos y en los dolores de la historia. El nacimiento de Jesús es la manifestación de que Dios «tomó partido» de una vez para siempre de la parte del hombre, para salvarnos, para levantarnos del polvo de nuestras miserias, de nuestras dificultades, de nuestros pecados.

De aquí viene el gran «regalo» del Niño de Belén: Él nos trae una energía espiritual, una energía que nos ayuda a no hundirnos en nuestras fatigas, en nuestras desesperaciones, en nuestras tristezas, porque es una energía que caldea y transforma el corazón. El nacimiento de Jesús, en efecto, nos trae la buena noticia de que somos amados inmensamente y singularmente por Dios, y este amor no sólo nos lo da a conocer, sino que nos lo dona, nos lo comunica.

De la contemplación gozosa del misterio del Hijo de Dios nacido por nosotros, podemos sacar dos consideraciones.

La primera es que si en Navidad Dios se revela no como uno que está en lo alto y que domina el universo, sino como Aquél que se abaja, desciende sobre la tierra pequeño y pobre, significa que para ser semejantes a Él no debemos ponernos sobre los demás, sino, es más, abajarnos, ponernos al servicio, hacernos pequeños con los pequeños y pobres con los pobres. Pero es algo feo cuando se ve a un cristiano que no quiere abajarse, que no quiere servir. Un cristiano que se da de importante por todos lados, es feo: ese no es cristiano, ese es pagano. El cristiano sirve, se abaja. Obremos de manera que estos hermanos y hermanas nuestros no se sientan nunca solos.

La segunda consecuencia: si Dios, por medio de Jesús, se implicó con el hombre hasta el punto de hacerse como uno de nosotros, quiere decir que cualquier cosa que hagamos a un hermano o a una hermana la habremos hecho a Él. Nos lo recordó Jesús mismo: quien haya alimentado, acogido, visitado, amado a uno de los más pequeños y de los más pobres entre los hombres, lo habrá hecho al Hijo de Dios.

Encomendémonos a la maternal intercesión de María, Madre de Jesús y nuestra, para que nos ayude en esta Santa Navidad, ya cercana, a reconocer en el rostro de nuestro prójimo, especialmente de las personas más débiles y marginadas, la imagen del Hijo de Dios hecho hombre.



VIII

DISCURSO A LA CURIA ROMANA CON MOTIVO DE LAS FELICITACIONES DE NAVIDAD

(Sala Clementina, 21-12-2013)

Agradezco de corazón las palabras del Cardenal Decano. ¡Gracias!

El Señor nos ha dado la gracia de recorrer una vez más el camino del Adviento, y hemos llegado rápidamente a los últimos días previos a la Navidad, días impregnados de un clima espiritual único, lleno de sentimientos, recuerdos, signos litúrgicos y no litúrgicos, como el Portal

de Belén... En este clima se enmarca también el tradicional encuentro con ustedes, Superiores y Oficiales de la Curia Romana, que colaboran cotidianamente en el servicio a la Iglesia. Saludo a todos cordialmente. Y permítanme que lo haga en particular a Monseñor Pietro Parolin, que ha comenzado recientemente su servicio de Secretario de Estado y necesita nuestras oraciones.

Este tiempo, en el que nuestros corazones rebosan de gratitud a Dios, que nos ha amado hasta dar a su Hijo Unigénito por nosotros, es el momento de darnos las gracias también entre nosotros. Y, en esta primera Navidad como Obispo de Roma, siento la necesidad de decirles a ustedes un efusivo «gracias»: a todos como comunidad de trabajo y a cada uno personalmente. Gracias por su servicio cotidiano: por el celo, la diligencia, la creatividad; gracias por el esfuerzo, no siempre fácil, de colaborar en el trabajo, de escucharse y confrontarse, de valorar personalidades y cualidades diferentes en el respeto recíproco.

Deseo expresar mi gratitud de manera particular a los que en este periodo terminan su servicio y se jubilan. Ya sabemos que nunca se jubilan como sacerdotes y obispos, pero sí del cargo, y es justo que sea así, también para dedicarse un poco más a la oración y la cura de almas, comenzando por la suya. Así pues, un «gracias» especial, de corazón, a ustedes, queridos hermanos que dejan la Curia, sobre todo a los que han trabajado aquí durante muchos años y con tanta dedicación, en lo escondido. Esto es verdaderamente digno de admiración. Admiro mucho a estos monseñores que siguen el modelo de los antiguos curiales, personas ejemplares... Pero también hoy los tenemos. Personas que trabajan con competencia, con rigor, con abnegación, desempeñando con esmero sus tareas de cada día. Quisiera mencionar aquí alguno de estos hermanos nuestros para expresarle mi admiración y reconocimiento, pero sabemos que lo primero que se nota en una lista son los que faltan; y, si lo hiciera, correría el riesgo de olvidarme de alguno y de cometer así una injusticia y una falta de caridad. Pero quiero decir a estos hermanos que constituyen un testimonio muy importante en el camino de la Iglesia.

Y son un modelo, y de este modelo y de este testimonio, tomo las características del oficial de la Curia y, más aún, del Superior que me gustaría destacar: la profesionalidad y el servicio.

La profesionalidad, que significa competencia, estudio, actualización... Es un requisito fundamental para trabajar en la Curia. Naturalmente, la profesionalidad se va formando, y en parte también se adquiere; pero pienso que, precisamente para que se forme y para que se adquiera, es necesario que haya una buena base desde el principio.

Y la segunda característica es el servicio, servicio al Papa y a los obispos, a la Iglesia universal y a las iglesias particulares. En la Curia Romana se aprende, «se respira» de un modo especial esta doble dimensión de la Iglesia, esta compenetración entre lo universal y lo particular; y me parece que ésta es una de las más bellas experiencias de quien vive y trabaja en Roma: «sentir» la Iglesia de esta manera. Cuando no hay profesionalidad, lentamente se va resbalando hacia el área de la mediocridad. Los expedientes se convierten en informes de «cliché» y en comunicaciones sin levadura de vida, incapaces de generar horizontes de grandeza. Por otro lado, cuando la actitud no es de servicio a las iglesias particulares y a sus obispos, crece entonces la estructura de la Curia como una pesada aduana burocrática, controladora e inquisidora, que no permite la acción del Espíritu Santo y el crecimiento del Pueblo de Dios.

A estas dos cualidades, la profesionalidad y el servicio, quisiera añadir una tercera, que es la santidad de vida. Sabemos muy bien que esto es lo más importante en la jerarquía de valores. En efecto, también está en la base de la calidad del trabajo, del servicio. Y quisiera decir que aquí, en la Curia Romana, ha habido y hay santos. Lo he dicho públicamente más de una vez, para agradecerse al Señor. Santidad significa vida inmersa en el Espíritu, apertura del corazón a Dios, oración constante, humildad profunda, caridad fraterna en las relaciones con los colegas. También significa apostolado, servicio pastoral discreto, fiel, ejercido con celo en contacto directo con el Pueblo de Dios. Esto es indispensable para un sacerdote. La santidad en la Curia significa también hacer objeción de conciencia. Sí, objeción de conciencia a las habladurías. Nosotros insistimos mucho en el valor de la objeción de conciencia, y con razón, pero tal vez deberíamos ejercerla también para oponernos a una ley no escrita de nuestros ambientes, que por desgracia es la de las chácharas. Así pues, hagamos todos objeción de conciencia; y fíjense ustedes que no lo digo sólo desde un punto de vista moral. Porque las chácharas dañan la calidad de las personas, dañan la calidad del trabajo y del ambiente.

Queridos hermanos, sintámonos todos unidos en este último tramo del camino a Belén. Nos puede venir bien meditar sobre el papel de san José, tan callado y tan necesario al lado de la Virgen María. Pensemos en él, en su preocupación por su esposa y por el Niño. Esto nos dice mucho sobre nuestro servicio a la Iglesia. Por tanto, vivamos esta Navidad muy unidos espiritualmente a san José. Esto nos hará bien a todos.

Les agradezco mucho su trabajo, y sobre todo sus oraciones. Me siento realmente «sostenido» por las oraciones, y les pido que sigan apoyándome así. También yo les recordaré ante el Señor y los bendigo, deseándoles una Navidad de luz y de paz a cada uno de ustedes y a sus seres queridos. ¡Feliz Navidad!

X

HOMILÍA EN LA MISA DE NOCHEBUENA

(Basílica Vaticana, 24-12-2013)

1. «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande» (Is 9,1).

Esta profecía de Isaías no deja de conmovernos, especialmente cuando la escuchamos en la Liturgia de la Noche de Navidad. No se trata sólo de algo emotivo, sentimental; nos conmueve porque dice la realidad de lo que somos: somos un pueblo en camino, y a nuestro alrededor –y también dentro de nosotros– hay tinieblas y luces. Y en esta noche, cuando el espíritu de las tinieblas cubre el mundo, se renueva el acontecimiento que siempre nos asombra y sorprende: el pueblo en camino ve una gran luz. Una luz que nos invita a reflexionar en este misterio: misterio de caminar y de ver.

Caminar. Este verbo nos hace pensar en el curso de la historia, en el largo camino de la historia de la salvación, comenzando por Abrahán, nuestro padre en la fe, a quien el Señor llamó un día a salir de su pueblo para ir a la tierra que Él le indicaría. Desde entonces, nuestra identidad como creyentes es la de peregrinos hacia la tierra prometida. El Señor acompaña siempre esta historia. Él permanece siempre fiel a su alianza y a sus promesas. Porque es fiel, «Dios es luz sin tiniebla alguna» (1 Jn 1,5). Por parte del pueblo, en cambio, se alternan momentos de luz y de tiniebla, de fidelidad y de infidelidad, de obediencia y de rebelión, momentos de pueblo peregrino y momentos de pueblo errante.

También en nuestra historia personal se alternan momentos luminosos y oscuros, luces y sombras. Si amamos a Dios y a los hermanos, caminamos en la luz, pero si nuestro corazón se cierra, si prevalecen el orgullo, la mentira, la búsqueda del propio interés, entonces las tinieblas nos rodean por dentro y por fuera. «Quien aborrece a su hermano –escribe el apóstol San Juan– está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos» (1 Jn 2,11). Pueblo en camino, sobre todo pueblo peregrino que no quiere ser un pueblo errante.

2. En esta noche, como un haz de luz clarísima, resuena el anuncio del Apóstol: «Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres» (Tt 2,11).

La gracia que ha aparecido en el mundo es Jesús, nacido de María Virgen, Dios y hombre verdadero. Ha venido a nuestra historia, ha compartido nuestro camino. Ha venido para librarnos de las tinieblas y darnos

la luz. En Él ha aparecido la gracia, la misericordia, la ternura del Padre: Jesús es el Amor hecho carne. No es solamente un maestro de sabiduría, no es un ideal al que tendemos y del que nos sabemos por fuerza distantes, es el sentido de la vida y de la historia que ha puesto su tienda entre nosotros.

3. Los pastores fueron los primeros que vieron esta “tienda”, que recibieron el anuncio del nacimiento de Jesús. Fueron los primeros porque eran de los últimos, de los marginados. Y fueron los primeros porque estaban en vela aquella noche, guardando su rebaño. Es condición del peregrino velar, y ellos estaban en vela. Con ellos nos quedamos ante el Niño, nos quedamos en silencio. Con ellos damos gracias al Señor por habernos dado a Jesús, y con ellos, desde dentro de nuestro corazón, alabamos su fidelidad: Te bendecimos, Señor, Dios Altísimo, que te has despojado de tu rango por nosotros. Tú eres inmenso, y te has hecho pequeño; eres rico, y te has hecho pobre; eres omnipotente, y te has hecho débil.

Que en esta Noche compartamos la alegría del Evangelio: Dios nos ama, nos ama tanto que nos ha dado a su Hijo como nuestro hermano, como luz para nuestras tinieblas. El Señor nos dice una vez más: “No teman” (Lc 2,10). Como dijeron los ángeles a los pastores: “No teman”. Y también yo les repito a todos: “No teman”. Nuestro Padre tiene paciencia con nosotros, nos ama, nos da a Jesús como guía en el camino a la tierra prometida. Él es la luz que disipa las tinieblas. Él es la misericordia. Nuestro Padre nos perdona siempre. Y Él es nuestra paz. Amén.



XI

MENSAJE URBI ET ORBI EN LA SOLEMNIDAD DE LA NAVIDAD

(25-12-2013)

«Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama » (Lc 2,14).

Hago mías las palabras del cántico de los ángeles, que se aparecieron a los pastores de Belén la noche de la Navidad. Un cántico que une cielo y

tierra, elevando al cielo la alabanza y la gloria y saludando a la tierra de los hombres con el deseo de la paz.

Les invito a todos a hacer suyo este cántico, que es el de cada hombre y mujer que vigila en la noche, que espera un mundo mejor, que se preocupa de los otros, intentado hacer humildemente su propio deber.

Gloria a Dios.

A esto nos invita la Navidad en primer lugar: a dar gloria a Dios, porque es bueno, fiel, misericordioso. En este día mi deseo es que todos puedan conocer el verdadero rostro de Dios, el Padre que nos ha dado a Jesús. Me gustaría que todos pudieran sentir a Dios cerca, sentirse en su presencia, que lo amen, que lo adoren.

Y que todos nosotros demos gloria a Dios, sobre todo, con la vida, con una vida entregada por amor a Él y a los hermanos.

Paz a los hombres.

La verdadera paz –como sabemos– no es un equilibrio de fuerzas opuestas. No es pura «fachada», que esconde luchas y divisiones. La paz es un compromiso cotidiano, y la paz es también artesanal, que se logra contando con el don de Dios, con la gracia que nos ha dado en Jesucristo.

Viendo al Niño en el Belén, niño de paz, pensemos en los niños que son las víctimas más vulnerables de las guerras, pero pensemos también en los ancianos, en las mujeres maltratadas, en los enfermos... ¡Las guerras destrozan tantas vidas y causan tanto sufrimiento!

Demasiadas ha destrozado en los últimos tiempos el conflicto de Siria, generando odios y venganzas. Sigamos rezando al Señor para que el amado pueblo sirio se vea libre de más sufrimientos y las partes en conflicto pongan fin a la violencia y garanticen el acceso a la ayuda humanitaria. Hemos podido comprobar la fuerza de la oración. Y me alegra que hoy se unan a nuestra oración por la paz en Siria creyentes de diversas confesiones religiosas. No perdamos nunca la fuerza de la oración. La fuerza para decir a Dios: Señor, concede tu paz a Siria y al mundo entero. E invito también a los no creyentes a desear la paz, con su deseo, ese deseo que ensancha el corazón: todos unidos, con la oración o con el deseo. Pero todos, por la paz.

Concede la paz, Niño, a la República Centroafricana, a menudo olvidada por los hombres. Pero tú, Señor, no te olvidas de nadie. Y quieres que reine la paz también en aquella tierra, atormentada por una espiral de violencia y de miseria, donde muchas personas carecen de techo, agua y alimento, sin lo mínimo indispensable para vivir. Que se afiance la concordia en

Sudán del Sur, donde las tensiones actuales ya han provocado demasiadas víctimas y amenazan la pacífica convivencia de este joven Estado.

Tú, Príncipe de la paz, convierte el corazón de los violentos, allá donde se encuentren, para que depongan las armas y emprendan el camino del diálogo. Vela por Nigeria, lacerada por continuas violencias que no respetan ni a los inocentes e indefensos. Bendice la tierra que elegiste para venir al mundo y haz que lleguen a feliz término las negociaciones de paz entre israelíes y palestinos. Sana las llagas de la querida tierra de Iraq, azotada todavía por frecuentes atentados.

Tú, Señor de la vida, protege a cuantos sufren persecución a causa de tu nombre. Alienta y conforta a los desplazados y refugiados, especialmente en el Cuerno de África y en el este de la República Democrática del Congo. Haz que los emigrantes, que buscan una vida digna, encuentren acogida y ayuda. Que no asistamos de nuevo a tragedias como las que hemos visto este año, con los numerosos muertos en Lampedusa.

Niño de Belén, toca el corazón de cuantos están involucrados en la trata de seres humanos, para que se den cuenta de la gravedad de este delito contra la humanidad. Dirige tu mirada sobre los niños secuestrados, heridos y asesinados en los conflictos armados, y sobre los que se ven obligados a convertirse en soldados, robándoles su infancia.

Señor, del cielo y de la tierra, mira a nuestro planeta, que a menudo la codicia y el egoísmo de los hombres explota indiscriminadamente. Asiste y protege a cuantos son víctimas de los desastres naturales, sobre todo al querido pueblo filipino, gravemente afectado por el reciente tifón.

Queridos hermanos y hermanas, en este mundo, en esta humanidad hoy ha nacido el Salvador, Cristo el Señor. No pasemos de largo ante el Niño de Belén. Dejemos que nuestro corazón se conmueva: no tengamos miedo de esto. No tengamos miedo de que nuestro corazón se conmueva. Tenemos necesidad de que nuestro corazón se conmueva. Dejémoslo que se inflame con la ternura de Dios; necesitamos sus caricias. Las caricias de Dios no producen heridas: las caricias de Dios nos dan paz y fuerza. Tenemos necesidad de sus caricias. El amor de Dios es grande; a Él la gloria por los siglos. Dios es nuestra paz: pidámosle que nos ayude a construirla cada día, en nuestra vida, en nuestras familias, en nuestras ciudades y naciones, en el mundo entero. Dejémonos conmover por la bondad de Dios.

FELICITACIÓN NAVIDEÑA TRAS EL MENSAJE URBI ET ORBI

A todos ustedes, queridos hermanos y hermanas, venidos de todas partes del mundo a esta Plaza, y a cuantos desde distintos países se unen a nosotros a través de los medios de comunicación social, les deseo Feliz Navidad.

En este día, iluminado por la esperanza evangélica que proviene de la humilde gruta de Belén, pido para todos ustedes el don navideño de la alegría y de la paz: para los niños y los ancianos, para los jóvenes y las familias, para los pobres y marginados. Que Jesús, que vino a este mundo por nosotros, consuele a los que pasan por la prueba de la enfermedad y el sufrimiento y sostenga a los que se dedican al servicio de los hermanos más necesitados. ¡Feliz Navidad a todos!



ÍNDICE GENERAL

	<i>Páginas</i>
EL ARZOBISPO	
Homilias	
Domingo I de Adviento	1
Solemnidad de la Inmaculada Concepción	3
Profesión Solemne en las Religiosas Teatinas	6
75 Aniversario de la Fundación de la ONCE	8
Felicitación navideña	11
Misa de Nochebuena	14
Misa en la Solemnidad de la Natividad del Señor ..	16
Mensajes	
El Papa publica su programa pastoral	19
Una nueva sensibilidad	21
“Una sola familia humana, alimentos para todos” .	22
Navidad, fiesta de alegría y paz	24
La fraternidad, fundamento y camino para la paz .	25
Agenda del Sr. Arzobispo	
Agenda del mes de diciembre	28
CURIA DIOCESANA	
Secretaría General	
Nombramientos	31
Jubilación dentro del sistema de la seguridad del clero	32
Jubilación por edad	32
Aprobación de Estatutos	32
Nueva guía diocesana	33
En la Paz del Señor: <i>Rvdo. D. Bruno González González</i>	33
Administración diocesana	
Presupuesto para el año 2014	34

SECCION
PASTORAL
E INFORMACION

COMUNICADOS
ECLESIALES

	<i>Páginas</i>
Retribución para los sacerdotes para el año 2014 .	36
Boletín Oficial del Arzobispado	39
Consejo de Pastoral	
Crónica de la sesión ordinaria	41
Delegación de Cáritas	
Carta del Delegado de Cáritas a los sacerdotes	47
Pregón de Navidad	
Pregón de Navidad pronunciado por el Dr. José Manuel Gómez López	49
Noticias de interés	
Noticias diocesanas	56
Conferencia Episcopal	
Mensaje para la Fiesta de la Sagrada Familia	58
Nombramiento Episcopal para Santiago de Compostela	61
Mensaje para la Semana de oración por la unidad de los cristianos	62
Mensaje para la Jornada mundial del Emigrante y Refugiado	67
Santo Padre	
Audiencia General (27-11-2013)	72
Homilía en la celebración de Vísperas con los universitarios de Roma	74
Audiencia General (4-12-2013)	76
Audiencia General (11-12-2013)	78
Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz	81
Mensaje para la Jornada mundial del enfermo	93
Audiencia General (18-12-2013)	95
Discurso a la Curia Romana con motivo de la Navidad	96
Homilía en la Misa de Nochebuena	99
Mensaje urbi et orbi en el día de Navidad	100

